

Fran Moran

Lo eres  
Solo

Una aventura romántica

# LO ERES TODO

---

UNA AVENTURA ROMÁNTICA

FRAN MORAN

## ÍNDICE

Prólogo  
Capítulo 1  
Capítulo 2  
Capítulo 3  
Capítulo 4  
Capítulo 5  
Capítulo 6  
Capítulo 7  
Capítulo 8  
Capítulo 9  
Capítulo 10  
Capítulo 11  
Capítulo 12  
Capítulo 13  
Capítulo 14  
Capítulo 15  
Capítulo 16  
Capítulo 17  
Capítulo 18  
Capítulo 19  
Capítulo 20  
Capítulo 21  
Capítulo 22  
Capítulo 23  
Epílogo

*Título: Lo eres todo*  
*Copyright © 2020 Fran Moran*  
*Registro de la Propiedad Intelectual*  
*Cubierta: imagen utilizada con licencia Depositphotos™*  
*Segunda Edición Julio 2020*

*Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.*



*Ésta es una obra de ficción en su totalidad. Tenga en cuenta que, los nombres, personajes, empresas, organizaciones, lugares, acontecimientos y hechos que aparecen en la misma son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas (vivas o muertas) o hechos reales es pura coincidencia.*

## PRÓLOGO

FEBRERO, HACE UN AÑO...

CERRÓ los ojos y escuchó su voz, como siempre lo hacía cuando la cámara se movía de ella a algún invitado o pasaba a algún rollo B de la historia que ella estuviera relatando.

Él no necesitaba información sobre otro tiroteo en alguna escuela, o sobre los gatitos rescatados de un desagüe. Sólo quería saber de ella. Eso era todo lo que veía en las noticias.

Eloy Marti.

Sus rasgos eran suaves y dulces, acompañados de una cabellera rubia oscura y rizada, que caía hasta sus hombros en suaves ondas. Sus ojos emanaban calidez y empatía. Tenía labios rosados, y sus pechos bajo la elegante y cara blusa lo volvían loco.

Cristo, él la quería. Siempre lo había hecho. Desde aquel día en la universidad cuando entró en la biblioteca de Harvard y la vio.

Con su apariencia, dinero y posición en el Upper East Side de Nueva York, él podría tener a cualquier mujer que quisiera, y había tenido bastantes.

Pero siempre recordaría esa. La que se le escapó. La chica de la camiseta rosa.

Ese día, la biblioteca estaba tranquila y casi vacía. Ella estaba sola en uno de los pasillos, leyendo. Miró hacia arriba cuando él se acercó. Era una chica pequeña, delgada y joven, tal vez de diecisiete, o dieciocho años. Al mirarlo, le sonrió. A su parecer, era encantadora, no sólo bonita, sino dolorosamente hermosa. Tenía grandes ojos de color marrón intenso y una cálida y amistosa sonrisa. Para ese momento, su cabello colgaba casi hasta su cintura, luciendo suave y un poco desordenado.

Ella le había quitado el aliento.

Era la chica que había estado buscando.

Y así como así, se había ido. Una voz detrás de él la había llamado. Ella se despidió con una sonrisa y pasó junto a él.

En menos de treinta segundos, su vida había cambiado para siempre.

Y ahora ella estaba en su televisión todas las noches. Pero esta noche, sin embargo, las cosas serían diferentes. Sabía dónde encontrarla, y dónde llevarla. Su lugar en el campo era aislado y seguro. Ella definitivamente aprendería a amarla allí.

Abrió los ojos cuando escuchó al reportero devolverle el pase a Eloy, y sonrió cuando vio su hermoso rostro de nuevo.

Esta noche, querida, esta noche...



ELOY CERRÓ las noticias con una sonrisa y esperó hasta que la cámara apagara la lucecita para asegurarse de que estuvieran fuera del aire.

—Gracias a todos.

Sonrió para sus compañeros mientras el personal del piso le aplaudía. Era una de las pocas anclas que trataba a todos por igual y siempre había sido amable y cortés. Eloy se rio de sus aplausos, ignorando a su co-presentador que se quejaba del sonido.

Su asistente, Rae, se rio mientras Eloy la levantaba un poco y la hacía girar.

—Alguien está de buen humor.

Bajó a su amiga, y volvieron a su camerino.

—Puedes apostar a que sí. Guido me va a recoger y vamos a tener dos felices semanas de nada más que sol, mar, arena y divertido sexo sucio.

Rae se rio.

—No estoy celosa en lo absoluto. Realmente, realmente no.

Eloy se rio.

—Lo siento, boo. No debería regodearme, pero Dios, he estado esperando esto desde siempre.

—Escucha, te lo mereces. ¿Entre tú y yo? Me preocupa que trabajes demasiado.

—No —Eloy le sonrió—. Sabes que vivo y respiro las noticias. Escucha, ya que compartimos secretos... cuando regrese, le preguntaré a Jack si puedo hacer más periodismo de investigación. Me encanta ser ancla, pero también extraño estar en el campo.

Rae le sonrió.

Ella tenía unos cincuenta años, era afroamericana y la crema y nata de las asistentes personales. Ellas se conocieron hacía ya un año, y desde entonces eran inseparables.

Ahora mismo, charlaba con Eloy, mientras ella se ponía unos jeans y una camiseta, y se preparaba para encontrarse con su novio, Guido Wheeler. Llevaban dos años juntos, y estaban tan enamorados como siempre. Eloy sabía que él era el indicado, su personalidad divertida y ferozmente inteligente los hacían coincidir en todo lo que hacían.

Guido llegó poco después y la besó, permaneciendo ambos en un abrazo prolongado. Le sonrió, y sus ojos marrones oscuros, se volvieron alegres y llenos de emoción.

—¿Estás lista, nena?

—Vamos, guapo.

Se tomaron de la mano al salir del edificio hacia la cabina de espera, y no fue hasta que escuchó su nombre que Eloy se dio la vuelta para ver al hombre que esperaba detrás de ellos. Empezó a sonreír, ya que era su respuesta automática para los fans que la esperaban fuera del estudio.

De pronto, todo pareció ir más despacio cuando ella vio el arma.

Escuchó el grito de Guido, oyó un disparo y vio su pecho explotar. Ella gritó de rabia cuando el hombre le apuntó con el arma, pero aún así se lanzó sobre él sin pensar en las consecuencias.

Sintió tanto dolor, que su visión se volvió negra.

Por la mañana, en el hospital, después de horas de cirugía, le dieron la noticia. Guido había fallecido, y el hombre que lo había matado se había escapado, desapareciendo en el frío viento de la noche.

Eloy sabía que nunca más sentiría la calidez de la felicidad, o la sensación de estar a salvo.

# CAPÍTULO UNO

---

## UN AÑO DESPUÉS

ELOY MARTI DEJÓ de existir en el momento en que cerró la noticia esa noche con una sonrisa para su público, seguida de su habitual y alegre despedida. Charló con Rae como de costumbre, se puso su ropa y le dijo a su amiga que la vería mañana.

Usando un bastón que ya no necesitaba, pero que guardaba para desviar la atención, salió cojeando hacia la limusina que la esperaba, y entonces, desapareció.

Mientras el auto, conducido por uno de los choferes del FBI, se adentraba en la oscuridad del estado de Nueva York y se dirigía al refugio, la Eloy que todos conocían quedó en el pasado, y en su lugar, nació Sunday Kemp.

En el refugio, su cabello rubio oscuro fue teñido profesionalmente hasta alcanzar un tono marrón oscuro que lucía natural, sus ojos marrones fueron cubiertos con lentes de contacto violetas, su nariz perforada, e incluso se hizo un pequeño tatuaje en su muñeca.

Entonces, el jet privado que la llevaría a su nueva casa estuvo listo, y ella supo que eso sería todo. El último momento de su antigua vida. Dudó una vez más antes de subir al avión. Sam, su protector, que se había convertido en un buen amigo durante el último año, le puso una mano en el hombro.

—¿Estás bien, Sunday?

Sunday. Su nuevo nombre. Lo había elegido para honrar a Guido, a quien conoció un día domingo. Kemp era el apellido de soltera de su madre. Cuando perdió a Guido, sintió que de hecho perdió a ambos. Había sido demasiado doloroso para la familia de él volver a verla, aunque Patricia, la madre de Guido, se había quedado al lado de Eloy mientras ésta se recuperaba del disparo. Tan pronto como fue dada de alta, sin embargo, se quedó sola. Su propia familia, dispersa desde hacía mucho tiempo por el mundo, había enviado sus condolencias, pero ninguno de ellos la había visitado. Rae había sido su familia, y ahora tenía que dejar atrás a su única amiga.

Se fue desde Nueva York, el único hogar que había conocido, hasta la vida de pueblo en las Rocosas, Colorado. Pasó de presentadora de noticias a mecanógrafa de alguien. Le habían encontrado trabajo con un artista que vivía en el pequeño pueblo cerca de Telluride y ella se reuniría con él el lunes siguiente.

Hasta entonces, se instalaría en su nuevo hogar, un pequeño apartamento en la calle principal de la ciudad, en lo alto de las Montañas Rocosas. No había traído nada de casa, ni siquiera ropa interior, excepto una fotografía de Guido que había colado en el bolsillo de su chaqueta.

El FBI le había dicho que dejara todo lo que pudiera atarla a su antigua vida.

—Todo será provisto para ti —fue lo que dijeron—. Tienes que dejar tus cosas atrás —le dijo Sam gentilmente—. Si apareces en la ciudad con millones en el banco...



—Lo entiendo —dijo. El dinero no significaba nada más para ella que una herramienta para hacer su vida más conveniente; nunca había sido una mujer avara. Pero odiaba dejar sus libros, su piano, y sobre todo, a sus amigos y compañeros en la estación.

Las amenazas a su vida eran constantes. Él, quienquiera que fuera, era implacable y muy sigiloso. Constantemente le enviaba recordatorios de que estaba cerca, que terminaría el trabajo, que le haría pagar por su “traición”.

Imbécil.

Su intestino se retorció de la rabia, y a veces deseaba que su acosador mostrara la cara. Aunque la matara, al menos tendría la oportunidad de vengarse. El FBI estaba preocupado, y para cuando la convencieron de la posibilidad de que su atacante fuera alguien conectado a la mafia y que nunca escaparía de él, Eloy, o Sunday, casi se había resignado a morir joven.

El equipo del FBI, y Sam Duarte en particular, finalmente la convencieron de que se protegiera.

—Tienes mucha más vida que vivir —le dijo Sam, un hombre amable de unos cuarenta años—. Tienes veintiocho años, cariño. Vive. Vive para honrar la memoria de Guido.

No podría haberlo dicho de otra manera que pudiera persuadirla. De repente, un ritmo de vida más lento, y tener tiempo para llorar por Guido, sonaba más tentador que continuar con su carrera en Nueva York.

En el jet privado, Sam le sonrió.

—¿Estás lista, Sunday?

Ella asintió.

—Creo que estoy lista, Sam. Gracias por organizar todo esto, en serio. Y el trabajo también. Me volvería loco sin algo que hacer.

Él le dio una palmadita en la mano.

—No sé mucho sobre tu futuro empleador, excepto que mantiene sus cosas para sí mismo. Es muy reservado.

—Bien.

Se sintió aliviada al oír eso. Sabía que su nuevo jefe tenía una casa grande y esperaba que no se cruzaran tanto y así tener espacio suficiente para trabajar y pensar.

El avión aterrizó en Telluride, y los agentes le dieron las llaves de un todoterreno de segunda mano. Todo era parte del engaño, ella lo sabía, pero realmente no le importaba. Era cómodo y fiable. En la parte de atrás había maletas llenas con su nuevo guardarropas. Sam se aseguró de que estuviera cómoda.

—Te seguiremos hasta el nuevo apartamento —le dijo—, pero mantendremos la distancia para no llamar la atención. Parecerá que has llegado por tu cuenta. El lugar está amueblado, por lo que deberías ser capaz de instalarte rápidamente. Hay un par de bolsas con alimentos básicos en la camioneta. ¿Tienes el teléfono desechable que te di?

Sunday cavó en su bolso y se lo mostró, sacudiendo su mano ligeramente.

—Buena chica. Entonces, estaré en contacto. Mantén eso contigo, pero consigue uno nuevo para usar con tus nuevos amigos aquí.

Ella asintió.

—Gracias, Sam.

—Estarás bien aquí, Sunday. Lo sé.

Condujo a la pequeña ciudad montañosa de Rockford y bajó por la calle principal, estacionó su auto fuera del pequeño bloque de apartamentos y se sentó un rato, para orientarse. Vio, con alivio, un pequeño restaurante que todavía abierto, incluso después de la 1:00 a.m., una gasolinera con una tienda de conveniencia brillantemente iluminada a lo largo de la calle, y varias otras pequeñas

tiendas. Además, había una linda cafetería en la esquina de su cuadra. Sí. Se veía a sí misma estableciéndose aquí.

No tomó mucho tiempo para desempacar. El apartamento en sí era pequeño, pero cómodo. La cocina abierta y el salón tenían vista a la calle principal, y una pequeña mesa con sillas a juego. Un nuevo portátil sobresalía de una caja, y Sunday se emocionó al ver que Sam había colado algunos de sus libros favoritos en los estantes, no sus propias copias, tal vez, pero el hecho de que se hubiera tomado el tiempo para hacer las cosas más hogareñas para ella era un gesto muy dulce.

Sunday se tomó algo de tiempo para desempacar sus cosas y hacerse un poco de té. Ya eran casi las 3:00 a.m. cuando al fin se sentó en la pequeña mesa y miró su nueva ciudad, sin sentirse cansada en absoluto. En vez de eso, respiró profundamente... y se echó a llorar.

## CAPÍTULO DOS

---

AL OTRO LADO de la ciudad, su futuro empleador miraba un lienzo en blanco en su estudio, viendo en su mente los remolinos de color que lo cubrirían, rosas, azules, púrpuras, verdes, amarillos. Casi podía extender la mano y tocar la textura de la pintura que cargaba en su pincel.

La pieza sería vibrante, excitante... y él vería muy poco de ella. Los colores habían empezado a lucir distintos hacía algunos meses y hoy, su mejor amigo y su optometrista le dijeron por qué.

Estaba perdiendo la capacidad de ver el color.

Él, Marko Giotto, el prodigio del mundo de la pintura de los últimos años, el sucesor natural de Rothko o Hans Hofmann, el celebrado y admirado artista, estaba perdiendo la capacidad para percibir los colores.

La crueldad de la noticia lo dejó sin aliento.

—¿Mark?

Marko se giró para ver a Luke, su mejor amigo, de pie en la puerta del estudio.

—No sabía que todavía estabas aquí.

Luke le sonrió a medias.

—Estaba hablando con Jessi. Está preocupada por ti. Todos lo somos, Mark.

Marko se dio la vuelta, no queriendo que su amigo viera el dolor en sus ojos.

—Sólo necesito acostumbrarme —suspiró—. Maldita sea, Luke, de todas las cosas que podían sucederme.

—Lo sé, amigo. Mira, sólo tienes treinta y seis años, todavía eres joven. Con el cuidado y el tratamiento adecuado, no hay razón para que no puedas...

—Ya estoy perdiendo los colores, Luke. No son tan agudos ni tan ricos —fue hasta una pila de lienzos en la esquina del estudio y encontró lo que buscaba—. Mira esto. Cuando lo pinté, los verdes saltaban, los rojos eran suntuosos. ¿Sabes lo que veo ahora? Aguado. Color... descolorido. No es el mismo cuadro.

—Lo es para todos los demás, amigo.

Marko sacudió la cabeza.

—Pero si no puedo expresar lo que quiero, pintar como lo he hecho, ¿qué clase de artista seré? ¿Qué me queda?

Luke respiró profundamente.

—Marko... voy a decir esto porque soy tu mejor amigo, tu hermano, y te quiero. El arte... aunque sea parte de ti, no es todo lo que eres.

Marko liberó una risa sin una pizca de humor.

—¿Entonces por qué estoy tan aterrorizado de que lo sea?

Más tarde, cuando Luke se fue, incapaz de animar a su amigo, Marko fue a su dormitorio. La

casa, una obra de arte en sí misma, se sentía hueca y vacía, con el silencio llenando cada habitación. Su ama de llaves, Jessi, ya no se quedaba en la casa por la noche, queriendo estar con su marido, y él no podía culparla. No había sido buena compañía para nadie desde hacía algún tiempo.

Marko miró fijamente su reflejo. Sus grandes y brillantes ojos verdes no parecían diferentes. Siempre habían sido su mejor característica, pensó, y ahora le estaban fallando. Sus rizos oscuros y voluminosos lucían alborotados en su cabeza, sin contar los tres días de barba que había dejado crecer en su hermoso rostro. Había un pliegue entre sus ojos que siempre le hacía parecer melancólico e inaccesible y, siendo tan solitario como era, lo usaba para su beneficio.

También había usado su atractiva apariencia para acostarse con algunas de las mujeres más bellas del mundo sin involucrarse demasiado en algunas ocasiones. Excepto una vez en la que había roto su única regla: nunca te involucres con mujeres en tu ciudad natal.

Nadia Fielding todavía vivía y trabajaba en Rockford, y aunque Marko no bajaba a menudo la colina hacia el pueblo, todavía se sentía mal por la forma en que la había tratado. El sexo había sido bueno, pero emocionalmente no había sentido nada. Nadia se merecía algo mejor, y por lo que él había escuchado, todavía guardaba rencor por la forma en que las cosas habían terminado entre ellos, incluso después de casi un año.

Ahora, como su vista le estaba fallando, entre la miopía y los colores que se desvanecían, se había vuelto aun más solitario, por elección. Su padre, un hombre al que había adorado, un inmigrante italiano de segunda generación, había fallecido hacía diez años, quince años después que la madre de Marko, y había dejado su millonaria fortuna a su hijo, en lugar de a su rencorosa y mucho más joven madrastra.

A Ciara Marshall-Giotto le encantaba mostrarse como una santa. No perdió tiempo después de la muerte de su marido para tratar de seducir a su hijo. Marko, que siempre la había detestado, la rechazó sin pensarlo dos veces, y desde entonces Ciara se propuso destruir su vida.

Su descuido en dormir con mujer tras mujer había vuelto para morderlo, y Ciara se había asegurado de que todos se enteraran de su hija secreta.

Marko había embarazado a una de sus aventuras de una noche, y Ciara lo había usado para canalizar dinero hacia su cuenta bancaria. Al descubrirlo, Marko se reunió con la madre de su hijo y le ofreció un acuerdo. Lindsay, la mujer, lo rechazó.

—No quiero tu dinero, Marko —dijo con frialdad—. Quiero que conozcas a tu hija.

Se había negado pero, sabiendo que Ciara sería capaz de poner a la chica en su contra, finalmente aceptó.

Sin embargo, en el momento en que conoció a Berry, de cinco años, su vida cambió. La pequeña niña de cabello oscuro lo miró con sus ojos verdes claros, como los suyos, y él se derritió por completo. Berry era lo mejor de su mundo. Él y Lindsay habían llegado a un acuerdo sobre la custodia y la manutención, sacando a Ciara del círculo de una vez por todas.

Su único pesar era que Berry vivía en Phoenix la mayor parte del tiempo. Había sido en su última visita que él había empezado a notar los cambios en sus ojos. Su hija llevaba un vestido que él había traído de París. Las flores en él, que habían sido una vívida mezcla de rojo, naranjas y rosas, a sus ojos se veían repentinamente descoloridas.

Frunció el ceño.

—Supongo que tu madre tiene que lavar eso mucho, ¿eh?

Berry, completamente confiada frente a su padre, sacudió la cabeza.

—No, sólo lo uso en ocasiones especiales, papá.

Marko había dejado el asunto a un lado, sin dejarlo escapar de su memoria, pero más adelante,

cuando sus pinturas comenzaron a cambiar, supo que era algo serio.

Marko apoyó su cabeza en el frío vidrio de su ventana y cerró los ojos. Tenía que salir de esa situación. Berry lo necesitaba. Luke, Jessi... tendría que intentar sacar lo mejor de su situación, aunque le rompiera el corazón.

Suspiró y se fue a la cama.



A LA MAÑANA SIGUIENTE, Sunday se despertó, con un frío que parecía glacial. Gruñendo, se levantó de la cama y sintió el artefacto. Maldición. Le dolía la parte baja de la espalda -la bala aún estaba alojada allí-, y sentía una ola de náuseas por el dolor. Siempre se ponía peor con el frío.

Encendió la calefacción y se preparó un té mientras esperaba que el apartamento se calentara. En Nueva York, cosas como esa siempre nunca le habían sucedido a ella, porque siempre había tenido a alguien que se ocupara de mantener todo en orden.

Sonrió para sí misma, tiró del edredón a su alrededor mientras bebía su té y pronto su nuevo hogar se sentía mucho más cálido.

Era todavía temprano, justo después del amanecer, y cuando se asomó por la ventana, miró hacia las calles de la pequeña ciudad. El paisaje se veía pintoresco, incluso anticuado, para sus ojos de Manhattan, pero podía ver por las filas de tiendas y negocios que era un pueblo trabajador, aunque no tan llamativo como su vecino cercano, Telluride. Nunca había estado en Colorado antes y la vista de las montañas, la nieve, y los bosques de pinos era casi mágica para ella.

Era febrero, y la nieve se agrupaba en gruesas montañitas a los lados de la calle. Incluso tan temprano, algunas personas limpiaban las aceras, rociando sal o arena para gatos en el suelo. Nada se interponía en el camino del negocio aquí. Vio salir de la cafetería de la esquina a una joven alta y pálida, con su largo cabello oscuro sacudiéndose mientras resbalaba sobre el suelo helado. Sunday sonrió al ver a la chica reír, con la cabeza echada hacia atrás mientras se aferraba al farol más cercano a ella. Luego escuchó a unos hombres llamando a la chica, los vio yendo en su ayuda, y por último observó a la chica riendo con ellos y haciéndoles señas para que entraran en el café.

Parecía tan libre, tan relajada. En ese momento, Sunday decidió ir a la cafetería en cuanto se vistiera para saludar. La chica parecía accesible y divertida.

Afortunadamente, en la ducha, tuvo el cuidado de esperar a que el agua se calentara antes de entrar. Una vez dentro, se lavó el cabello y dejó que el agua le aliviara el dolor del cuerpo. La cama era poco más que un catre improvisado, así que decidió comprarse una cama adecuada tan pronto como pudiera permitírsela.

Lo cual era algo extraño. En su cuenta de Nueva York había casi dos millones de dólares... y no podía tocarlos. Sus tarjetas de crédito habían sido destruidas. El FBI le había dado una cierta cantidad para sobrevivir mientras ganaba su primer cheque y esperaba las tarjetas de crédito a su nuevo nombre, aunque eso sólo sería suficiente para cubrir la comida y el alquiler.

Jesús, pensó, mientras se secaba el cabello, todo esto por la obsesión de un imbécil. Una vida entera borrada.

Sintió una sacudida de culpa. Al menos tienes una vida que cambiar, Eloy Marti. ¿Qué hay de Guido?

Sacó la fotografía de su chaqueta y trazó la forma de su rostro.

*Dios, te extraño, cariño. Lo siento mucho, mucho, mucho... lo siento.*

Podía sentir las lágrimas amenazantes de nuevo, pero se las arrancaba impaciente con su mano. No. No más sufrimiento.

Afuera, la temperatura estaba por debajo del punto de congelación y grandes nubes de su aliento casi empañaban su visión. Se tambaleó incierta por la acera, sonriendo tímidamente a la gente que la saludaba, y esperando que nadie la reconociera. Sin su característico cabello rubio, sin el maquillaje cuidadosamente aplicado, ella sinceramente lo dudaba. Después de todo, se había decidido en contra de los lentes de contacto violetas. Odiaba el tacto de esas cosas y además, se decía a sí misma, sus ojos marrones no eran nada extraordinario, especialmente sin maquillaje.

Se abrió paso hasta la cafetería Lumia para ser recibida por una ola de conversaciones. Claramente, todos en Rockford se reunían aquí, y por un momento, casi pensó en dar la vuelta y escapar del lugar.

Pero entonces la chica que había visto esta mañana apareció delante de ella con una amplia sonrisa.

—Hola —dijo con un amplio acento británico—. Eres nueva aquí, ¿no?

Sunday le sonrió, después de todo, la sonrisa de la mujer era enorme, contagiosa y amistosa.

—Lo soy. Hola, soy Sunday.

Ella extendió su mano, y la otra mujer balanceó una bandeja en su otro brazo y la sacudió.

—Hola, cariño, soy Daisy. Encantada de conocerte. ¿Quieres un café?

—Por favor.

—Ven, siéntate en el mostrador conmigo y te contaré todos los chismes.

Siguió a Daisy hasta el mostrador, asintiendo educadamente a algunos clientes curiosos. La chica estaba resplandeciente con un vestido rojo que se aferraba a curvas vertiginosas, su cabello casi negro caía en ondas sobre su espalda. Incluso a las ocho de la mañana, Daisy se había aplicado un lápiz labial rojo brillante, que sólo aumentaba su sonrisa de mil vatios.

—¿Cuál es tu veneno?

Sunday se sentó en el taburete del mostrador y miró la lista de bebidas.

—Mataría por una enorme taza de café negro.

—Es mi favorito también —dijo Daisy, y sirvió una taza humeante—. Aquí tienes, ahora, bienvenida a Rockford —estudió a Sunday mientras tomaba su propio café—. ¿Estás aquí con tu familia?

Sunday asintió con la cabeza. Aquí vamos. Las preguntas que ella y Sam habían practicado hasta que las respuestas fueron perfectas.

Las mentiras. Las historias falsas.

—No, sólo por trabajo. Era tiempo de salir un rato de California.

Se habían decidido por California por el acento. Podría lograrlo fácilmente. Daisy puso los ojos en blanco, sonriendo.

—Sí, un descanso de todo ese sol suena como el cielo.

Sunday sonrió.

—En serio, cuando no hay un cambio de estación durante años, se vuelve un poco agotador. Así que decidí venir aquí. Es hermoso.

Eso no fue una mentira, al menos.

Daisy asintió.

—Lo es, aceptaré eso.

—Obviamente no eres de estas partes.

—¿Cómo lo adivinaste? —Daisy se rio—. Mi padre conoció a mi madrastra en Londres, pero ella tuvo que volver aquí. Era la hija del dueño de la vieja estación de esquí de la montaña, así que cuando él murió, ella tuvo que dirigirla. Y papá y yo nos mudamos a los Estados Unidos.

—¿Te gusta?

—Sí, en realidad. Era muy diferente para mí, toda la cultura, pero he estado aquí casi la mitad de mi vida ahora, doce años. Estoy acostumbrada a ello —Daisy asintió con la cabeza al café—. Se enfriará.

El café estaba delicioso.

—Dios, es muy bueno.

—Muchas gracias —hizo una pequeña reverencia que hizo reír a Sunday. Se conectaron al instante—. Entonces, ¿qué haces?

—Soy redactora y transcriptor. Estoy aquí para trabajar para Marko Giotto, transcribiendo los diarios de su padre.

Daisy se detuvo y una mirada cautelosa entró en sus ojos.

—¿En serio?

Sunday asintió con la cabeza, y su interés aumentó.

—¿Pasa algo?

Daisy se sacudió.

—No, no, sólo un poco de sorpresa. Marko es un poco solitario. Me sorprende que le permita a un extraño, sin ofender, entrar en su casa. Sabes dónde vive, ¿verdad?

—Algo así. Quiero decir, tengo una dirección.

Daisy hizo una señal para que esperara y desapareció en la trastienda. Un segundo más tarde salió y le hizo señas con un iPad.

—Mira.

Giró la tabla hacia Sunday para que pudiera ver, y ella dio un grito de asombro. La casa, ¿era correcto llamarla una simple casa? -era magnífica, situada junto a un lago y rodeada de montañas. Una casa de un solo nivel que casi parecía estar hecha completamente de vidrio, tenía líneas hermosas en su concepto y una simplicidad que contradecía la majestuosidad del lugar. Daisy se fijó en una fotografía de ella iluminada por la noche, reflejada en el lago que la rodeaba.

Sunday se sentía un poco aturdida, pero sabía que Daisy estaba midiendo su reacción.

—Es hermosa.

—¿No es así? Tendemos a llamarla “El Castillo”, pero en realidad, todos soñamos con tener una de esas. Marko puede permitírselo, por supuesto.

—¿Cómo es él?

Daisy lo consideró.

—Para ser un viejo, está bien. Muy guapo, muy rico. Escucha —se inclinó de cerca—, mi hermanastra, alias “el dragón”, solía salir con él, así que no lo menciones cerca de ella.

—¿Mencionar a quién?

Daisy suspiró mientras la voz venía de detrás de ella. Sunday vio a una diminuta, pero asombrosamente hermosa mujer detrás de ellas. Tenía el cabello corto, y su cara era completamente exquisita. Sus ojos marrones oscuros lucían penetrantes mientras miraba a Sunday con una clara falta de amabilidad.

—¿Quién es esta?

—Ari, ella es Sunday, mi nueva amiga. Se acaba de mudar aquí. Sunday, ella es “El Dragón”, o Nadia, como a veces la llamamos cuando está siendo amable. Lo cual es raro.

Daisy le sonrió con facilidad a su hermanastra, que le frunció el ceño. Nadia se deslizó de su

abrigo, y Sunday vio que tenía el cuerpo atlético de una bailarina. Entonces, algo hizo clic en su cerebro.

—Eres Nadia Fielding.

Ambas hermanastras se detuvieron en el instante. Nadia estudió el rostro de Sunday con cuidado.

—¿Me conoces?

—Solías bailar en la NYSMBC bajo la dirección de Grace Hardacre.

Los ojos de Nadia se enrojecieron.

—¿Sabes de ballet?

Sunday sacudió la cabeza y maldijo internamente.

—No mucho. Un primo con el que me quedaba en Nueva York me llevó a una actuación. Estuviste maravillosa.

No había ningún gesto perceptible en la actitud de Nadia; en todo caso, parecía incluso más fría ahora.

—Gracias.

Las palabras sonaron duras, y enseguida se alejó.

Daisy suspiró.

—Lo siento. Es... difícil.

—Temperamento artístico —dijo Sunday, acariciando la mano de su nueva amiga, y Daisy le sonrió agradecida.

—Eres un encanto. Escucha, si necesitas algo, cualquier ayuda para instalarte, siempre eres bienvenida. Conozco a los mejores tipos de mantenimiento o los mejores en el mercado de granjeros. Recuerda, evita el mostrador de quesos. En serio. Ve a Telluride para cubrir tus antojos de productos lácteos.

Sunday se rio entre dientes.

—Lo recordaré. Supongo que daré una vuelta por ahí, para orientarme.

—Ven a cenar conmigo mañana por la noche —dijo Daisy—. No soy una gran chef pero puedo preparar un poco de pasta.

—Me gustaría eso, gracias.

El peso de su nueva vida ya se estaba haciendo más ligero, gracias a esta dulce chica inglesa.

Acordaron una hora y Sunday le agradeció de nuevo.

Encontró el mercado de granjeros y compró una semana de comestibles, evitando el mostrador de quesos como Daisy le había aconsejado. Sintióse inquieta, y no queriendo pasar todo el día sola en el apartamento, puso su teléfono en modo GPS y decidió ir a ver la casa de su futuro empleador.

Condujo por la ladera de la montaña con cuidado, reduciendo la velocidad un poco ante la caída escarpada que había a un lado, imaginando que su todoterreno se estrellaba entre los pinos y explotaba. ¿Dramático? Mucho.

Se rio para sí misma y se concentró en el camino que tenía por delante. Muy pronto, éste se convirtió en un largo camino de entrada.

Se estacionó un poco lejos de la casa, sin querer entrometerse, pero podía ver desde ahí que las fotografías del lugar no le hacían justicia. Sintió una punzada de tristeza. A Guido, uno de los arquitectos más prometedores de Nueva York, le habría encantado este lugar. No sólo el diseño era algo fuera de este mundo, sino que la tranquilidad, la paz, era impresionante.

Escuchó otro vehículo subiendo la colina detrás de ella y volvió a su camioneta sintiendo culpa. Suavizó su rostro con una sonrisa suave mientras el auto se detenía junto al suyo. Un joven



agradable le sonrió mientras bajaba la ventana.

—Oye, ¿estás perdida?

—Estoy bien —dijo, sintiendo que le ardía un poco la cara. Él tenía unos amables ojos color avellana y una dulce sonrisa—. Sólo estoy comprobando mi nuevo trabajo.

Sus ojos se iluminaron.

—Oh, ¿eres Sunday?

¿Era Marko Giotto? No, seguro que no. Este hombre parecía demasiado extrovertido para ser un artista solitario. Le leyó la mente, al parecer, porque salió de su auto y le dio la mano.

—Luke Maslany. Soy amigo de Marko.

—Sunday Kemp. Honestamente, no quise traspasar ni entrometerme, sólo me estaba orientando. Quería tener todo listo para el lunes por la mañana, ¿sabes?

Estaba divagando en su vergüenza, pero este tipo tenía la sonrisa más bonita.

—Escucha, ¿por qué no completas tu misión? Sube a la casa. Conocerás a Jessi, que es la ama de llaves de Marko. Probablemente la verás más que a nadie. Incluso, podríamos persuadir al hombre para que muestre su cara.

Sunday dudó. No llevaba maquillaje, su cabello era un desastre... ¿realmente quería causar esta primera impresión?

—Creo que tal vez debería esperar hasta el lunes. No quiero entrometerme.

Luke asintió, pero sus ojos se arrugaron cuando sonrió y Sunday no pudo evitar que le agradara.

—Escucha, depende de ti, pero sé que Jessi está preparando el almuerzo y siempre prepara mucho. Marko apenas come, así que yo —se dio una palmadita en el estómago plano—, me siento culpable en su nombre y termino demasiado lleno. Me harías un favor.

Sunday se rio. Era tan encantador... que una vez más se encontró maravillada por la amabilidad de esta gente.

—Bueno, si me prometes que no te voy a incomodar.

—Por supuesto que no. ¿Vamos?

## CAPÍTULO TRES

---

MARKO SINTIÓ una pizca de molestia al escuchar que llamaban a la puerta, pero mantuvo su voz a nivel.

—Entra.

Luke asomó la cabeza por la puerta y sonrió.

—Hola, amigo.

—Hola, Luke —incluso en su estado de ánimo sombrío, Marko siempre estaba feliz de verlo—. ¿Vienes al banquete de Jessi?

—Por supuesto, y he traído una invitada.

—¿Oh? —Marko no podría estar menos interesado. Rara vez se unía a Jessi y a Luke en la cocina, prefiriendo comer solo en su estudio.

—Tu nueva empleada.

—¿La mecanógrafa?

—La transcritora —dijo Luke con cierto tono de voz—. No creas que le impresionaría que la describieran como mecanógrafa.

Marko se encogió de hombros.

—Lo que sea. Jessi la contrató. Ella le dirá qué hacer, y adónde ir.

—Ven a conocerla, Mark —dijo Luke, y sonaba cansado, como si estuviera aburrido de ser el intermediario de su amigo—. Estará aquí cinco días a la semana, a todas horas. La conocerás algún día.

—Entonces la conoceré en cualquier momento.

Marko sabía que estaba siendo obtuso, pero no estaba de humor para bromas. Lindsay lo había llamado esta mañana, preguntándole si podía llevarse a Berry por unas semanas por alguna razón desconocida, y aunque Marko había accedido, y esperaba ver a su hija, le irritaba que posiblemente sus últimos días de poder pintar como siempre lo hacía fueran aún más limitados.

No estaba de humor para conocer a nadie y nada de lo que Luke pudiera decir le haría cambiar de opinión.

Luke lo dejó solo, claramente enojado, pero Marko suspiró con alivio. Continuó pintando, y sin embargo, desde el otro lado de la casa, podía oír risas y charlas que le hacían sentir el peso de la soledad. Podía oler el delicioso aroma de uno de los curris característicos de Jessi llenando la casa y se le hizo agua la boca. Sabía que ella le dejaría algunas sobras en el refrigerador, así que dejó su pincel y se limpió las manos.

Descalzo como siempre, atravesó la casa en silencio hasta el dormitorio de invitados. La ventana de allí daba a la cocina y podía verlos sin ser descubierto.

Vio a Jessi alborotada en el mostrador, hablando con una joven de cabello oscuro hasta la

cintura. Marko la observó mientras se movía por la cocina para ayudarla. La forma en la que su cuerpo se movía era casi como una bailarina, grácil y fuerte. Marko entrecerró los ojos para ver sus rasgos y sintió cómo se le apretaba la ingle.

Era encantadora. Una joven verdaderamente hermosa. Sus rasgos eran suaves, amables, con un leve rubor en su piel, y una sonrisa amplia. Medía alrededor de 1,70 m, un poco más baja que el 1,80 m de Marko, y era delgada pero con curvas.

La observó charlar fácilmente con Jessi y bromear con Luke, y se preguntó quién demonios era esta mujer. Ella era impresionante, pero ¿realmente tenía que ser impresionante en su vida?

No. Diablos, no.

Se mantendría alejado de ella, la sacaría de la ecuación, se concentraría en Berry y en su vista. A pesar de lo que Luke le hubiera dicho, tenía que haber algo, en algún lugar del mundo, que pudiera ayudarlo.

Porque de otra manera, ¿cuál era el punto? Era un destino demasiado cruel. Miró a su nueva empleada por última vez y se preguntó si ella habría conocido la verdadera desesperación. Pero lo dudaba.

Marko se alejó de la vista de sus amigos, que estaban disfrutando de la mutua compañía, y volvió a su solitario estudio.



SUNDAY PUSO una mano sobre su estómago y protestó mientras Jessi empacaba dos grandes cajas plásticas con curry.

—No puedo, ya me has malcriado bastante.

—Tonterías. Acabas de mudarte; necesitas alimentarte. Tómallo —Jessi le sonrió. Ella y Sunday habían congeniado enseguida—. Necesitas disfrutar del sabor del hogar.

Sunday le sonrió.

Jessi era una india americana de segunda generación y cuando Sunday le dijo que su propia abuela era de Kerala, terminó de poner su sello de aprobación para Sunday.

—Nunca he estado ahí —le dijo Sunday—. Es una de esas cosas que... —se detuvo. Estaba a punto de decir que era una de esas cosas que ella y Guido habían planeado hacer, posiblemente para su luna de miel—. Nunca tuve tiempo de hacerlo.

—Todavía tienes tiempo —dijo Jessi, encogiéndose de hombros—. ¿Tienes qué, veinticinco años?

—Veintiocho.

—Ah, mucho tiempo. Entonces, ¿nos veremos de nuevo el lunes?

Sunday sonrió.

—Lo haremos. Con el sol de la mañana brillando.

Abrazó a Jessi, sintiendo como si se conocieran desde siempre. Luke, que también había sido muy fácil para conversar, la acompañó hasta su auto.

—Siento lo de Marko. Es un maleducado, pero entrará en razón.

Sunday se encogió de hombros de buena manera.

—Oye, mientras haga mi trabajo y me paguen, no me molesta.

Luke le dio la mano y ella se sintió extrañamente conmovida por sus modales anticuados.

—Buena suerte con el trabajo. Ya puedo decir que vas a encajar con nosotros. Algunos de nosotros, de todos modos —añadió con una sonrisa—. Puedes encontrar el camino de vuelta a la ciudad, ¿cierto?

—Puedo, gracias. Y gracias de nuevo por invitarme a entrar. Tienes razón, hará que sea más fácil empezar a trabajar.

—Bien. Nos vemos por ahí.

Cuando volvió a la ciudad, justo después de la hora del almuerzo, la luz ya se estaba desvaneciendo, las nubes cargadas de nieve hacían que el cielo se llenara de púrpura, rosa y gris. Cuando Sunday llevó sus bolsas de alimentos y las cajas plásticas con curry a su apartamento, reflexionó que en pocas horas había hecho -si aún no eran amigos- personas con potencial para ser amigos.

Daisy. Jessi. Luke.

Leyó durante la mayor parte del resto del día, quedándose dormida en el sofá -uno que de hecho era mucho más cómodo que su cama-, y despertándose para ver caer la nieve esponjosa. Se sentó en la ventana durante horas sólo para verla caer, escuchando el silencio, la paz. Las farolas luchaban por iluminar la carretera principal a través de la nieve. Sunday sacudió la cabeza, riéndose suavemente para sí misma. Era como un país de ensueño, un cuento de Navidad, no la vida real.

Y sin embargo, esta era su vida real ahora y por primera vez desde esa terrible noche en la que había perdido todo, perdido a Guido, perdido la vida que había planeado, para la que había trabajado, la ex Eloy Marti sentía esperanza.



CUANDO SU HOMBRE informó que Eloy no había estado en casa durante todo el fin de semana, Brian Scanlan estaba molesto pero no sorprendido.

—Ella cree que puede esconderse de mí —se encogió de hombros, mientras sus empleados le escuchaban. Había un aire de nerviosismo en la habitación, como si los otros hombres esperaran que el temperamento de Brian explotara. Pero esta noche, se sentía magnánimo.

Dejaría que Eloy pensara que se le escapó, pero ella estaba viva sólo porque él se lo permitió. Esa noche, hacía ya un año, su sicario eliminó al novio -como se le había ordenado-, y le había disparado a Eloy -que se le había dicho explícitamente que no lo hiciera-. Brian sabía que la próxima vez, él mismo acabaría con el asunto pendiente. No podía arriesgarse a que se le escapara otra vez, después de todo, ella le había facilitado la planificación al no salir de la ciudad después de que le dieran el alta en el hospital.

Pero entonces, otra vez... ¿a dónde diablos se habría ido? Él sabía mejor que nadie que ella no tenía a nadie. Su familia estaba dispersa; la familia de su novio la culpaba de su asesinato. Tenía amigos, sí. Pero después de tanto tiempo, seguramente Eloy se había quedado cerca de su lugar.

Nadie sospechaba que el gran Brian Scanlan, decano del Upper East Side, tuviera tan estrechos lazos con la mafia, y que fuera un asesino a sangre fría. El hombre que contrató para matar a Guido Wheeler estaba muerto, fue su castigo por herir al amor de Brian. La noche que encontró a Eloy en el hospital con una herida de bala en el vientre... no. Sólo él decidiría si ella vive o muere. Ella le pertenecía a él, y a ningún otro.

Había sido generoso el tiempo suficiente, dándole tiempo para llorar por su amor perdido, pero ahora era el momento. Había hecho los arreglos durante el año pasado: un nuevo apartamento para que vivieran juntos en el Upper East Side, un nuevo guardarropa para Eloy, cada pieza hecha a medida para ella en los colores que él, Brian, había aprobado. La haría teñirse el cabello de nuevo a su color natural... parecía una cualquiera con ese tono rubio desordenado. Haría que se removiera todo el maquillaje de su hermosa cara, ya que la madre de sus hijos no lo necesitaría.

Sí, lo tenía todo planeado para ella, y ahora era el momento de poner ese plan en acción.

Sólo que a la mañana siguiente, cuando Eloy no apareció en su pantalla de televisión, Brian Scanlan descubrió que se había equivocado. Eloy se le había escapado.

Eloy se había ido.

Y su rabia no tenía límites.

## CAPÍTULO CUATRO

---

EL LUNES POR LA MAÑANA, Sunday trató de poner a un lado el hecho de que se había ido de Nueva York se haría público hoy, y trató de concentrarse en el viaje hasta la casa de Giotto. La noche anterior, había pasado una divertida velada con Daisy, y ahora estaba llena de optimismo de que su trabajo sería justo lo que estaba buscando.

Jessi la saludó como a una vieja amiga y le mostró la pequeña oficina donde Sunday encontró una laptop de última generación preparada para ella, así como una cómoda silla y un sólido escritorio de roble. Un sofá completaba la habitación, de la cual una pared era por completo de vidrio y la vista daba al valle de abajo.

Sunday sacudió la cabeza, riéndose con incredulidad.

—¿Cómo se supone que me voy a concentrar ante eso?

Ella indicó la vista y Jessi sonrió.

—Lo harás bien. Escucha, cualquier cosa que necesites, ven a buscarme y por favor sírvete de cualquier cosa en la cocina, comida, bebida. Tienes un mini-refrigerador con agua y refrescos, pero cualquier otra cosa, por favor, de verdad, sólo sírvete —Jessi miró su reloj—. Almorzaremos a la una en punto, ¿vale?

—No quisiera imponerme.

Jessi puso los ojos en blanco, sonriendo.

—Hasta luego. Oh, el baño al final del pasillo a la derecha.

Sunday se sentó en el escritorio y sacó sus gafas de lectura de su bolso. Dos gruesos diarios estaban colocados al lado del escritorio, presumiblemente los que Giotto quería transcribir. Se preguntó por qué no lo había hecho él mismo, pero cuando los abrió, se dio cuenta de por qué. La escritura era limpia pero increíblemente pequeña. Instantáneamente, Sunday supo que esto sería un trabajo de meses en vez de semanas y se sintió aliviada. Se preguntaba cómo diablos transcribir dos diarios podía llevar más de unas pocas semanas, al menos, pero ahora, viendo el grosor de los libros y la escritura que cubría cada página... Sí, ella estaría bien ocupada por unos meses.

Ella miró el portátil, vio que contaba con todos los programas que podía esperar, y pasó una hora o dos configurándolo como le gustaba. Luego tomó uno de los diarios y se sentó en el sofá para leer las primeras entradas, enrollando sus piernas debajo de ella y acomodando su cabello en un moño.

Pronto se sumergió entre las letras. Ludovico Giotto había sido un hombre de visión, de increíble inteligencia y calidez, eso era evidente incluso desde las primeras páginas. La historia se remontaba a casi cincuenta años atrás, cuando el padre de Ludo trajo a su joven esposa a América para formar su familia. Ya multimillonario, Giovanni Giotto había apostado por sus cuatro hijos, especialmente por el mayor, Ludo, pero también había decidido que tendrían lo mejor

de todo, pero sólo cuando aprendieran a apreciarlo. Los había enviado a prestigiosos colegios en el entendimiento de que, después, todos ellos prestarían cinco años de sus vidas al servicio voluntario. Todos ellos, excepto su hija Perdita, habían cumplido su promesa. Perdita, la adorada hermana menor de Ludo, no vivió para ir a la universidad, sucumbiendo ante la tuberculosis cuando tenía tan solo ocho años.

Ludo, y sus hermanas supervivientes habían trabajado aún más duro después de eso, y no sólo habían dado los cinco años prometidos sino que habían extendido esa promesa a sus futuros cónyuges e hijos.

Todos vivimos vidas de grandes privilegios, escribió Ludo, pero ninguno de nosotros lo dio por sentado. Vimos a muchos de nuestros compañeros y a los compañeros de nuestro padre que lo perdieron todo y no encontraron forma de levantarse de nuevo, porque nunca habían presenciado o experimentado verdaderas dificultades. Nosotros, al menos, sabíamos que nada en este mundo era seguro, y ciertamente nada de lo que teníamos en valor material significaba algo a largo plazo.

—Historia real —murmuró Sunday y levantó la vista del libro, girando el cuello. Sus sentidos periodísticos hormigueaban como no lo habían hecho en mucho, mucho tiempo y se preguntaba ociosamente si Marko Giotto le permitiría trabajar en una biografía oficial de su padre y su familia.

Cerró el diario y fue al ordenador. Abriendo una ventana del navegador, hizo una pausa. Era lunes. El primer día que Eloy Marti oficialmente no se presentaría a trabajar. ¿Sería tortuoso ver si su ausencia hubiera causado alguna noticia? Eso es presuntuoso, pensó, sacudiendo la cabeza. No. Seguramente, detrás de las escenas se lo preguntarían, incluso se preocuparían, pero no se diría nada en la pantalla hasta que tuviera que ser así.

Y entonces... Dios, apenas podía pensar en lo lejos que había llegado el FBI para protegerla. Una desconocida no identificada que coincide con su descripción. La hija de alguien, la pequeña de alguien, sería usada como señuelo. Alguien de la policía “identificaría” el cuerpo como el de Eloy. Un suicidio. O un accidente. Eloy Marti estaría oficialmente muerta.

Sunday tembló. Qué vida. Se levantó y se estiró, cerrando el portátil. No necesitaba saber lo que estaba pasando en Nueva York, sólo la molestaría. Necesitaba concentrarse en su trabajo.

A la hora del almuerzo, tímidamente fue a la cocina y Jessi le hizo señas con una espátula mientras se movía alrededor de la estufa.

—Comeremos tortillas. Espero que esté bien. Su majestad no comerá, así que seremos sólo nosotras dos.

Por alguna razón, Sunday se sintió aliviada. Después de leer el diario del padre de Marko, sintió que quería acribillar al hombre con preguntas, y realmente no era el momento apropiado para eso.

Jessi volteó una tortilla en un plato para ella.

—Es sólo de vegetales, aquí tenemos los lunes sin carne, para el disgusto de Marko. Pero lo mantiene un poco más saludable.

—¿Le gusta la carne?

—Lo hace. Carne roja, vino tinto, cigarrillos. Ese es el combustible de Marko. Afortunadamente, logré prohibir los cigarrillos en la casa principal.

Sunday se rio.

—Realmente eres la jefa.

—Tengo que serlo. Marko lleva el temperamento artístico al enésimo grado —la sonrisa de Jessi se desvaneció—. Pero está pasando por un momento difícil ahora mismo, así que lo dejaré despotricar y desvariar si quiere.

No ofreció más información, y Sunday no se sintió con derecho a curiosear. Charlaron felizmente mientras comían su almuerzo, Sunday felicitando a la chef por las tortillas ligeras y esponjosas. Lo terminó todo, y recibió la aprobación de Jessi.

—Buena chica.

—No soy de las que dicen que no a la comida.

—¿Algún favorito?

Sunday lo consideró por unos segundos.

—Un buen filete a la parrilla y una cebolla en flor. Dios, cebollas. Puedo ser convocada mágicamente por alguien que las fría cerca de mí.

Jessi se rio.

—Entonces lo recordaré.

Sunday le dio las gracias por el almuerzo de nuevo y volvió a su oficina, sintiéndose feliz. Si esta iba a ser su vida ahora, entonces se sentía bendecida. Volviendo a los capítulos que había leído, comenzó a transcribirlos en la computadora, y para cuando levantó la vista de su trabajo, ya estaba oscuro afuera. Ella miró su reflejo en la ventana. Vio un par de ojos tristes, su cabello oscuro escapando del desordenado moño, y el diminuto destello del pendiente que llevaba. Tenía que admitir que no se parecía en nada a la pulida presentadora de noticias que había sido hace sólo unos días atrás, pero de alguna extraña manera, sentía que se parecía más a sí misma.

Justo después de las siete, recogió sus cosas y caminó por la casa para despedirse de Jessi. Cuando entró en la cocina, vio un movimiento por el rabillo del ojo y se giró para mirar por la ventana. Al otro lado del patio, en el ala más alejada de la casa que estaba casi siempre en oscuridad. ¿Se lo imaginaba o había una figura silueteada mirándola?

Entrecerró los ojos. Sí. Él estaba allí... de alguna manera, ella sabía que era su misterioso empleador. Sintióse incómoda, levantó la mano a medio camino en saludo y luego la dejó caer. Fue algo extraño. Se dio la vuelta y se alejó de la cocina, encontrándose con Jessi en la entrada y despidiéndose de ella, sin mencionar el incidente.

El apartamento estaba frío de nuevo y Sunday decidió que, mientras la calefacción hacía su trabajo, ella saldría a cenar. Había una cafetería a lo largo de la cuadra y, agradecida, se acurrucó en una cabina en una esquina.

Vino una joven camarera de aspecto punky cuya etiqueta de nombre decía Cleo.

—¿Qué puedo ofrecerte?

Sunday escaneó el menú de plástico rápidamente.

—Oh, um, café negro y un... um...

Cleo le sonrió de repente.

—Te daré un minuto, cariño, no te preocupes. Bonito tatuaje. Te traeré el café.

Sunday le sonrió en agradecimiento. En realidad, la gente era muy amable. El lugar estaba bastante lleno, obviamente era el lugar favorito de los locales, y cuando Cleo trajo una hamburguesa apilada con papas fritas, Sunday pudo entender por qué. Gimió, mientras los sabrosos jugos de la hamburguesa consentían su paladar y las papas saladas y calientes crujían satisfactoriamente bajo sus dientes.

Una cosa buena de no estar más en cámara, pensó con una sonrisa para sí misma, es que no hay más restricciones de calorías. Comió tarta de manzana caliente de postre y luego se quejó cuando Cleo le ofreció una segunda porción por la casa.

—Dios, no, es muy amable, pero de hecho voy a explotar.

Cleo sonrió.

—Daisy dijo que eras agradable. Somos amigas.



—Eso tiene sentido. Espero que nosotras también lo seamos.

Cleo miró a su alrededor para ver si su gerente estaba mirando y luego se deslizó en el asiento de enfrente de Sunday.

—Escucha, sólo una rápida advertencia, de amiga a amiga. ¿Daisy me comentó que trabajas para Marko...?

Sunday asintió con la cabeza.

Cleo suspiró.

—Entonces ten cuidado con Nadia. Daisy no dirá esto, pero Nadia es una zorra de primera. Te causará problemas si puede. Ignórala.

—Lo haré, gracias. No estoy aquí para hacer enemigos.

Cleo le sonrió.

—Eres agradable. Hey, el jefe ha vuelto. Escucha, tomemos un café pronto, ¿sí? No aquí, quiero decir.

—Me encantaría.

Sunday se enfocó en su café, sin querer dejar el calor del restaurante. Cleo, habiendo terminado su turno, se había ido media hora antes y Sunday se aseguró de que recibiera la generosa propina que sin duda se había ganado.

Su nueva amiga le había dado las gracias y le había dejado su número de móvil.

—Si me necesitas escíbeme cuando sea, para lo que sea.

Sunday estaba leyendo noticias en su celular cuando escuchó a alguien entrar. Miró hacia arriba y vio a un hombre alto, con rizos oscuros, quitándose la nieve de su abrigo. La miró a ella, y sus ojos se cerraron.

Sunday sintió una sacudida en todo su cuerpo. El hombre tenía un aspecto espectacular, un rostro robusto y guapo, pero fueron sus ojos los que realmente la atraparon. De color verde claro y con un grueso borde de pestañas negras, la miraban sin vacilar. Sintió su mirada en todas partes.

El tiempo pareció congelarse, pero luego se acercó a su cabina.

—¿Puedo?

Oh, maldición. ¿Por qué tenía que tener también esa voz profunda, sexy y grave? Ella asintió tontamente, y él se sentó frente a ella. Otra camarera se acercó y tomó su pedido de café negro, mientras miraba a Sunday de forma inquisitiva.

Sacudió la cabeza.

—Sólo uno, por favor.

Sunday se sintió como una adolescente enamorada y se aclaró la garganta, tratando de evitar que su cara se enrojeciera.

—Eres nueva aquí.

Hizo una declaración, no una pregunta, pero ella asintió de todos modos.

—Soy...

—Sin nombres.

La emoción la atravesó y de repente supo que lo que estaba pasando aquí, simplemente iba a suceder. Ella deseaba a este hombre, quienquiera que fuera, y no necesitaba complicaciones. ¿Una aventura de una noche? Sí, por favor. Dejó que el deseo se mostrara en sus ojos y su boca se unió en una sonrisa de satisfacción.

Su arrogancia era convincente y extrañamente sexy, así que Sunday le sonrió.

—Eres muy confiado.

—Sé lo que quiero.

—¿Y qué es eso?

—A ti. No me gusta andar con rodeos ni juegos.

—A mí tampoco —ella enderezó su espalda—. Tampoco quiero complicaciones.

—Entonces estamos de acuerdo. ¿Tienes un lugar cerca?

—Sí.

Inclinó la cabeza hacia un lado.

—¿Estás segura de esto?

—Como dije, sin complicaciones. ¿Quieres follarse? Vamos a follarse.

Sunday no podía creer que las palabras salieran de su propia boca, pero ¿qué demonios? Nueva vida, nuevas reglas. Lo último que quería era una relación con alguien, pero su cuerpo tenía necesidades, por el amor de Dios.

Su pretendiente la miró durante un largo momento, luego le tomó la mano, poniéndola de pie.

—Vamos, hermosa.

## CAPÍTULO CINCO

---

CAMINARON a través de la nieve hasta su apartamento. Dentro, la acercó y aplastó sus labios contra los de ella. Dios, sabía bien. Ella serpenteó su mano y la metió para encontrar su miembro dentro de sus pantalones. Era enorme.

Ella gimió con anticipación y él se rio.

—Es todo para ti, hermosa. Ahora quítate la ropa.

Se desnudaron rápidamente, cayendo en su cama. Su cuerpo era duro y musculoso, con hombros anchos que al bajar se transformaban en caderas delgadas y piernas fuertes. Pasó sus manos sobre el cuerpo de ella, con admiración en sus ojos.

—Sensacional —murmuró, y luego se inclinó para llevarse el pezón de ella a la boca.

—Espera... espera... no tengo ninguna protección...

Sin romper el contacto con su pecho, extendió una mano y agarró sus pantalones, sacando un condón del bolsillo trasero. Sunday se relajó, cerrando sus ojos mientras la lengua de él se movía alrededor de su pezón, enviando dulces sensaciones a través de su cuerpo.

Sunday acarició su larga y gruesa erección contra su vientre, sintiéndola temblar y estremecerse al tocarla, hinchándose en su mano.

—Sigue haciendo eso, preciosa, y tendré que follarte antes de hacer cualquier otra cosa.

Sunday le sonrió y empezó a acariciarlo más. Se quejó.

—Dios, pequeña niña sucia...

Ella abrió el paquete de condones y lo hizo rodar por su pene mientras él le separaba las piernas a la altura de la cintura.

—Te vas a llevar todo esto, niña bonita.

Se metió dentro de ella y Sunday casi gritó por el puro placer animal de ello. Follaron duro, cada uno arañando y mordiendo al otro, besándose hasta que les dolió la boca. Dios, se sentía tan bien ser follada sin inhibiciones, sabiendo que no había sentimientos involucrados, ser este animal, este salvaje...

Eventualmente su encuentro se volvió tan intenso que ambos cayeron al suelo, y él le puso las manos sobre la cabeza mientras la llevaba hacia un orgasmo que estremecería su cuerpo.

Sunday llegó con fuerza, con su espalda arqueada, y su vientre presionando contra el de él. Un año de abstinencia escapó de ella, y las lágrimas corrieron por su cara mientras gritaba. Avergonzada, ella apartó la cabeza de él pero él la besó suavemente sin decir nada.

Se acostaron uno al lado del otro, jadeando, y luego, sin necesidad de palabras, hicieron el amor de nuevo, lentamente, explorando el cuerpo del otro. Le encantaba cómo su cuerpo era mucho más grande que el de ella, sus brazos gruesos la acunaban como si fuera la cosa más preciosa del mundo. Ella le pasó los dedos por la cara, era tan hermosa que no parecía real, vio

algo diferente en sus ojos y se preguntó sobre ello.

Pero, no. No te preguntes eso. No te preocupes por él. Mantén esto como lo que es... un maravilloso, sensual y espectacular interludio. Presionó sus labios contra los suyos, queriendo recordar cada centímetro de él porque sabía en su corazón que esto sería algo de una sola vez.

Hicieron el amor durante la madrugada, hasta de que Sunday fue incapaz de mantener los ojos abiertos un momento más.

Por la mañana, él se había ido.

En la ducha, ella flexionó sus músculos y sintió el delicioso dolor de haber sido follada. Sus muslos palpitaban; su vagina estaba sensible por el golpeteo del enorme pene de su amante. Había marcas de mordeduras débiles en sus pechos, sus hombros. Su boca todavía sentía un hormigueo por sus besos.

Y dentro de ella, algo se había liberado. Algo que ella no sabía que estaba allí, una pared. La falta de intimidad desde el asesinato de Guido no había sido algo en lo que ella había pensado, pero ahora, después de anoche, se podía dar cuenta de lo distante, físicamente, que había mantenido a todos durante el último año.

Se dirigió a la casa de Giotto, llevando pan fresco de la panadería del pueblo para Jessi, quien le dio las gracias y la invitó a compartir un café con ella.

—Tengo algunas noticias. No es que te afecte directamente, pero deberías saberlo.

Le hizo señas a un taburete y Sunday se sentó, mirando a su nuevo amiga con curiosidad.

—¿Qué pasa?

—Bueno, la hija de Marko vendrá a quedarse unas semanas, es todo, y Berry es adorable, pero también es un poco energética.

—¿El Sr. Giotto tiene una hija?

—Cinco años, pero sólo la conoce desde hace unos años. Creo que ella fue el producto de una aventura de una noche.

Sunday esperó que su cara no se hubiera puesto tan roja como se sentía.

—Sucede. Entonces, Berry... qué gran nombre, ¿eh? ¿Vendrá a quedarse por unas semanas?

Jessi asintió.

—Marko me ha prometido que hará la mayor parte del trabajo pesado, pero lo conozco. Habrá días en que esté en su estudio y se olvide de todo, incluyendo a Berry. En esos días puede que te encuentres con una pequeña ayudante.

—No me importa eso, mientras el Sr. Giotto entienda que me distraeré del trabajo.

Jessi sonrió.

—Puedes llamarlo Marko, ya sabes.

—¿Crees que alguna vez lo conoceré?

Sunday ya se había imaginado cómo se vería, con el cabello gris y malhumorado. Daisy había dicho que era “viejo”, pero entonces recordaba que Daisy tenía veinticuatro años. “Viejo” podría significar cualquiera de más de treinta años.

Jessi suspiró.

—Espero que sí, cariño, lo hago. Sé que esto puede parecerle una situación extraña, pero Marko nunca ha sido una persona muy sociable. Empeoró después de que su madre murió y su padre se volvió a casar —bajó la voz—. Su madrastra es una mujer vil y malvada. Algo pasó entre ella y Marko y él nunca fue el mismo.

—Dios, qué horrible.

Jessi asintió.

—Nunca le diría a nadie lo que pasó, pero debe haber sido bastante malo. Tenía moretones,

pero no se lo dijo a su padre.

—¿Qué edad tenía cuando esto sucedió?

—Dieciséis. Han pasado veinte años y todavía no quiere hablar de ello.

¿Así que “el viejo” tenía treinta y seis años? Sunday parpadeó, ajustando la imagen de su enigmático empleador.

—Eso es simplemente horrible. ¿Todavía está por aquí?

—Desafortunadamente, pero vive en Nueva York. Será mejor que no aparezca por aquí en un futuro próximo.

Sunday asintió con la cabeza, y unos minutos más tarde estaba en su oficina, lista para empezar a trabajar. Sin embargo, no podía dejar de pensar en lo que Jessi le había dicho y se preguntaba si Ludovico tenía idea de que su hijo estaba siendo abusado por su esposa. Sunday sacudió la cabeza, enfadada por lo de Marko. No tenía tolerancia para los hombres o mujeres que abusaban de los niños. Ella cedió a la tentación y escribió el nombre de Ludo en un motor de búsqueda. Encontró fotos de un hombre guapo de cabello plateado con una mujer mucho más joven, una mujer que Sunday reconoció inmediatamente.

—De ninguna manera —siseó en voz baja.

La maldita Ciara Marshall. La malvada bruja del Upper East Side. Sunday sonrió con gravedad. De repente, el abuso no parecía tan sorprendente. Ciara era temida y vilipendiada, pero su dinero, su posición como hija de una de las familias más poderosas de Nueva York, significaba que la gente la adulaba a su alrededor, a pesar de todo. Sunday, o mejor dicho, Eloy, había entrevistado a la mujer una vez para un segmento en el primer programa y le había disgustado enormemente. Había apodado a Ciara “Nuestra Señora de la Víctima Perpetua” después de que la mujer afirmara haber sufrido varias enfermedades graves sin ninguna prueba de tan mala salud. Ciara llamó al jefe de Eloy, exigiendo que fuera despedida. Jack, el dueño de la estación, se negó a punta de pistola. No se complacían con gente como Ciara Marshall.

Ahora, Sunday se preguntaba si Ludo había escrito sobre su ex esposa. Revisó los diarios pero descubrió que se detenía antes de que la madre de Marko muriera. Sunday se mordió el labio. Por una corazonada, fue a buscar a Jessi y le preguntó si había más diarios.

—Oh sí, cariño, habrá unos cuantos volúmenes más. Marko me dijo que te diera un par a la vez para que no te sintieras abrumada.

—Lo entiendo.

—¿Alguna razón para preguntar?

Sí. Conozco a Ciara Marshall.

—No, sólo me preguntaba, ya que los dos que me diste parecen llegar sólo a cierta fecha.

Jessi se limpió las manos.

—Ven conmigo —la llevó a través de la casa y a un gran estudio—. Ahora, no juzgues, pero este es el estudio de Ludo. No es su verdadero estudio, pero Marko lo copió con exactitud cuando hizo construir la casa. Por aquí.

Señaló una estantería que llegaba del suelo al techo. Sunday casi gimió de felicidad cuando la vio. Se parecía un poco a la biblioteca de *La Bella y la Bestia*. Pasó una mano sobre los lomos de los libros.

—Cielos.

Jessi se rio.

—Sabía que estabas escondiendo tu geek interior. Lo mismo ocurre con las bibliotecas. Estoy segura de que no le importará si quieres que te preste algo. Y si quieres más de los diarios de Ludo, tenlos.

Jessi la dejó para que disfrutara de la biblioteca en su tiempo libre. Sunday sacó algunos de los diarios de Ludo y los llevó a su oficina. Su interés se había despertado ahora, así que buscó entre ellos hasta que encontró la primera mención de Ciara. Instalada en el sofá, leyó durante unas horas. El día pronto se había ido, y aunque había leído casi todo un diario, no había encontrado nada fuera de lo común. Se sintió maravillada de la atención de Ludo a los detalles, aunque el hombre documentaba todo excepto sus hábitos de baño, nunca fue aburrido. Decidió que le hubiera gustado mucho conocer a Ludovico Giotto. Era cálido y gracioso, y obviamente adoraba a su primera esposa y a su hijo.

Jessi le había dicho que hoy era su medio día libre y así, a la hora de la comida, Sunday hizo su maleta y caminó por la casa en silencio. Había algo reconfortante y a la vez cargado sobre la afonía de la casa. Afuera, se detuvo por un momento, escuchando el débil sonido de la nieve cayendo y respiró una bocanada entera de aire helado. Sí, podría acostumbrarse a esta paz.

Una vez más, la sensación de ser observada se apoderó de ella. Miró hacia el extremo más alejado de la casa y sonrió.

—¿Por qué no vienes a hablar conmigo? —dijo en voz alta, en el silencio, pero no hubo respuesta. ¿Quién eres...?—. Lo que sea que te haya hecho, me gustaría hacerla pagar por ello — Sunday dijo eso en voz baja, para sí misma.

Incluso después de que todo lo que a ella le había sucedido, todavía salía, hacía nuevos amigos, tenía experiencias.

No podía imaginar que algo la marcará tanto como para desaparecer en el exilio.

Sunday se subió a su camioneta y condujo de vuelta a la ciudad. Vio que la cafetería seguía abierta y se detuvo a saludar a Daisy.

Su amiga parecía encantada de verla.

—Hola. ¿Americano?

—Estoy de humor para un chocolate caliente, en realidad. Necesito el azúcar.

Daisy sonrió y asintió con la cabeza indicando una silla.

—Toma asiento. Lo traeré.

Sunday se sentó, dejando su bolso en el suelo a su lado. Asintió hacia Nadia, que sonrió suavemente pero no se acercó. Hablaba con un apuesto joven de cabello rubio oscuro y ojos azules, que miraba a Sunday con interés. Nadia le murmuró algo y las dos se rieron, lo cual hizo que su cara casi se sonrojara. ¿Qué era esto, noveno grado?

Daisy trajo dos tazas de chocolate caliente y se sentó, echando una mirada molesta a su hermanastra.

—Ignórala, nunca creció. Entonces, ¿cómo van las cosas? ¿La instalación? ¿Ya te has encontrado con Marko?

Sunday le sonrió a su nueva amiga.

—Bien. Sí y no. El misterioso Sr. Giotto sigue siendo un extraño. Me encontré con Cleo en el restaurante anoche.

Por alguna razón, no quiso mencionar al delicioso desconocido que se había llevado a casa. Eso sería sólo para ella, su pequeño y sucio secreto.

Daisy estaba sonriendo.

—Amo a Cleo. Ella es tan genial sin esfuerzo. Soy una idiota y aún así ella decidió que yo era su mejor amiga. Es de Nueva York, ¿sabes?

—No lo sabía.

Un pequeño espiral de inquietud comenzó formarse en el estómago de Sunday. ¿Cleo la reconocería?

Daisy no se dio cuenta de su inquietud.

—Bueno, de todas formas, ¿así que el trabajo va bien? No me sorprende que Marko se esté escondiendo.

—¿Cómo es él? Sé que tiene 36 años y que es un artista, pero es todo lo que sé.

Sunday sabía que no debía sonsacarle información a Daisy, pero no pudo evitarlo. Desde que supo de la madrastra de Marko... sintió que tenía que saber más.

—Precioso, pero también un poco... —Daisy buscó la palabra correcta—. No es siniestro, sino más bien... oh, carajo, estoy tratando de encontrar la palabra correcta. Siempre tiene esa mirada problemática. Me gusta; dice todo como es y no se le puede molestar con juegos —le echó un vistazo a su hermana—. Probablemente fue por lo que él y Nadia no duraron. De todos modos, se mantiene para sí mismo, como ya sabes. Érase una vez que venía a tomar café, a charlar con algunos lugareños, pero esos días ya pasaron. Qué lástima —estudió el rostro de Sunday—. ¿Realmente no lo has visto?

Sunday sacudió la cabeza.

—Aunque conocí a Luke Maslany.

La sonrisa de Daisy se amplió.

—Oh, amo a Luke. Es como un gran oso de peluche. Estoy tan enamorada de él.

—Deberías invitarlo a salir —dijo Sunday y Daisy se rio.

—Bien... Él es un gran médico, y yo soy la dueña de una cafetería.

—¿Y? Luke me parece bastante realista y no hay nada malo en tener una cafetería. Eres una empresaria. Este lugar es maravilloso. Estoy segura de que no me sentiría tan bienvenida en ningún otro lugar.

—Eres dulce. Pero en realidad, Luke está fuera de mi alcance.

Sunday miró a Daisy con incredulidad. Ella era preciosa, con suaves curvas y calientes.

—Nadie está fuera de tu alcance, cariño.

Daisy puso los ojos en blanco.

—Dulce habladora. ¿Y qué hay de ti? ¿Algún novio? ¿O novia? No debería presumir.

Sunday sonrió.

—Amiga, si me gustaran las chicas, estaría coqueteando contigo ahora mismo —las dos se rieron—. Pero no. Sin novio. No desde hace un tiempo.

—Hay una historia ahí, ¿no es así? —preguntó Daisy, leyendo la expresión de Sunday, y ella asintió.

—Sí. Pero para otra ocasión.

—Te entiendo.

Cuando volvió a su apartamento, miró al restaurante, preguntándose si su amante volvería a aparecer por allí esta noche. Anoche había sido salvaje, loco y estimulante... y debería mantenerlo como algo de una sola vez. No necesitaba la complicación, por mucho que anhelara su toque de nuevo.

No. No podía ser.

## CAPÍTULO SEIS

---

MARKO SE AGACHÓ para tomar a su hija en sus brazos.

—Hola de nuevo, pepinillo.

Berry, toda rizados oscuros y una gran sonrisa, se rio.

—¡No soy un pepinillo, papá!

—Sí, lo eres, un gran pepinillo. Hola, Linds.

Se puso de pie, con Berry en sus brazos, para saludar a su ex-amante, que le sonrió con gratitud.

—Hola, Marko. Escucha, no puedo decirte lo agradecida que estoy por esto.

Le hizo señas para indicarle que todo estaba bien.

—Siempre es un placer. Vamos a desayunar. Sé que la comida del aeropuerto no es muy buena, pero conozco de un lugar al que podemos ir, si tienes tiempo.

Lindsay, una dulce mujer de cabello oscuro, le asintió con la cabeza, pero había algo en sus ojos que le hizo sentir curiosidad.

—Por supuesto.

Mientras desayunaban en un restaurante una hora después, ella le dijo.

—Etapa IV —comentó simplemente, y el corazón de Marko se rompió.

—No. Oh Dios... Linds.

—Qué suerte la mía, ¿eh? Sólo un pequeño bulto, apenas capaz de sentirlo, pero aparentemente, es profundo y se está extendiendo. Hígado, pulmones, cerebro.

—Jesús —Marko le tomó la mano y ella la apretó—. Cariño... escucha, podemos hacer algo. El Centro Sloan Kettering o cualquier lugar en cualquier país que pueda tratarlo, podemos hacerlo.

Lindsay le tocó la cara.

—Eres el hombre más dulce, Marko Giotto, pero me temo que ya ha pasado. Está bien, he hecho las paces. Es sólo que... —le envió una mirada a Berry, que estaba comiendo una gran pila de panqueques de arándanos con gran concentración en su rostro—. Odio la idea de irme... —miró a Marko con lágrimas en los ojos—. Y sé que no pediste nada de esto, para nosotros, ni para ella pero...

—Lindsay, sería un honor, un privilegio y una responsabilidad absoluta. Odio que sientas que tienes que preguntar. Por supuesto... por supuesto...

Los hombros de Lindsay se desplomaron y dejó caer las lágrimas entonces.

—No puedo decirte lo aliviada que estoy. Tenía tanto miedo de que se quedara sola.

—Nunca. Nunca jamás —dijo Marko con sentimiento y tomó a Lindsay en sus brazos, abrazándola fuertemente—. Somos una familia. Una inusual, sí, pero claro, no existe tal cosa como



una familia normal. Tienes mi palabra, Lindsay. A Berry no le faltará nada, especialmente amor.

Hablaron durante horas. Lindsay le dijo que los médicos le habían dado unas semanas.

—Si tengo suerte... Tengo que ir a despedirme de todos, pero no quiero traumatizar a Berry. De todas formas... me gustaría que estuviéramos juntos al final.

—Por supuesto. Mira, podría viajar contigo. Cuidar de Berry. Entonces podemos estar juntos todo el tiempo.

Lindsay lo miró sorprendida.

—¿Harías eso?

—Por supuesto. Entiendo que quieras protegerla de lo peor, pero créeme, lo descubrirá más tarde y se preguntará por qué te fuiste cuando podrían haber estado juntas. Confía en mí, cariño, podemos hacerlo.

Lindsay empezó a llorar de nuevo.

—Eres un hombre extraordinario, Marko Giotto.

Más tarde, cuando Lindsay y Berry estaban durmiendo la siesta, Marko llamó a Jessi y le explicó la situación.

—¿Puedo pedirte que me hagas una maleta y que la traigas aquí? No quiero perder un momento con ellas.

—Por supuesto... oh, es tan triste. Escucha, no te preocupes por nada. Y yo... prepararé una habitación para Berry cuando vuelvas.

Marko cerró los ojos.

—Gracias, Jessi. Sé que es una situación extraña. Odio decirlo, pero no creo que estemos lejos por mucho tiempo.

Después de colgar, miró a su ex-amante y a su hija durmiendo. No tenía dudas de que iría con ellas a despedirse de los seres queridos de Lindsay. Se aseguraría de que viajaran con todos los lujos y que las cosas salieran lo mejor posible. No tenía ni idea de cómo le iban a decir a Berry que su mamá no iba a estar con ella por mucho más tiempo. ¿Cómo diablos hacías que una niña de cinco años entendiera?

Su corazón palpitaba de dolor y salió de la habitación del hotel para fumar un cigarrillo en el balcón. Hombre, sentía que la vida se le escapaba, como si no tuviera control de nada. El trabajo, la familia, su vista deficiente.

Y los diarios de su padre y de la mujer que los transcribía para él. Sunday Kemp. Incluso su nombre hacía que su pene se endureciera. La había visto salir de su casa unas cuantas veces, sabía que lo había sentido, había visto su tímido saludo. Incluso la había oído decirle que viniera a hablar con ella.

Si ella supiera...

Pero por ahora, tenía que concentrarse, y tal vez estar lejos de Colorado por unas semanas le ayudaría a aclarar su mente. Tal vez para entonces habría terminado de transcribir los diarios de su padre, se habría enterado del horror de su historia familiar y se habría ido para cuando él volviera con Berry.

Tal vez sería capaz de dejar de pensar en ella. Tal vez...



NUEVA YORK...

Ciara Marshall se dio la vuelta y se deslizó de la cama. Brian Scanlan la miró con ojo crítico mientras ella se envolvía en una bata de seda y se dirigía a la ducha.

—Has perdido más peso.

Ciara lo ignoró. Era cierto, había perdido peso, pero no lo veía como algo negativo. Podía encajar en todas las muestras de diseñadores de alta gama y se veía bien al hacerlo. Sus pómulos altos eran quizás más prominentes de lo que le gustaría, y la constante batalla con la palidez gris de su piel era una molestia, pero por lo demás, sabía que era una mujer hermosa.

Si no lo era, entonces ¿cómo es que Brian seguía acostándose con ella? Y el resto de los hombres. Ciara no disfrutaba particularmente del sexo; sólo disfrutaba del poder que le daba sobre los hombres.

—¿Y qué? —fue a la mesa donde había seis líneas de polvo blanco y fino raspado en el cristal. Inhaló dos líneas y luego asintió con la cabeza.

—Es buena. Disfruta.

Scanlan ya se estaba vistiendo.

—No es mi escena, pero gracias.

Ciara sonrió con suficiencia.

—¿Desde cuándo? Eres el mayor cocainómano que conozco.

—Ya no. Necesito tener la cabeza despejada.

—Ah. ¿Es sobre la periodista zorra desaparecida?

No se dio cuenta de que sus ojos se volvieron de grises a blancos como el hielo.

—No es una zorra. Pero sí, tengo que mantener mi concentración si quiero encontrarla.

Ciara se sentó en el sofá, cruzando las piernas y dejando que su bata se abriera.

—Seguramente su salida de la ciudad fue un mensaje claro. No está interesada. ¿Y por qué demonios la seguirías persiguiendo después de haber intentado matarla?

—No traté de matar a Eloy —siseó Brian—. Eso fue un error.

—Le disparaste en las tripas, ¿no? Qué error.

Apenas tuvo tiempo de reaccionar antes de que su mano estuviera alrededor de su garganta.

—En primer lugar, no le disparé a nadie. Mis manos están limpias. En segundo lugar, Eloy no era el objetivo previsto y el hombre responsable ha sido tratado. Tercero, mantén tu puta boca cerrada o tal vez te pase algo malo.

Ciara no estaba asustada. De hecho, su rudeza la excitó y ella lo miró con un nuevo respeto.

—Bien.

La liberó y volvió a vestirse. Ciara se lamió los labios.

—¿Por qué no te olvidas de vestirme y vienes a follarme otra vez?

Scanlan se detuvo, considerando su oferta.

—Ven aquí —dijo finalmente, y ella le obedeció. La empujó a la cama, abriéndose la bragueta, sin molestarse en quitarse la ropa—. Chúpame —ordenó él, y ella obedeció, tomándolo en su boca y estimulándolo, burlándose de su punta con su lengua. Sonrió cuando escuchó su gemido profundo, pero cuando lo escuchó gritar el nombre de otra mujer... ¡Eloy! ¡Eloy! Su ira estalló y ella mordió... con fuerza.

Con un grito, la sujetó con fuerza y la empujó, mandándola al suelo, con la mandíbula en llamas.

—¡Maldita perra! —le dio una fuerte patada en el estómago, luego, agarrando su chaqueta, metió su pene herido de nuevo en sus pantalones y salió furioso.

Ciara se puso de espaldas y se sonrió a sí misma. La mandíbula magullada había valido la pena. Encender a ese psicópata de Scanlan había sido más estimulante que cualquier sexo. Ella lo conoció hace unos años y reconoció en él las mismas tendencias narcisistas que le gustaban a ella. Le encantaba la violencia que había en él... inspiraba su propia sed de sangre. Cuando le

dispararon su objeto de afecto, Ciara se rio. Sí, así que tal vez él no quería matar a Eloy Marti, pero Ciara había sonreído al pensar en la joven -demasiado bella para el gusto de Ciara-, derribada por la bala de un asesino. Incluso se las había arreglado para sobornar al personal y entrar en la habitación de Eloy mientras ella yacía en coma después del tiroteo. Mirando a su némesis, se preguntó por qué Scanlan estaba tan obsesionado con ella.

Pero entonces, Ciara recordó su propia obsesión. Su hijastro, sólo unos años más joven que ella. Marko. Hermoso, vulnerable, y brillante Marko. Ciara había perseguido deliberadamente a Ludo para llegar a su hijo, logrando seducir al viejo sólo para poder acercarse al joven. Pero Marko se había dado cuenta. Detrás de esos asombrosos ojos verdes había un hombre que sabía lo que quería, y había visto a través de Ciara. Cuando ella se mudó, después de la muerte de Ludo, Marko la rechazó de plano, su odio hacia ella era una cosa intensa y furiosa.

No importaba demasiado. Con el tiempo, sería suyo. Habían pasado un par de años y las noticias de Colorado habían viajado a Manhattan. Marko estaba perdiendo la vista, o al menos parcialmente. Ella lo conocía lo suficiente como para saber que le mataría ser incapaz de pintar.

Tal vez era hora de que su amada madrastra le hiciera una visita para consolarlo en su hora de necesidad.

Ciara se rio para sí misma.

Sí. Tal vez ya era hora.

## CAPÍTULO SIETE

---

ABRIL, COLORADO

EN CUANTO A SUNDAY, los últimos dos meses, trabajando en los diarios, haciendo amigos, pasando el rato con la amistosa gente de Rockford, habían sido de los más felices de su vida. Todos los días se levantaba temprano, iba a compartir el café del desayuno con Daisy, o Cleo, o a veces ambas, y luego conducía hasta el lugar de Giotto, que ahora se llama El Castillo.

Jessi le había dicho que Marko se ausentaría por unas semanas y que cuando volviera, Berry estaría con él permanentemente. En la segunda semana de abril, Jessi le dijo que volverían la semana siguiente.

—Tengo que preparar una habitación para Berry —le dijo a Sunday—. Supongo que podrías ayudarme a elegir algunas cosas, ¿verdad?

—Por supuesto, me encantaría.

Sunday y Jessi se habían hecho muy amigas en los últimos meses, y el hecho de que le confiara un trabajo tan importante significaba el mundo para ella.

Condujeron hasta Montrose y encontraron un lugar para comprar pintura y arte decorativo para las paredes de la habitación. Sunday le preguntó a Jessi cómo era Berry, qué cosas le gustaban hacer, y, al descubrir que era un ratón de biblioteca -como su padre-, Sunday sugirió que le hicieran un pequeño estudio de lectura en un rincón de la habitación.

—Podemos añadir luces de cuerda y almohadas y hacer un pequeño lugar de escape para ella.

—Me encanta esa idea —dijo Jessi entusiasmada y riéndose—. Me gustaría tener uno así para mí misma.

—Te juro que nunca dejaré de querer un rincón de lectura —se rio Sunday—. Hablando de libros, busquemos unos estantes para ella.

Pasaron un día maravilloso comprando juntas, disfrutando de una comida, y luego volvieron en el auto, charlando.

Pasaron la semana preparando la habitación de Berry, y el día antes de que padre e hija llegaran a casa, Sunday se aseguró de que todo estuviera en su sitio. Trabajó hasta después de medianoche y decidió dormir en el sofá de su oficina en lugar de conducir a casa. Apenas podía mantener los ojos abiertos para cuando realmente estuvo satisfecha y decidió que todo estaba listo.

Se desnudó hasta quedar en ropa interior y se puso un edredón encima. Estaba tan agotada que se durmió inmediatamente y sólo pudo darse cuenta a medias cuando sintió que alguien deslizaba sus brazos bajo su cuello y rodillas y la levantaba. Sintió el frío del aire nocturno, entonces, mientras la colocaban suavemente en una cama y la arropaban con una manta caliente, murmuró algunas gracias y se durmió de nuevo.

Por la mañana, se despertó y se dio cuenta de que estaba en una habitación que nunca había

visto antes. La cama era enorme, vestida con sábanas blancas limpias y un edredón azul marino. Una bata estaba al final de la cama, y por un momento, se preguntó si estaba a punto de ver a alguien salir del baño.

Pero la habitación estaba tranquila.

Se puso la bata y se fue a echarse agua en la cara. Había un cepillo de dientes nuevo y artículos de tocador a un lado, así que se duchó rápidamente, metiendo su ropa interior en el bolsillo de la bata. Después de cepillarse los dientes, se dirigió hacia la cocina. Escuchó la voz de Jessi, y luego a una niña riéndose. Tímidamente, asomó la cabeza por la puerta.

Jessi la vio.

—Hola, dormilona. Marko dijo que estabas fuera de servicio por completo.

¿Marko la había trasladado al lecho? Ella nunca lo había visto, pero él había sido tan amable con ella, tan cariñoso. Le sonrió a la niña denle el mostrador de desayuno.

—Hola. Tú debes ser Berry.

—Lo soy, hola. ¿Eres Sunday?

Sonrió. Jessi le había dicho que Berry era muy inteligente.

—Lo soy. Es un placer conocerte.

—Encantada de conocerte también —dijo Berry formalmente y se bajó de su silla.

Para sorpresa de Sunday, la niña levantó los brazos, queriendo que la recogiera. Sunday miró a una Jessi radiante, que asintió con la cabeza alentadora. Sunday se inclinó y subió a la niña a sus brazos. Berry, inmediatamente, plantó un enorme beso en su mejilla.

—Gracias por mi guarida de libros. La tía Jessi dijo que todo fue idea tuya. Me encanta.

Sunday se sonrojó.

—Ah bueno, de nada, pero la tía Jessi estuvo igual de involucrada. Ambas disfrutamos haciéndolo para ti.

Se sentó y puso a la niña en su regazo. Jessi le llevó una taza de café y Berry la miró, sonriendo.

—Sunday es un nombre bonito. Tienes un bonito cabello —se enroscó un mechón marrón alrededor de su dedo meñique—. Mi mamá también tenía un lindo cabello. Hicimos que se viera extra especial para el ataúd. Ahora mamá está en el cielo.

Las lágrimas pincharon los ojos de Sunday.

—Lo sé, cariño. Lo siento mucho.

—Estaba triste, pero papá me dijo que mamá siempre estará cuidándome sobre mi hombro. Como un ángel —se dio una palmadita en el hombro—. Así que, cuando me sienta sola, puedo tocar aquí y mamá me cogerá de la mano, aunque no pueda verla —Berry miró más allá del propio hombro de Sunday y sonrió—. ¿No es así, papá?

—Así es, cariño.

Sunday sintió una sacudida de electricidad cuando se dio vuelta y finalmente vio al hombre que la había contratado durante todos esos meses, sabiendo incluso antes de verlo que ya se habían conocido.

Se volvió para mirar los brillantes y hermosos ojos verdes de Marko Giotto, el hombre que le había hecho el amor aquella maravillosa e increíble noche.

Trabajó duro para mantener la calma, incluso estrechando su mano como si no hubieran estado desnudos el uno con el otro. De alguna manera, terminó de desayunar y cuando fue a buscar su ropa, de alguna manera supo que él la seguiría.

Mientras se agachaba para agarrar sus jeans, sintió que sus brazos se deslizaban alrededor de su cintura. Por un segundo, estuvo tentada de alejarlo, de enojarse con él por no revelar quién era,

pero en el momento en que sus labios presionaron su cuello, se perdió por completo en la sensación. Ella se giró en sus brazos y lo miró. Dios, era hermoso. Sus ojos estaban cansados y llenos de tristeza, sin embargo, pero ella no pudo evitar suavizar las líneas de la esquina de sus ojos.

—Hola —susurró.

—Hola de nuevo —dijo él y luego sus labios se encontraron con los de ella. El beso siguió y siguió hasta que tuvieron que separarse para respirar.

—Lo siento. Debí haberte dicho quién era esa noche.

Sacudió la cabeza.

—Está bien. Fue una noche perfecta.

—Para mí también. Pero no me atreví a venir a verte aquí. No sé por qué. Tal vez tenga algo que ver con los diarios de mi padre. Te hubiera distraído de tu trabajo, supongo —acarició el dorso de sus dedos en su rostro—. Te quise desde el momento en que te vi, Sunday Kemp. Encajas tan bien aquí, que sabía que debía ser el destino. Pero entonces... Berry y su madre.

—Siento mucho lo de Lindsay. Debe haber sido muy difícil para ti.

—Peor para ella, y para Berry. Pero por lo menos consiguió partir en sus propios términos, con su familia a su alrededor —parecía exhausto, y Sunday le rodeó el cuello con sus brazos, apoyándose en su hombro—. Cuando llegué a casa anoche, y te vi durmiendo en este sofá...

—¿Dónde has dormido?

—Aquí.

Hizo que la mirara.

—Deberías haberte quedado conmigo.

Sonrió suavemente.

—No quería molestarte —le bajó la mano por el costado, haciéndola temblar de placer. Empujó la bata de sus hombros, dejándola caer al suelo—. Eres tan hermosa —susurró y se arrodilló, acariciando su cara contra su vientre.

Sunday sintió que su lengua trazaba un círculo alrededor de su ombligo y se sumergía en él. Luego, sus labios bajaron por su vientre, sus manos separaron sus piernas y su boca encontró su sexo. Ella jadeó mientras su lengua jugaba con su clítoris y gimió suavemente al sentir que sus dedos amasaban la suave carne de la parte interna de sus muslos.

Ella acarició sus rizos oscuros mientras él la complacía y cuando ella jadeó y estuvo a punto de venirse, él se detuvo y la llevó hasta el sofá. Sacó un condón de la parte de atrás de sus jeans, haciendo que ella se riera de su mirada traviesa.

—Tan bien preparado.

La besó mientras se apresuraba a rodar el condón sobre su pene, y luego Sunday lo envolvió con las piernas al sentir su grueso pene enterrándose profundamente.

Sus ojos se cerraron.

—Dios, te deseo tanto —casi gruñó cuando comenzaron a moverse juntos—. No he dejado de pensar en ti desde esa noche.

Sunday le sonrió.

—Yo tampoco. Maldita sea, Marko Giotto... ¿por qué has tardado tanto?

Se rio, pero ninguno de los dos pudo continuar hablando con la intensidad que se había creado entre ellos. Sólo pudieron jadear el nombre del otro cuando llegaron al clímax.

Después, la ayudó a vestirse, deteniéndose para besarse cada cierto tiempo. Marko le pasó la mano por el cabello y sonrió un poco cohibido.

—Así que —dijo—, bienvenida al trabajo.

Los dos se rieron.

—Estoy segura de que hemos roto todas las leyes de un lugar de trabajo —dijo Sunday. Su cuerpo todavía sentía un hormigueo por hacer el amor con este hombre, pero no le importaba. Era tan diferente a como ella lo había imaginado, pero podía ver el dolor en sus ojos. Puso su mano en la mejilla de Marko, y continuó—. Sé que aún no nos conocemos, pero quiero que lo sepas. Estoy en esto. Ayudaré en lo que pueda, especialmente con Berry, y no quiero decir que espere nada de ti. Sólo quiero que sepas que no tienes que hacer esto solo.

Marko sonrió.

—Eres realmente muy dulce, querida. Lo admito, estoy tomando cada día como viene —le acarició la cara—. Y estoy deseando conocerte, de la manera correcta. De nuevo, siento no haberte dicho quién era esa noche en el restaurante. Sólo... te quería a ti.

—No te disculpes por eso —se rio Sunday, deslizando su camiseta sobre su cabeza. Se liberó del moño en su largo cabello, dejándolo caer en ondas desordenadas a su alrededor, mientras Marko la miraba con deseo en sus ojos.

—Dios, eres hermosa.

Él la llevó a sus brazos de nuevo y sus labios encontraron los de ella. Dios, era embriagante, pero finalmente Sunday se alejó.

—Creo que deberíamos tomarnos esto con calma, Marko. Berry te va a necesitar. Estaré aquí, cuando me necesites o quieras.

—Siempre te querré —sonrió, pero luego suspiró—. Pero tienes razón. Berry es mi prioridad y me gustaría que siguieras transcribiendo los diarios de mi padre, si no te importa.

—No, en absoluto. Es fascinante.

Marko sonrió a medias.

—¿Ya conoces a mi padre?

—Si no es inapropiado decirlo, estoy medio enamorada de él. Qué hombre tan cálido y amable. No me extraña que quieras saber lo que escribió —sonrió tímidamente—. Te adoraba, Marko, pero probablemente lo sabes. Había una parte... ¿puedo leértela?

Marko asintió y pudo ver la emoción en su cara. Se sentó en su escritorio y leyó la parte del archivo que quería.

—Incluso si nunca tenemos otro hijo, no importa. Marko nos desafía todos los días; su genio silencioso incluso a una edad tan temprana me sorprende. No podría imaginarme amando a otro niño tanto como amo a mi hijo.

Se detuvo y miró a Marko. Él estaba mirando lejos de ella, por la ventana, y ella se dio cuenta de que estaba luchando.

—Lo siento, Marko. Pensé que te gustaría saber...

—Gracias —dijo en voz baja, pero la emoción era evidente—. Necesitaba escucharlo.

Él extendió su mano y ella la tomó y volvieron juntos a la cocina. Si Jessi se preguntó sobre sus manos entrelazadas, no lo mostró, y así los cuatro se sentaron y charlaron un rato hasta que escucharon a Luke llamando desde la puerta principal. Berry saltó del regazo de su padre y fue a saludar a su "tío".

Luke les sonrió al entrar, con Berry sobre sus hombros.

—Hola, amigos. Todo el mundo está aquí. —Jessi le llevó una taza de café caliente y él le agradeció. Miró a su mejor amigo—. Así que, ¿conociste a Sunday, finalmente?

Marko y Sunday intercambiaron una mirada divertida.

—Se podría decir.

Sunday contempló como Marko, Berry, Jessi y Luke charlaban. Esta era una familia, la más

cercana que había visto en muchos años. ¿Y ahora ella era parte de esto? Lo diferente que era ahora su vida, incluso en este corto tiempo.

Sintió una ola de emoción y se excusó para ir al baño. Se echó agua en la cara y se miró en el espejo. Su cabello era un desastre pero su piel brillaba, sus ojos mostraban su emoción. No se había sentido así desde antes de que Guido muriera. Su cuerpo se sentía electrificado, sensual... en llamas.

Sunday se peinó con los dedos el cabello desordenado, intentando arreglarlo, y luego volvió a la cocina. Vio que Jessi, Luke y Berry habían salido al pequeño patio para hacer ángeles de nieve. Marko le sonrió, besando su sien.

—¿Estás bien?

Ella asintió.

—Sólo intento orientarme. Muchas cosas han cambiado rápidamente.

—Conozco la sensación. Mira, no quiero asustarte, y hay muchas cosas que podemos resolver, pero me gustaría intentarlo.

—A mí también —deslizó su brazo alrededor de su cintura y él la abrazó.

—Siento haber mantenido mi distancia antes. Incluso antes de que Berry y su madre, había... estaba teniendo algunos problemas. No estaba manejando bien las cosas. Todavía no sé si... bueno —le dio una media sonrisa—. Voy a intentarlo.

Sunday era curiosa, pero no quería entrometerse. Se lo diría si quisiera.

—Sé de algo que me ha despertado curiosidad —dijo, con una sonrisa—. Me encantaría ver algo de tu arte. Luke, Daisy, Jessi, y absolutamente todos han estado delirando sobre eso. Sé que podría haberlo buscado en Internet, pero me mantuve firme.

Los ojos de Marko se encapucharon y ella se preguntó qué había dicho mal.

—¿Tal vez otro día? —su voz no insinuó nada malo, pero ella asintió sin discutir.

—Otro día suena genial —dijo, apretando su cintura como si dijera “está bien”.

Marko la miró.

—Lo entiendes —salió casi como un susurro.

—Sí. Todos tenemos esa cosa, Marko. Esa cosa que no podemos enfrentar. Está bien. Es algo humano. Si me necesitas, estoy aquí.

Se volvió hacia ella.

—¿Y tú? Deberías saber que yo me siento igual.

—Necesitamos conocernos mejor.

Asintió con la cabeza.

—Tenemos todo el tiempo del mundo.

Marko no tenía ni idea de que pronto sus palabras volverían para atormentarlo.



## CAPÍTULO OCHO

---

DURANTE LAS SIGUIENTES SEMANAS, Sunday y Marko se las arreglaron para cuidar de Berry y hacer tiempo para conocerse. Cayeron en un ritmo fácil: durante el día, Berry era la prioridad para Marko, mientras Sunday trabajaba. Luego, a la hora de la cena, se reunían todos para comer y hablar, a veces acompañados por Luke, e incluso Daisy en ocasiones. Después de que Berry se acostara, Marko y Sunday se sentaban y charlaban, conociéndose.

El único inconveniente era que Sunday no podía decirle la verdad absoluta sobre sí misma. La historia que ella y el FBI habían creado apenas cubría las preguntas que él le hacía, y Sunday se encontró con algunos resbalones de vez en cuando.

La noche en que Marko le preguntó sobre el dolor que había visto en sus ojos, fue la noche en que Sunday casi se quebró para decirle la verdad. En cambio, le contó sobre un ex-amante que había muerto en un accidente de tráfico. Marko fue comprensiva, acariciando su cabello mientras enterraba su cara en su pecho, con las mejillas rosadas. Ella odiaba mentirle, lo odiaba.

La única cosa en la que Sunday se mantuvo firme fue en no quedarse a dormir. Hacían el amor, luego ella se deslizaba del lecho de Marko, le daba un beso de despedida y se iba a casa. No ocultaban su relación, como tal, pero Sunday le dijo que era demasiado pronto para que Berry los viera juntos.

También tenía que averiguar cómo se sentía sobre todo el asunto. Su cuerpo ansiaba su toque constantemente, pero él seguía siendo un enigma para ella. Sunday no podía culparlo, no tenía derecho a exigirle que le contara nada, pero sentía que le ocultaba algo grande, algo de lo que sólo hablaría con Luke. La dejó con la sensación de que había un abismo entre ellos que tal vez nunca se rompería, y por el momento, estaba de acuerdo con eso.

Pasó mucho tiempo con Berry, sorprendiéndose a sí misma por lo fácil que le resultó estar en compañía de la joven. Nunca había aspirado a ser madre, y nunca intentaría reemplazar a Lindsay, pero descubrió un vínculo con Berry que en verdad la sorprendió. Berry, más sabia que sus años, amaba la lectura y a menudo le pedía a Sunday que viniera a jugar con ella en la pequeña guarida de libros que había construido para ella.

Marko le pidió a Sunday que le dijera si Berry llegaba a ser una distracción, pero a Sunday le encantaba pasar tiempo con ella. A veces, cuando Berry sentía profundamente la pérdida de su madre, Sunday sostenía a la niña mientras lloraba y la mecía hasta que se durmiera.

Marko se acercó a la oficina Sunday una tarde mientras trabajaba. Estaba tan absorta en el diario que saltó ligeramente cuando sintió los brazos que se deslizaron a su alrededor.

—Buenas tardes, hermosa —se giró en su silla para sonreírle.

—Hola. Esta es una agradable sorpresa.

Él solía trabajar en su estudio todo el día y nunca permitía interrupciones ni descansos mientras

lo hacía.

Besó la mejilla de Sunday y se sentó en el sofá.

—He estado pensando... debería llevarte a una cita oficial.

Sunday dejó su bolígrafo.

—No tienes que hacerlo. No soy el tipo de chica de vino y cena.

—Me gustaría.

Le sonrió, pero ella pudo ver la confusión en su cara, así que tomó sus manos.

—Marko... no hay un libro de reglas que tengamos que seguir. Podemos crear nuestras propias reglas. A ninguno de los dos nos gustan los juegos, y perdóname por decirlo, no creo que ninguno de los dos esté listo para... un gran compromiso —se arrepintió un poco de sus palabras cuando vio un destello de dolor en sus ojos—. Eso no quiere decir que no te quiera. Por supuesto que sí. Es sólo que no estoy lista para algo más de lo que tenemos ahora. Y para ser honesta, todavía no sabemos todo sobre el otro. O en realidad, casi nada —tocó uno de los diarios—. Siento que sé más sobre tu padre que sobre ti.

Marko mordió su labio inferior mientras la escuchaba, y luego asintió.

—No comparto fácilmente —comenzó lentamente—, pero lo intento. Hay cosas para las que no estoy preparado. Pero sé que te quiero, que eres la persona con la que me gustaría tratar de formar una relación. Soy malísimo en estas cosas —se sentó con una risa repentina—. De verdad que sí. Pero, aún así, déjame sacarte en una cita. Incluso si es sólo para un café donde Daisy.

—Podríamos encontrarnos con Nadia.

—Nadia es una chica grande y nuestra aventura fue sólo eso, una aventura.

Sunday consideró y luego asintió con la cabeza.

—Vale, está bien. Tendremos que conseguir una niñera para Berry.

Esta vez, su sonrisa fue triunfante.

—Ya le pregunté a Jessi.

—Ágil.

—Apuesta por ello. Así que... ¿más tarde?

Las cejas de Sunday se alzaron en sorpresa.

—¿Hoy?

Marko sonrió y se inclinó para besarla.

—Soy impulsivo e impaciente.

Ella se rio, sosteniendo la cara de él en sus manos.

—Bien. Sólo déjame trabajar un par de horas más.

—Nerd.

—Cállate.

Le sonrió, cuando él estaba así, divertido y burlón, no podía creer que fuera el mismo hombre que la había evitado durante tantas semanas.

Cuando se fue, su buen humor la afectó, y Sunday hizo lo único que había jurado que nunca haría... buscó en Google su antiguo yo. Eloy Marti. Los sitios de noticias de Nueva York estaban llenos de discusiones sobre dónde estaba, por qué se había marchado -abundaban un par de rumores salvajemente insultantes, pero Sunday sabía que eso sucedería-, incluso hasta había teorías de que se había suicidado.

Para su consternación, vio que la familia de Guido había sido acosada por la prensa, ansiosa de respuestas. La fotografía de su madre, con aspecto agotado y angustiado, le hizo doler el estómago. De verdad lo sentía mucho.

Ella vio el video de sus co-presentadores discutiendo lo que había sucedido, dijeron la verdad,

no tenían idea de cuándo, dónde y por qué Eloy se había ido. Entonces, miró la foto que mostraron de ella, pulcra y profesional en un traje a medida, y con su cabello rubio perfectamente peinado. ¿Quién era esa persona? Había pensado que había hecho de su vida exactamente lo que quería que fuera, pero mirando atrás, sabía que había sido preparada para convertirse en esa persona.

Se sentó y vio su reflejo en la enorme ventana de vidrio -el cabello oscuro desordenado, los ojos llenos de optimismo-, y supo que nunca podría volver atrás, aunque las amenazas a su vida ya no existieran.

—No más Eloy. Nunca más.

Dijo las palabras en voz baja, pero sabía que significaban todo.

Sonrió más tarde cuando Marko vino a buscarla. Parecía nervioso, y Sunday sabía que estaba cuestionando su decisión de salir en público por primera vez en meses, así que le tomó la mano.

—Vamos, grandote —le murmuró, besándolo en la boca—. Hagamos esto.

La primera persona que vio cuando entraron en la cafetería fue -por supuesto, pensó Sunday- Nadia. Su expresión registró sorpresa al ver a Marko, pero cuando sus ojos se posaron en sus manos juntas, su expresión se endureció y ella se dio vuelta. Sunday sintió pena por ella, pero no dijo nada.

Daisy, en marcado contraste, casi se llenó de satisfacción cuando los vio.

—Bueno, ya era hora.

Los llevó a una mesa privada cerca de la ventana.

—¿Lo de siempre?

—Sí, por favor.

Sunday le sonrió y Marko se rio.

—¿Y cuál es tu costumbre? ¿Un horrible brebaje con especias de calabaza y coco?

Sunday se rio.

—Adivinaste. Tráele a Marko lo de siempre, Daisy.

Le guiñó un ojo a su amiga, que se rio.

—Enseguida.

Marko acarició la mejilla de Sunday, sonriendo.

—¿Cómo es que siento que están confabulando?

—Porque lo estamos. Así es como funciona —Sunday tomó su mano y la entrelazó con sus dedos, y él no se apartó—. Así que, eso es algo que he aprendido de ti. No te importan las muestras públicas de afecto.

Se rio.

—Nunca he pensado en ello pero no, no lo hago. Eso lo heredé de mis padres. Italianos, ¿recuerdas?

—El estereotipo.

Sonrió.

—Tal vez, pero es verdad. Mamá y papá eran muy cariñosos, el uno con el otro, y conmigo. Mis abuelos también.

—Debes echarlos de menos.

—Terriblemente. Siempre deseé un hermano, pero por alguna razón, nunca más se embarazaron —los ojos de Marko estaban distantes, recordando—. ¿Ha hablado mucho de ella en su diario?

—Todo el tiempo —Sunday lo estudió—. ¿Nunca los has leído?

Marko sacudió la cabeza.

—Mi vista es... problemática. La letra es demasiado pequeña para mí, razón por la que te pedí que me los transcribieras.

Dejó de hablar, pero Sunday se dio cuenta de que había más en sus palabras que lo que estaba diciendo.

—¿Marko? Sabes, puedes hablarme de cualquier cosa. Cualquier cosa. No iré más lejos. ¿Pasa algo malo? Quiero decir... con tus ojos.

Marko la miró con esos sorprendentes ojos verdes suyos y asintió con la cabeza.

—Estoy perdiendo mis colores. Algo llamado distrofia de conos.

Sunday estaba horrorizada.

—Oh, Marko, lo siento.

Asintió con la cabeza.

—Sí. Han pasado unos meses desde que me enteré. Luke ha estado tratando de encontrar cualquier tratamiento que pueda, pero sí, eventualmente, el mundo se desvanecerá a blanco y negro para mí.

Sunday no sabía qué decir. Era un artista, por el amor de Dios.

—Maldición, Marko...

—Lo sé. Mira, ya me he estado revolcando en la autocompasión por mucho tiempo. Ahora hay una personita que me necesita. Estar con Berry y Lindsay me hizo darme cuenta de que todavía tengo suerte. Podría estar perdiendo la vista. Todavía puedo ser un artista; sólo tengo que ajustar mis expectativas. Mi plan de vida.

Sunday le apretó la mano.

—Sucedé.

—¿Qué hay de ti? ¿Estás donde te viste hace cinco años?

Sintió que su cara se quemaba.

—No —dijo sinceramente—, pero resultó ser lo mejor. Estoy viva... y estás tú...

—Entonces, ¿cómo cambió para ti? ¿Fue sólo porque tu prometido murió?

Sunday quería contarle todo, pero sabía que no podía. En su lugar, habló de ello.

—Esa fue la gota que colmó el vaso, pero de todas formas las cosas iban mal. Había alguien... —se quebró. ¿Cómo diablos le decía esto sin ponerse en evidencia?—. Digamos que había alguien que no aceptaba un no por respuesta, y eso complicaba mi antigua vida...

—Imbécil.

—Gran imbécil —su garganta se cerró—. No quiero hablar de eso, no esta noche. Esta noche debería ser sobre cosas felices.

—Hey, hey —Daisy interrumpió, sosteniendo una bandeja frente a ella—. Aquí está su nueva bebida favorita, Signore Giotto...

Colocó un enorme tarro de bebida delante de él, un brebaje de color extraño que hizo que Sunday se riera y los ojos de Marko se abrieran de par en par.

—¿Qué demonios?

Daisy le guiñó un ojo a su amiga.

—Eso fue lo que ordenó. Ahora, puede beber.

Marko valientemente tomó la bebida y le dio un trago, resultando en la crema batida de la parte superior pegada a la punta de su nariz. Dibujó una mueca que hizo que Daisy y Sunday se rieran.

—Oh Dios mío, ahora sé a qué sabe la ropa interior de Satanás.

—¿Cómo te atreves? —Daisy estaba llorando de risa—. Es mi mejor trabajo. Naranja, menta y avellana con un toque de pasta de dientes. Oh, y café, por supuesto.

—¿Pasta de dientes? —Marko se reía ahora, y el aliento de Sunday se le atascó en la garganta. Dios, este hombre era precioso. Sexy, divertido, atormentado... él era todo, y esa sonrisa...

Vio cómo él y Daisy se reían juntos y sintió una punzada de tristeza, el sentimiento de que al

estar con Marko, estaba traicionando la memoria de Guido.

No. Termina con eso. Después de todo, te mereces la felicidad.

Sintió que alguien la observaba y se giró un poco para encontrarse con la mirada de Nadia, que tenía una expresión ilegible en su cara. Sunday se excusó y fue al baño. Por supuesto, un momento después Nadia entró. No parecía sorprendida de encontrar a Sunday esperándola.

Nadia se apoyó en los fregaderos al lado de Sunday y por un momento, ninguna de ellas habló. Sunday esperó. Nadia suspiró.

—Supongo que tú y Marko están juntos ahora.

—Es muy temprano. Muy temprano. Y no quiero convertirte en una enemiga, Nadia.

Nadia asintió, mordiendo su labio inferior.

—Marko y yo... Siempre me he engañado pensando que éramos el uno para el otro, pero la verdad es que no era así. Siento decirlo pero creo que está demasiado dañado para conocer realmente el amor —miró a Sunday, con una expresión suave—. Y no lo digo para herirte.

—Preferiría que fueras honesta —dijo Sunday—. Pero, como digo, es muy pronto. Marko y yo... no nos conocemos tan bien todavía.

Nadia asintió.

—No tienes que escucharme. No me ofenderé. Sólo sé que será como caminar en un lago helado con él.

Salió del baño, y Sunday sintió una ola de confusión. ¿Estaba siendo una perra? La respuesta llegó a ella. No. Ella sabía que Nadia tenía razón. Marko estaba dañado; no se necesitaba un genio para notarlo.

Volvió a salir y lo vio solo, ya que Daisy había vuelto al trabajo. Un simple café negro estaba delante de él ahora y Sunday sonrió.

—¿Tendrás cicatrices de por vida?

—Podría ser.

Mientras ella se sentaba, él se acercó y le tomó la mano.

—Así que... ahora estamos en una cita oficial.

—Eso parece —le sonrió, tratando de leer la expresión en sus ojos—. Marko, escucha, esto no tiene que ser nada cargado. Disfrutemos el uno del otro —extendió la mano para acariciar su mejilla—. Quiero conocerte.

—Y LO HARÁS. No tenemos que hacerlo todo en una noche.

Asintió con la cabeza y charlaron fácil y ligeramente hasta después de las diez. Afuera, la tomó en sus brazos.

—Vuelve a la casa. Pasa la noche.

Sacudió la cabeza.

—No es hora de eso. Piensa en Berry.

No pudo ser persuadida, así que regresaron a su apartamento.

Marko la miró y luego inclinó la cabeza para besarla. Su boca se sentía suave contra la de ella al principio, luego a medida que la intensidad crecía, sus labios se presionaban con más fuerza contra los de ella. Respirando a unos centímetros de distancia, se desnudaron el uno al otro, desesperados por convertirse en nada más que piel sobre piel. Nunca llegaron a su cama, sino que cayeron en la alfombra. Sunday lo hizo rodar sobre su espalda y se puso encima a horcajadas, acariciando su pene hasta que estuvo duro como una roca y temblando contra su vientre. Ella se introdujo su miembro lentamente mientras Marko gemía, con sus manos acariciando sus pechos y

deslizándose por su cintura. Sunday apretó sus muslos mientras se movía encima de él, llevándolo más profundo con cada movimiento.

Dios, este hombre era embriagante, sus ojos verde intenso nunca dejaban los de ella, y sus fuertes manos la sostenían como si fuera la cosa más preciosa del mundo.

Sería demasiado fácil enamorarse de él, y eso era un problema. Un gran problema.

Hicieron el amor despacio, y luego con un creciente deseo animal, hasta que se arañaron el uno al otro, Marko la colocó de espalda y empujó cada vez más fuerte hasta que gritó su nombre y su visión explotó en un millón de estrellas mientras llegaba al clímax.

Después, sin aliento, ambos se abrazaron hasta que Marko miró su reloj, con remordimiento en sus ojos.

—Tengo que volver por Berry.

—Lo sé —ella lo besó y se vistieron. De nuevo, la atrajo a sus brazos.

—Sólo dime que seguiremos adelante. Que te quedarás a dormir eventualmente.

—Lo haré, lo prometo. Creo que Berry necesitará un período de adaptación. Puede parecer que está bien, pero si cree que intento reemplazar a su madre... Odio pensar que se incomodaría por nosotros. Sólo tenemos que ser pacientes.

Marko sonrió con tristeza.

—Nunca fui muy bueno en ser paciente.

Sunday se rio entre dientes.

—Hora de practicar. Tenemos todo el tiempo del mundo.

## CAPÍTULO NUEVE

---

AL DÍA SIGUIENTE, cuando Sunday condujo hasta el Castillo, sintió el cambio de humor inmediatamente.

Cuando entró en la cocina, vio a Jessi sola, con la cara triste.

—¿Qué está pasando?

—Ciara Marshall. Está demandando a Marko por la custodia de Berry.

—¿Qué carajo? —Sunday se enfadó inmediatamente—. ¿Cómo sabe que Berry existe?

Jessi suspiró, y luego le indicó a Sunday que debería sentarse.

—Al parecer, ella lo sabía incluso desde antes que Marko. Por lo que sabemos, ha estado acechando a todas las ex novias, incluso a las de una sola noche. Eso incluía a Lindsay. Marko nunca habló con ninguna de ellas sobre lo que hizo Ciara, y por lo tanto, aparentemente, Lindsay no pensó nada de eso cuando fue contactada —Jessi se frotó la cara, parecía cansada—. Estuvo jugando a la abuela durante años, sin que Marko lo supiera. Cuando se enteró de que Lindsay murió...

—Esa perra —murmuró Sunday, con el corazón roto por Marko.

Jessi asintió.

—Por supuesto, le hizo la figura de la abuela desinteresada a Berry, para que no supiera lo malvada que es en realidad. Marko está fuera de sí.

—Debería ir a buscarlo.

—Por favor —Jessi se dio una palmadita en la mano—. Ha estado tan deprimido esta mañana. No pude hacer mucho por él.

Sunday se dirigió lentamente al estudio de Marko, una habitación en la que nunca había estado, y esperaba que él no pensara que estaba molestando.

Llamó a la puerta.

—Entra.

Se deslizó dentro y fue asaltada por un color glorioso. Grandes lienzos con rosas vibrantes, rojos, verdes, amarillos dorados y profundos azules oceánicos. Ella jadeó un poco, sorprendida por la belleza de ellos.

—Oh, Marko...

Estaba sentado, mirando por la ventana y cuando la miró, ella vio el dolor en su cara. Fue hacia él y lo rodeó con sus brazos. Enterró su cara en su cuello, y sus brazos se apretaron alrededor de ella. No dijeron nada durante mucho tiempo, sólo se abrazaron.

Sunday sintió lágrimas en sus ojos. No podía comprender lo que pasaba en la cabeza de Marko. ¿Perder potencialmente a su hija por la persona que abusó de él? Era insondable.

Eventualmente Marko se alejó.

—Gracias por venir —dijo en voz baja—. Parece que supiste instintivamente que te necesitaba. Eso significa mucho.

Ella le acarició la cara.

—Cuéntamelo todo.

Marko cerró los ojos.

—Nena, por mucho que quiera... no puedo. ¿Qué pasó entre Ciara y yo? Es demasiado. Es horripilante. Todo lo que quiero hacer es mantener a Berry a salvo de esa mujer.

—Pero tienes que enfrentarte a lo que te hizo alguna vez, Marko. Lidia con ello. Hasta que lo hagas, ella siempre tendrá este control sobre ti.

Él sacudió la cabeza.

—No.

Sunday respiró hondo.

—Sabes que estoy contigo, ¿verdad? Para lo que necesites. Pero no voy a ser una facilitadora. Tienes que tratar con...

—¿Qué sabes tú de eso? —su arrebato la conmocionó y ella vio la profundidad de su agonía. Entonces, acarició su rostro.

—No puedo saberlo, Marko. Pero he estado en situaciones en las que me he sentido impotente. Sólo digo que... tal vez sea el momento.

Marko miró hacia otro lado.

—No puedo —habló apenas con un susurro.

—Jesús, Marko... ¿qué te hizo?

Pero no dijo nada. Eventualmente Sunday se rindió, y de pie, le tocó el hombro.

—Te dejaré en paz. Sólo quiero que sepas que estoy aquí para lo que necesites.

Cuando llegó a la puerta de su estudio, le oyó decir su nombre.

—Siento haberte hablado bruscamente.

—Está bien. Te veré más tarde.

A la hora de la cena, se unió a Jessi y Berry en la cocina. Para su alivio, la pequeña no parecía afectada por el humor sombrío de la casa, subiendo al regazo de Sunday y hablando con entusiasmo sobre su “Nanna” que venía a verla.

Sunday miró a Jessi.

—¿Ciara viene aquí?

Jessi asintió.

—Marko la llamó esta tarde, le dijo que tenían que hablar, así que Ciara se invitó a sí misma. Se quedará aquí el fin de semana.

Sintió un gran malestar. ¿Un pedazo de su propia historia de Nueva York viniendo aquí, a su refugio seguro? ¿Ciara la reconocería?

—¿El fin de semana? No puedo estar aquí.

Inventaría alguna excusa para estar lejos, para no arriesgarse a que se descubriera su identidad. Maldito sea todo el infierno... ¿por qué ahora? ¿Cuando Marko la necesitaba tanto?

Jessi sacudió la cabeza.

—Está bien. Dudo que se quede mucho tiempo cuando escuche lo que Marko tiene que decir —le envió una mirada tierna a Berry y no dijo nada más.

Sunday asintió con la cabeza, pero suspiró en su interior.

Todavía estaba pensando en su última reunión con la experta en caridad del Upper East Side. Sunday -o mejor dicho, Eloy-, había estado investigando un esquema de pirámide que había estado operando en lo más alto de la sociedad neoyorquina y había recibido una llamada de Ciara, que la



invitaba a entrevistarla sobre un cotillón de caridad que estaba organizando.

La entrevista resultó ser poco más que una amenaza cautelosa. Cierra la boca sobre el esquema de la pirámide o arruinaré tu carrera. Sunday no se había echado atrás y había hecho el trabajo de todos modos, aunque sin mencionar nombres. Ciara estaba furiosa y se encargó de hacer todo lo posible para arruinar su carrera, pero había fracasado.

Al final, sin embargo, el pequeño escándalo no había afectado ni un ápice a los asuntos de Ciara. Todavía se retrataba como una víctima en cada situación y se aprovechaba de su aspecto descolorido, sin querer admitir que había mujeres más jóvenes y bellas en su círculo, esperando para ocupar su lugar.

Sunday siempre la había considerado un poco patética, pero ahora que conocía las profundidades de su maldad, deseaba que se hubiera metido de lleno en ella.

Sunday terminó su trabajo y se fue a casa por la noche.

Una vez ahí, sacó el teléfono desechable y llamó a Sam, contándole sobre la situación de Ciara.

—El problema es que quiero estar ahí para Marko y Berry, pero la idea de que me reconozca...

—Entiendo. Mira, sí, es una preocupación, pero ¿no fue eso hace unos años? ¿Crees que te reconocería ahora?

Sunday miró su reflejo en la ventana y de repente se sintió insegura. Se veía tan diferente... ¿la reconocería Ciara?

—No lo sé.

—Tal vez esconderse, cuando estás obviamente conectada a la familia, sería más conspicuo — dijo Sam amablemente—. Y por supuesto, no sabemos que aunque ella te identificara, haría la diferencia. Yo digo que mantengamos las cosas lo más normal posible.

—¿Sam?

—¿Sí, Sunday?

Dudó por un momento.

—¿Estás más cerca de averiguar quién es? El hombre que me disparó y mató a Guido.

—No, cariño, lo siento. Obviamente ya sabrá que has dejado tu antigua vida, pero quienquiera que sea, es cuidadoso.

—Sólo desearía saber cómo era o quién era. Ya es bastante malo saber que alguien quiere matarme, y mucho menos no saber quién o por qué.

—A veces estas cosas están tan fuera de lugar. Hiciste lo mejor, permitiendo que te alejáramos de Nueva York.

—Nunca pensé que diría esto pero sí. Extrañamente, siento que tengo una vida aquí ahora.

Sam se rio.

—Bueno, son buenas noticias.

Sunday no le dijo que ella y Marko estaban en los inicios de una relación. Para empezar, ella no sabía lo que iba a pasar ahora. Se dio cuenta de que no podía dormir y miró por su ventana para ver si la cafetería de Daisy seguía abierta.

Una luz cálida brillaba desde el interior. Sunday arrojó su chaqueta sobre su franela y cruzó la calle. Daisy no estaba trabajando, pero su camarero, George, estaba de servicio. Sunday no lo conocía tan bien, así que tomó su café y fue a buscar un asiento.

La cafetería estaba casi vacía a medianoche. Una anciana asintió educadamente a Sunday mientras se sentaba. Bebió su café, tratando de calmar su mente de su estado de confusión. Lo principal era apoyar a Marko y a Berry en esta crisis... nada más importaba.

Escuchó el sonido del timbre en la puerta y miró hacia arriba para ver entrar a un joven. Era alto, de piel pálida, y tenía un montón de rizos oscuros. Le sonrió, con sus ojos marrones y

alegres, y luego se dirigió al mostrador. Sunday miró hacia otro lado, sin querer entrometerse, pero luego le oyó decir hola.

—¿Te importa si me siento? He estado conduciendo todo el día por mi cuenta y me vendría bien algo de compañía.

—No, en absoluto.

Adivinó que tenía la misma edad que ella, veintitantos años, y tenía un comportamiento alegre y divertido. Él también era un coqueto, y la hizo reír mientras se presentaba.

—Tony Marchand —dijo su nombre, estrechando su mano—. Vengo desde Seattle, Washington.

—¿Qué te trae a nuestro pequeño pueblo, Tony?

—Snowboarding. Escuché que la estación de esquí de aquí era insuperable, así que pensé en venir a ver si necesitaban ayuda.

—Es el final de la temporada, casi.

Tony se encogió de hombros.

—Lo sé, pero pensé en arriesgarme. Si no, trabajaré en cualquier parte. Sólo necesitaba alejarme.

—¿Mala ruptura? —adivinó y él se rio, sonrojándose un poco.

—Ves a través de mí. ¿Naciste aquí?

Sacudió la cabeza.

—No, California. Me mudé aquí hace unos meses.

—¿Es una ciudad amistosa?

Sunday asintió.

—Mucho. Estoy segura de que no tendrás ningún problema para encajar.

—Oye, ¿he oído que Marko Giotto vive aquí? ¿El artista? Hombre, su trabajo... es sublime. Cuando estaba surfeando el año pasado, había un tipo con algo del trabajo de Giotto en su tabla. Demonios, quería esa tabla.

Sunday le sonrió.

—Sí, Marko vive aquí, pero es un poco solitario.

—¿Lo conoces?

—Trabajo para él.

—Maldita sea, eres la persona a la que hay que conocer —la miró con admiración—. Y, si no es espeluznante decirlo, estás muy buena.

Sunday se rio entre dientes.

—Gracias, es muy dulce, pero estoy saliendo con alguien.

—Qué suerte la mía.

—¿Dónde te hospedas?

—En el Motel Cadillac, en la autopista. Es bastante limpio y barato.

Ella asintió.

—Bueno, lo que he aprendido es que este lugar es más o menos el centro de la ciudad. Si necesitas contactos, pregunta por aquí.

—Lo haré, gracias.

Hablaron unos minutos más, y luego Sunday se despidió. Volvió a su apartamento y subió las escaleras. Casi gritó de sorpresa cuando una figura apareció en la oscuridad.

Marko.

—Dios, me asustaste —dijo, medio riendo, medio enojada, pero él no sonrió de vuelta.

—Lo siento. Tenía que verte, así que vine a la ciudad. ¿Quién era el tipo?

—Un tipo que es nuevo en la ciudad. Sólo quería un consejo sobre los trabajos.

—¿Y te lo pidió?

Sunday estaba un poco molesto por el tono de Marko.

—Bueno, supongo que le podía preguntar a quienquiera que estuviera cerca, pero resulté siendo yo. ¿Quieres entrar?

Abrió la puerta y Marko la siguió dentro. Parecía estar al límite, y por primera vez, Sunday se preguntó si había tomado algo. Hizo que la mirara. No. No estaba drogado ni tomado, sólo estaba angustiado.

—Marko... estaba hablando con el tipo. Incluso le dije que no estaba disponible, si eso te hace sentir mejor.

Él se sentó en su sofá y ella se sentó su lado enseguida.

—¿Es esta cosa con Ciara?

Él asintió.

—Yo sólo... quería olvidarme de ello por una noche. Jessi dijo que se quedaría con Berry esta noche.

Sunday le tomó la mano.

—Ven a acostarte conmigo.

Todavía estaba tenso, incluso cuando ella lo desnudó lentamente. Sunday presionó sus labios contra los de él, pasando su mano sobre su pecho desnudo.

—Tócame, Marko.

Deslizó sus manos por la cintura de ella, sus dedos se movieron hasta la cremallera de sus pantalones. Ella se los bajó por completo y lo arrastró hasta la cama. Enredó sus dedos en sus oscuros rizos mientras se besaban, luego, mientras Marko movía su cuerpo sobre el de ella, lo escuchó susurrar.

—¿Eres mía?

Ella asintió con la cabeza, encontrándose con su mirada.

—Lo soy. Soy tuya, Marko.

Se tomaron su tiempo, lo cual era inusual para ellos. Por lo general, parecían amantes con un espíritu animal insaciable, pero esta noche, se trataba más bien de un descubrimiento. En esencia, ella sabía que seguían siendo extraños, pero esta noche se sentía como si Marko estuviera tratando de dar más de sí mismo, incluso si no podía decirle sobre su pasado.

Él arrastró sus dedos por su vientre, deteniéndose en la pequeña cicatriz al lado de su ombligo.

—¿Qué es esto?

—¿No lo has visto antes?

Ella jugó por tiempo, sabiendo que si le mentía, él lo sabría.

Marko esperó, la mirada en sus ojos le hizo sentir que se trataba de un momento importante. Sunday respiró hondo.

—Me dispararon. El año pasado. Cuando te dije que mi prometido fue atropellado por un auto, fue una mentira. A él también le dispararon. Murió.

Marko se sentó.

—Jesús. Jesús, Sunday...

Sunday se acomodó a su lado.

—Cuando te dije lo del acosador... era él. O alguien que envió para matarnos. La cosa es que... hay más. Pero si te confío la información, podría significar que me encuentre.

Marko le pasó la mano por el cabello.

—No dejaré que nadie te haga daño, Sunday. Nunca.

—Y no dejaré que Ciara Marshall te haga daño o se lleve a Berry. Pero, Marko, si vamos a

confiar el uno en el otro, si esto va a funcionar entre nosotros... tienes que decirme qué te hizo.

La miró fijamente durante mucho tiempo y luego, casi imperceptiblemente, asintió con la cabeza.

—Bien. Está bien...

Y durante las dos horas siguientes, Marko Giotto le contó todo.

## CAPÍTULO DIEZ

---

EN ESE ENTONCES...

MARKO ESTABA SENTADO en su habitación, con los auriculares puestos, fingiendo que terminaba su trabajo, pero realmente estaba dibujando. No tenía que preocuparse por el periódico, era el mejor de su clase en todo, incluso con una nota de B- terminaría millas por delante de los demás.

Problemas de nerds, sonrió para sí mismo, y luego saltó cuando escuchó a alguien abrir su puerta. Su corazón se hundió.

Ciara, la nueva esposa de su padre, estaba de pie en la puerta, con luz de fondo, su cuerpo se veía a través de la endeble bata que llevaba puesta. Marko se sentó y se quitó los auriculares, enrollando el cordón alrededor de ellos cuidadosamente. ¿Por qué siempre se sentía así con Ciara? La había odiado a primera vista, no sólo porque se atrevió a asumir el rol de “madre” para él, tratando de reemplazar a su amada mamá. Peor aún, fueron las veces que estuvo a solas con él, y dejó claras sus intenciones. Ludo podría haber sido su objetivo, pero Marko era el premio que anhelaba.

Él la había rechazado constantemente pero cada vez que estaba cerca, su corazón latía incómodamente y tenía ganas de alejarse de ella.

—¿Dónde está papá? —preguntó ahora, manteniendo el tono uniforme.

Ciara sonrió, sin calor en sus ojos.

—Todavía en la fiesta. Estaba cansada, así que tomé un taxi a casa.

—Bueno, buenas noches, entonces.

Ja. No hay tal suerte. Ciara entró en la habitación y se sentó a su lado. Él se alejó de ella pero ella le puso la mano en la mejilla.

—Marko. Mi querido Marko. ¿Te das cuenta de lo hermoso que eres? Mírate.

Ella giró su cabeza para que se mirara en el espejo. Todo lo que vio fueron los ojos verdes de su madre, enormes de tensión y terror. Odiaba sentirse así. ¿Un hombre estaría realmente tan aterrorizado? No. Tenía que enfrentarse a ella. Se levantó de la cama pero ella era demasiado rápida para él. Se abalanzó a la puerta y la cerró con llave.

—No. Esta vez no, Marko.

Se levantó a su altura máxima, ya de 1,80 m con sólo 16 años.

—Se lo diré a mi padre.

Ciara sonrió, como un gato y sin piedad.

—Oh, no creo que lo hagas. Todo lo que haría falta para mí es decirle una palabra.

—No te creería.

Se rio.

—Cariño, he estado plantando las semillas desde antes de que se casara conmigo. ¿Has visto cómo me mira tu hijo, Ludo? ¿No es adorable su enamoramiento adolescente, Ludo? —caminó

hacia él—. ¿No se ha hecho fuerte, Ludo? ¿Qué haría una débil mujercita como yo contra toda esa fuerza bruta, Ludo?

Marko no podía respirar, no podía pensar.

Su mano serpenteó hacia abajo para meterla a través de sus jeans y hasta su miembro, y él se tambaleó hacia atrás, con el borde de su cama golpeando la parte posterior de sus rodillas y luego se cayó...

## CAPÍTULO ONCE

---

LAS LÁGRIMAS caían por el rostro de Sunday mientras Marko hablaba, su voz era monótona.

—Siguió durante un par de años, hasta que pude escapar a la universidad. Pero el daño ya estaba hecho. Me abrí camino a través de la universidad, tratando a las mujeres como basura. Supongo que era mi forma de venganza. No dejaría que nadie se acercara. Luke, Jessi, se quedaron mucho tiempo después de que les dijera que se fueran al infierno.

Se frotó las manos en el cabello.

—Mi padre... nunca lo supo. Espero que nunca lo supiera. Sólo... desearía haberle preguntado por qué. Por qué se casó con ella, de todas las personas. Debió saber que ella era una... —se separó y se rio sin humor—. Ni siquiera sé una palabra lo suficientemente fuerte para lo que es ella.

—Ese maldito pedazo de escoria —gruñó Sunday, indignada. Se levantó y se paseó por la habitación—. ¡Esa maldita perra! —gritó eso último y Marko le dio media sonrisa.

—Sí, eso servirá.

—Podría matarla. La mataré, joder... —Sunday sintió el mismo calor de la rabia que había sentido cuando Guido murió, corriendo por sus venas—. Esta gente... Dios. ¿Qué les da el derecho?

—Nada y nadie. Pero aún así lo hacen.

Sunday se sentó a su lado y tomó su cara en sus manos.

—No se saldrá con la suya. Te lo juro, aquí y ahora, Marko Giotto. Ni siquiera estará en la misma habitación que tú o Berry, me aseguraré de eso.

Marko la sujetó con fuerza.

—Me encanta tu fuego.

—No... no, es más que eso —Sunday tomó un respiro—. Marko... la conozco. O mejor dicho, la conocía.

La sonrisa del río se desvaneció.

—¿Qué?

Ella suspiró.

—Mi nombre no es Sunday Kemp. Bueno, al menos, no solía serlo. Me llamaba Eloy Marti, era periodista de investigación y luego presentadora en Nueva York. La parte que te conté sobre mi acosador es verdad, y el FBI me dio una nueva identidad después de que intentara matarme. Pero antes de eso, hace unos años, crucé espadas con Ciara. Es una estafadora de primer orden... La avergoncé en la prensa, pero aún así volvió a la carga.

Sunday suspiró, esperando que Marko se enfadara. Le tocó la cara.

—Tenías que dejarlo todo atrás.

Ella asintió.

—Todo —ella se rio—. Y en el momento en que te conocí, no me arrepentí de nada. Soy más yo aquí, contigo, y con Berry y Jessi, de lo que nunca fui en Nueva York.

—Eloy —la miraba como si tratara de hacer encajar el nombre. Ella lo besó suavemente.

—Sunday. Tu Sunday. Siempre.

Apoyó su frente contra la de ella.

—Tengo problemas de confianza, siempre los tengo. Pero contigo...

—Nunca te traicionaré, nunca —susurró ella, y con un gemido él aplastó sus labios contra los de ella—. Olvidemos todo por esta noche, todo excepto a nosotros...

Marko la movió al suelo y la desnudó mientras sus labios bajaban por su vientre. Cuando su lengua encontró su clitoris, Sunday se estremeció, enredando sus dedos en sus oscuros rizos.

—Oh, Marko... Marko...

—Voy a cogerte toda la noche, preciosa.

Su lengua se movió y se burló de ella hasta que se quejó de que él no estuviera dentro de ella y, sonriendo, le metió su pene profundamente, sujetando sus manos sobre su cabeza.

—Estás tan apretada, Sunday, tan parecida al terciopelo.

Sunday le sonrió.

—Sólo para ti, cariño.

Marko la besó, su tierno abrazo contrastaba con la paliza que su pene le daba a su vagina en ese momento.

—Sabes que me estoy enamorando de ti, ¿verdad?

—Lo mismo digo —se rio, y luego jadeó mientras él aceleraba su ritmo, golpeando sus caderas contra las de ella. La hizo venir dos veces antes de susurrarle que debía voltearse sobre su estómago.

—¿Sí?

Ella asintió con la cabeza, y luego gimió mientras él le estimulaba el culo con una mano. El sexo anal era algo que nunca había hecho antes, ni siquiera con Guido, y se sorprendió al descubrir que le encantaba con Marko. Era amable y cuidadoso, y las nuevas y extrañas sensaciones que atravesaban su cuerpo la hacían gritar su nombre.

Se ducharon juntos, follando contra el fresco azulejo, y luego cayendo, riendo, al frío suelo de baldosas del baño.

Era casi el amanecer antes de que se separaran, jadeando por aire, agotados y saciados.

—Por mucho que te quiera —se rio Sunday, sin aliento—, no creo que mi vagina pueda aguantar más esta noche.

—Esta mañana —corrigió, riéndose—. Y me avergüenza decir que has agotado a este viejo.

—No eres viejo —dijo ella, acariciando su cara—. Eres el hombre más devastadoramente hermoso que he jamás haya conocido, por dentro y por fuera. Sí, tienes demonios, pero Dios, estoy loca por ti, Marko Giotto, y te lo juro. Vamos a ser felices para siempre.

Marko tomó su mano y le besó los dedos.

—¿Había una vida antes de ti?

—Solía pensar que había. Ahora todo lo que me importa ese resume a nosotros, a nuestra pequeña familia. No es que esté suponiendo nada.

—Somos una familia —Marko le pasó el dedo por la mejilla—. Voy a contarle a Berry sobre nosotros. Sabe que nos gustamos, cualquiera podría adivinarlo, y no es como si Lindsay y yo no acostáramos cuando viajábamos.

Sunday se sorprendió.



—¿No lo hiciste?

Marko sonrió.

—No. Ya me había enamorado de alguien.

Ella se sonrojó de placer mientras él la besaba.

Han dado grandes pasos esta noche, confiando el uno en el otro, decidiendo su futuro. Pero por ahora, sólo tenía una cosa en mente.

Detener a Ciara Marshall.

## CAPÍTULO DOCE

---

NUEVA YORK

LA NÉMESIS DE SUNDAY, la abusadora de Marko, organizó un cóctel en el Upper East Side, pero hacía un rato que había abandonado sus deberes de anfitriona, y se había escabullido para follarse a Brian Scanlan arriba. Ni siquiera se escabulló, Ciara pensó ahora con una sonrisa mientras se sentaba en el gran pene de Scanlan y lo montaba.

Scanlan era un gran follador, con un gran miembro, pero cada vez ansiaba más su otra dosis. Marko. Durante veinte años, él había sido su obsesión, su inyección personal de heroína pura. Para Ciara, era hermoso, casi mágico, y el hecho de que ella lo gobernara era todo el poder que necesitaba.

Y ahora ella tenía una “ventana para entrar”. La niña. Por supuesto, no le importaba un carajo su bienestar, pero había sido lo suficientemente inteligente como para preparar a la madre en una falsa sensación de seguridad, dándole dinero y la versión de amor propia de Ciara.

Cuando se enteró de que Lindsay había fallecido, y que Marko era ahora el encargado a tiempo completo de Berry, se sintió encantada. Tal como lo planeó. Ahora, con la demanda por la custodia, Marko tendría que verla.

Ciara apenas podía esperar. Iba a ir a Colorado al final de la semana para “discutir” los arreglos de vivienda de Berry. Sus espías en Rockford le habían dicho que estaba viendo a alguien, su secretaria o algo así. Ciara pronto echaría a la chica. Marko le pertenecía, y no toleraría que otra mujer estuviera en la escena.

Brian suspiró y la levantó de su pene. Ciara volvió a parpadear en el momento.

—¿Qué estás haciendo?

—Hay muchas cosas que haré —dijo, levantándose—, pero ser ignorado durante el sexo no es una de ellas.

Ciara se encogió de hombros y se dio la vuelta hasta la mesa de noche, sacando un cigarrillo.

—No finjas que te importo más de lo que lo hago, Scanlan. No actúes como si te doliera el trasero cuando sé que estás pensando en tu tonta rubia.

—Summa cum laude de Harvard no es para nada tonta —dijo Scanlan, y había un tono en su voz que hacía sonreír a Ciara.

—¿Todavía tratando de encontrarla?

—El mundo es un lugar pequeño cuando tienes tantos recursos como yo.

—Y aún así ella te elude. —Ciara estaba disfrutando incitarlo. Scanlan siempre tenía un delicioso aire de violencia a su alrededor, y a ella no le importaba jugar rudo.

—Dime, ¿qué vas a hacer con ella cuando la encuentres?

—No es que sea asunto tuyo, pero ella se convencerá de que una vida conmigo es su destino.

Ciara puso los ojos en blanco.

—Y, por supuesto, una mujer inteligente como Eloy Marti se dará la vuelta y dirá “¡Por supuesto! Hiciste que asesinaran a mi prometido, pero aún así seguiré aceptando lo que dices”. Dios, estás delirando.

Brian se había quedado muy callado mientras se vestía pero luego se volvió hacia ella, con los ojos ardiendo de rabia.

—Tú —dijo, con veneno en su tono—, no tienes idea de lo que es el verdadero amor. Eloy me pertenece... ella lo sabe y eventualmente lo admitirá para sí misma.

—¿O?

Sonrió sin humor.

—¿Realmente necesito responder a eso?

Ciara se acercó a él, poniendo sus manos sobre su pecho.

—No, pero me gustaría escucharlo. ¿Qué le harás si te rechaza?

Scanlan la miró.

—La mataré, por supuesto. ¿Qué más habría que hacer?

Después de que Scanlan se fue, y sus invitados se disiparon, Ciara se dio un baño y se empapó en un pensamiento sobre Marko durante una hora más o menos. Pensó en lo que Scanlan había dicho y entendió su impulso. Marko siempre estuvo presente en sus pensamientos, en cada una de sus acciones. Ella recordó la primera vez que lo había visto, tenía sólo quince. Dios, era hermoso, rizos oscuros, ojos verdes brillantes, y un físico alto, no muy maduro. Su padre, Ludo, era un hombre de aspecto espectacular, pero palidecía en comparación con su hijo. Ciara se había asegurado de adormecer a Ludo en una falsa sensación de seguridad, le había hecho proponerle matrimonio, sólo para que ella pudiera estar cerca de Marko.

Y había funcionado. La primera vez que sedujo a Marko, no demostró lo nerviosa que estaba. Amenazar al chico en silencio había sido más fácil de lo esperado. Marko adoraba a su padre y tenía miedo de decepcionarlo, lo que había hecho su plan mucho más fácil. Durante dos años, ella había tenido acceso ilimitado al chico, y luego, cuando se escapó a la universidad, fingió razones para ir a verlo.

Sólo cuando alcanzó la madurez comenzó a luchar. No acudía a las reuniones cuando ella lo ordenada, o ignoraba sus llamadas. Ella se había dedicado a drogar a Ludo y conducir para alcanzar a Marko, pero él siempre la eludió.

Cuando Ludo murió, supo que había perdido todo el control sobre Marko. Ludo, sintiendo de alguna manera que su nueva esposa no era todo lo que había dicho que era, la había sacado del testamento por completo, dejándole todo a Marko. Ciara, rica por derecho propio, no se había preocupado por el dinero, pero estaba furiosa porque ahora Marko tenía los medios y el control para sacarla de su vida por completo. Y no perdió tiempo en hacerlo.

Pero ahora se vería obligado a verla. Ella sería generosa en su trato con él, ofreciendo custodia compartida, o incluso sólo pidiendo derechos de visita. Ya había contactado con un agente inmobiliario en ese pequeño pueblo en el que vivía, para encontrar una propiedad. No podría sacarla de su vida ahora, por mucho que lo intentara. Era tan perfecto que la hacía reírse.

Las palabras de Brian volvieron a ella. Si su obsesión lo rechazaba, estaba preparado para matarla por ello. ¿Ella, Ciara, llegaría alguna vez tan lejos?

Sí.

La respuesta le llegó de inmediato. Pero qué maldito desperdicio sería. Si alguien más se interponía en su camino -la novia de Marko, esa molesta ama de llaves, o Luke Maslany, que la odiaba casi tanto como Marko, entonces sí, ella despacharía a cualquiera de ellos sin pensarlo dos veces.

Pero Marko...

Salió de la bañera y se secó, entrando desnuda a su dormitorio y abriendo el cajón de su mesita de noche. Sacó el pequeño álbum de fotos que guardaba allí, entre sus vibradores, consoladores, drogas, todas sus otras cosas favoritas, y lo abrió.

Como siempre, su corazón comenzó a latir un poco más rápido mientras miraba las fotografías de Marko. Se acostó en la cama y deslizó una mano en su sexo, acariciando su clítoris mientras miraba su imagen. El pensamiento de él dentro de ella la hizo gemir y se mordió el labio inferior cuando su orgasmo comenzó a construirse. Nunca habría nadie como Marko, lo sabía, y cuando llegó, jadeando y gimiendo, juró una cosa.

Serás mía otra vez, y esta vez, nunca te dejaré ir...

## CAPÍTULO TRECE

---

SI MARKO PENSÓ que Berry podría molestarse por su relación Sunday, estaba muy equivocado. Se lo dijo en el desayuno, antes de que ella llegara, y su hija sólo se encogió de hombros.

—Lo sé. Estás enamorado de Sunday.

Marko sonrió.

—Bueno, estamos al principio de lo que sea que estemos haciendo, así que el amor es... —se fue perdiendo en sus pensamientos. Sí, a la mierda. Berry tenía razón. Estaba enamorado de Sunday, lo había estado desde el principio—. Sí, lo sé. Pero aún no se lo he dicho, y me gustaría que lo escuchara de mí, ¿vale?

—Bien —Berry estaba muy ocupada sacando todas las piecitas verdes de su tazón de cereal, juró que sabían mal, aunque ni Marko ni Jessi pudieron sentir la diferencia—. Pero mamá dijo que se daba cuenta.

—¿Lo hizo? —Marko se sorprendió. No pensó que le hubiera hablado demasiado a Lindsay sobre el tema—. Sabes, esto no significa que no me haya preocupado por tu mami.

—Lo sé. Tú y mami se amaban pero no estaban enamorados —Marko le sonrió a su hija—. ¿Cómo te volviste tan lista, preciosa?

Berry le sonrió, con la boca llena de cereales, y él se rio. Los niños nunca habían formado parte de su plan de vida pero con Berry, no podía imaginar estar sin ella. Al diablo con Ciara. No iba a arriesgar la felicidad de su hija. Le acarició el cabello, tan oscuro y rizado como el suyo.

—Cariño... ¿sabes que Nanna quiere verte?

Berry asintió.

—Jessi dijo que venía a verme.

Marko suspiró y asintió con la cabeza.

—Quiere que te vayas a vivir con ella.

Berry dejó su cuchara y cuando habló, su voz era tan pequeña que le rompió el corazón a Marko.

—¿No quieres que viva contigo, papá?

—¡Claro que sí! Sólo digo que Nanna pregunta si, a veces, puedes ir y quedarte con ella. No tienes que hacerlo. Esta es tu casa, Berry, aquí conmigo y Jessi y Sunday también, algún día, espero.

Berry sonrió, con una mirada de alivio en su rostro.

—¿Pero Nanna quiere que la visite?

Marko asintió. Quería gritar que no, que Nanna la estaba usando para llegar a él, pero no lo hizo. Berry debía conocer sobre los jodidos planes de Ciara, además de que él sentía que todavía tenía que darle el beneficio de la duda. Tal vez sí le importaba Berry, era imposible que Marko

pensara que alguien no querría a la adorable niña en su vida.

—Hola, gente guapa —Sunday entró en la cocina y el corazón de Marko se aceleró. Sólo ver su hermoso rostro era suficiente para hacerlo feliz en estos días. La besó en la boca, brevemente, pero ella se sorprendió, enviando una mirada hacia Berry.

Marko sonrió.

—Berry cree que hacemos una pareja encantadora. ¿No es así, Berry?

Berry asintió con entusiasmo y Sunday se rio, obviamente aliviada.

—¿Ya han hablado?

—Papá está loco por ti —dijo Berry, y luego se cubrió la boca, pensando que había revelado su secreto. Sunday y Marko se rieron, Sunday haciéndole cosquillas a la niña y riendo ambas al unísono.

—Y estoy loca por los dos —puso a Berry en su regazo y le sonrió a Marko—. Sabes que nunca intentaré reemplazar a tu mami, ¿verdad?

Berry asintió con la cabeza, no se asustó en absoluto por la pregunta.

—Lo sé.

Marko le sirvió a Sunday una taza de café, y le ofreció el desayuno. Ella le agradeció por la bebida pero sacudió la cabeza.

—Comí un pastelito con Daisy esta mañana. Necesitaba el azúcar después de anoche.

Marko sonrió y la besó.

—Hiciste una promesa —le siseó Berry y se rio.

—Lo siento, boo. Escucha, ¿qué te parece si salimos por el día? Podríamos ir a la montaña, o tal vez a Telluride para hacer compras.

Sunday y Berry se miraron y dijeron, al unísono:

—Compras.

Marko sacudió su cabeza con fingida tristeza.

—Mujeres.

Sunday ayudó a Berry a vestirse. Cepillando los rizos de la niña, se preguntó con qué facilidad esta pequeña persona había encajado en sus vidas aquí y, sin embargo, ella misma había encontrado un hogar aquí rápidamente también.

—¿Sunday?

—¿Sí, cariño?

—¿Crees que tú y papá tendrán un bebé?

Sintió que las lágrimas le pinchaban los ojos.

—Bueno, no lo sé, cariño.

—Me gustaría tener un hermano o una hermana. No, hermana. Los chicos son horribles.

Sunday se rio entre dientes.

—Sin embargo, crecen y se convierten en buenas personas. Como papá.

—Supongo.

—Escucha, cielo... tu papá y yo estamos empezando a entender todo esto. Habrá tiempo para ver si queremos tener hijos juntos.

Berry de repente se aferró a su cuello y Sunday la abrazó.

—Echo de menos a mamá.

—Lo sé, cariño, lo siento mucho —la abrazó con fuerza—. Sé que te está cuidando, que está contigo todo el tiempo, aunque no puedas verla. Que ella te ama más y más cada día.

Berry asintió con la cabeza, presionándola contra el pecho de Sunday, mientras ésta miraba hacia arriba para ver a Marko observándolas.

—Te quiero —dijo, con intensidad en sus ojos, y Sunday sonrió.

—Yo también te quiero —ella sabía la sinceridad del sentimiento, y en ese momento, parecía más que correcto decirlo.

Marko las llevó a Telluride y disfrutaron de una mañana de paseo por las tiendas, incluso por los lugares turísticos de mal gusto. Berry comió demasiada azúcar y Sunday se burló de Marko por ello.

—Ahora nunca conseguirás que se duerma.

—Oh, me tienes muy poca fe. Le contaré una de mis interminables historias sobre los inicios de la pintura. Eso es todo lo que necesito hacer.

Ella fingió estar de acuerdo.

—Ah, sí, eso servirá, de acuerdo.

Marko sonrió, metió su dedo en el helado que tenía delante y le untó un poco de crema en la nariz. Berry estalló en risa y Sunday intentó lamerla pero no pudo alcanzarla con su lengua.

—Papá tonto —dijo Berry y con la ayuda de Sunday, dibujó un corazón en almíbar en la mejilla de Marko.

Marko miró a Sunday, con sus ojos llenos de diversión.

—¿Dejamos que se salga con la suya?

—Oh, no puede ser —se rio Sunday y con Berry gritando de risa, cubrieron la cara de la niña con jarabe y chispas, haciendo que los otros clientes se rieran de ellos.

—Míranos —Marko estaba sacudiendo su cabeza, tratando de limpiarse a sí mismo y a Berry.

—Somos obras de arte andantes —Sunday levantó a Berry en sus brazos—. La llevaré al baño.

Marko se limpió el resto del jarabe de su cara mientras su teléfono vibraba con un mensaje de texto. Su sonrisa se desvaneció al leerlo.

—Maldita sea.

Cuando Sunday volvió del baño, su sonrisa se desvaneció al ver su expresión.

—¿Qué sucede?

Envió su mirada hacia Berry y sacudió la cabeza. En el camino de vuelta a casa, esperó a que Berry se durmiera antes de hablar.

—Ciara vendrá a la ciudad el viernes para hablar.

—Cristo.

—Sí —le echó un vistazo—. Escucha, he estado pensando. No quiero arriesgarme a que te reconozca. Si ustedes dos tienen un problema, entonces ella no lo pensará dos veces para revelar dónde estás a todo el mundo y no hay manera de que yo lo permita. Tu vida no se pondrá en juego en esta negociación.

—Entonces, ¿qué estás diciendo?

—Cuando Ciara esté aquí, me ocuparé de ella. Permitiré las visitas con Berry, supervisadas, pero eso es todo lo que estoy dispuesto a hacer. Por el bien de Berry. Pero te quiero fuera del camino. No vengas a la casa; no te expongamos con ella.

Sunday estuvo en silencio por un tiempo y Marko alcanzó su mano.

—Sabes que tengo razón —continuó.

—Quería ayudarte.

—Lo sé, nena, pero aún puedes. Investiga todo lo que puedas, cualquier cosa que podamos usar contra ella en la corte es de mucha ayuda —suspiró—. Sé lo que quiere, por supuesto, pero no lo va a conseguir.

—Ella te quiere a ti.

Asintió con la cabeza.

—Pero no estoy disponible —sonrió con tristeza—. No es que alguna vez lo haya estado para ella. No desde... ya sabes.

Sunday le acarició el rostro.

—Si ella incluso intenta ...

—Oh, lo hará, pero ahora soy una persona diferente. Un hombre. Un hombre que acabará con esa mierda en el mismo momento en que ella la empiece.

—No estés a solas con ella. Es mejor que tengas a Jessi o a Luke allí.

—Si puedo. Escucha, ¿te quedarás esta noche?

Sunday asintió.

—Lo haré. Ahora que Berry sabe lo nuestro, lo haré.

Él levantó su mano y la besó.

—Gracias. El hecho de saber que me cubres la espalda me da mucha fuerza, nena. Ciara no se saldrá con la suya esta vez.



## CAPÍTULO CATORCE

---

CUANDO BERRY SE DURMIÓ, Sunday y Marko estaban exhaustos pero felices de estar juntos. Él preparó un baño caliente y compartieron ese tiempo juntos, acariciando la piel del otro, besándose. Sunday se le puso encima a horcajadas y él enterró su cara en sus pechos, haciéndola reír.

—Pervertido —se burló ella, y él se rio.

—Cuando se trata de ti, sí.

Sus rizos estaban pegados a su cara y ella los acomodó con sus dedos.

—Dios, es tan guapo, Sr. Giotto.

Sonrió.

—Escucha, cuando esta mierda con Ciara esté fuera del camino, me gustaría que tomáramos unas vacaciones juntos. Italia. Soy dueño de un lugar en Toscana. Sol, naturaleza y mucho espacio para que Berry juegue, mientras yo me aprovecho de su madrastra en los olivares.

—Eso suena como un plan —se rio, y luego suspiró mientras él deslizaba su mano entre sus piernas y comenzaba a frotar—. Me preguntó si pensábamos en tener hijos. Le dije que era muy, muy pronto para eso.

Marko lo consideró.

—¿Quieres tener hijos?

—¿La verdad? Ni siquiera lo he pensado. Con Guido, teníamos planes para viajar por el mundo, y para ser honestos, no planeamos nada más que eso. Mirando hacia atrás ahora, no sé por qué. Extrañamente, se sentía como si estuviéramos corriendo contra el tiempo y resultó que sí.

Marko dejó de frotar su sexo y la abrazó.

—Siento mucho lo de Guido.

Sunday asintió.

—La noche en que murió... Dios, fue tan rápido, tan definitivo. Él... el asesino, quiero decir, dijo mi nombre. Pensé que era un fan; a veces se reunían fuera del estudio para saludar o para conseguir un autógrafo. Le estaba sonriendo cuando le disparó a Guido. Sonriendo. Dios —cerró los ojos, recordando—. Sólo recuerdo que el pecho de Guido explotó, había sangre por todas partes, en mis ojos, y en vez de gritar, me enfadé. Fui por el arma y luego me disparó. Aún así me las arreglé para sacarle la mierda, pero no sirvió de nada. Nunca lo encontraron.

Los brazos de Marko se apretaron a su alrededor.

—Pero estabas herida.

—La bala no alcanzó mis órganos vitales pero perdí mucha sangre. Y no pudieron sacar la bala; todavía está alojada en mi columna vertebral —sus dedos le acariciaron inmediatamente la espalda y ella le sonrió—. Así que siempre es divertido pasar por la seguridad del aeropuerto.

—Odio la idea de que te hagan daño.

—Todos hemos sido heridos, ya sea física, sexual o emocionalmente. Lo principal es que lo superé. Tú has superado el tuyo. Y estamos juntos. Te amo, Marko.

—Te amo, nena. Eres la primera mujer a la que he amado, románticamente, quiero decir. Y más que eso, eres la primera mujer desde mi madre en la que confío completamente.

—No le digas eso a Jessi.

Sunday le sonrió, pero sus ojos parecían serios.

—Jessi, es Jessi. Es como mi madre de alquiler; a veces olvido que no es mi madre. Pero ya sabes lo que quiero decir. Con mi corazón. Te confío mi corazón.

Sunday sintió que las lágrimas se estaban formando en sus ojos.

—Te confío mi vida. Si me necesitas, cuando Ciara esté aquí, estaré allí, cariño. Al diablo con todo lo demás. Estoy contigo.

Hicieron el amor en el agua, y luego otra vez en su cama. Después, la rodeó con sus brazos y la besó.

—Estoy deseando despertarme contigo.

—Yo también.

Marko pronto se durmió, pero Sunday no pudo conseguirlo tan fácilmente. Se acostó en sus brazos hasta que estuvo segura de que estaba profundamente dormido, y luego se deslizó fuera de la cama. Tal vez si leyera un poco, sería capaz de dormir.

La casa estaba tan tranquila por la noche. Afuera, la luna estaba llena, y proyectaba una luz azul por todo el lugar. El lago de afuera estaba tan quieto como el cristal. Sunday fue a su oficina y recogió uno de los diarios de Ludovico Giotto. Encendiendo una pequeña luz para leer, se puso las gafas y empezó a leer.

No fue hasta una hora más tarde cuando se dio cuenta. De repente supo por qué Marko había querido que se transcribieran los diarios de su padre. Quería saber. Quería saber si su padre estaba al tanto de que Ciara abusaba de su hijo.

—Oh, Dios, por favor no... —Sunday sacudió la cabeza, asustada por el peso de la expectativa que sintió repentinamente. Si Ludo hubiera sabido...

¿Debería mentir? Si llegaba el momento, ¿era mejor que Marko creyera que su padre lo ignoraba todo, aunque no lo hiciera?

—Joder —se pasó las manos por los ojos. ¿Qué debería hacer?

Sintió náuseas y volvió a poner el diario en el escritorio y apagó la lámpara. Caminó hasta la cocina, tomando un vaso de agua helada. Lo drenó y luego cerró los ojos.

Lo sintió acercándose por detrás de ella y se giró cuando él la alcanzó. Sus labios chocaron contra los de ella, y cuando abrió la boca para intentar hablar él sacudió la cabeza. A la luz de la luna azul, se veía aún más peligrosamente sexy y mientras la levantaba sobre el mostrador y le abría las piernas, Sunday se entregó a él. La empujó hacia atrás y le puso las piernas a su alrededor. Su pene la rozó y luego se enterró profundamente en ella. La espalda de Sunday se arqueó mientras Marko se la follaba, ambos silenciosos excepto por sus jadeos para respirar.

Ella vino, duro, y Marko amortiguó sus gritos con su boca, su pene bombeando una espesa y cremosa corrida dentro de ella. Mientras ella jadeaba, tratando de recuperar el aliento, él la tomó en sus brazos y la llevó al dormitorio, donde hicieron el amor nuevamente.

Sunday le acarició la cara después, mientras se recuperaban.

—Te quiero tanto —susurró, y Marko asintió, con los ojos puestos sobre los de ella.

—Ahora eres mi mundo —dijo simplemente, y la besó de nuevo. Esta vez, Sunday no tuvo problemas para dormirse en sus brazos.

Afuera de la casa, un hombre tomaba fotografías de la pareja dormida. Saldrían un poco oscuras, pero no podía arriesgarse a usar su flash. Por suerte para él, la luna brillante iluminaba a los amantes y se las arregló para obtener fotos de sus rostros.

Más tarde, en el motel, se las envió a su cliente. Unos minutos después, se emitió una transferencia bancaria como pago. Un breve correo electrónico le decía “Gran trabajo”.

Y eso fue todo.

En Nueva York, Ciara Marshall comenzó a reírse mientras miraba las fotografías, tomó su teléfono celular y llamó a Scanlan, que no estaba nada contento de ser despertado.

—¿Qué carajo podrías querer a esta hora, Ciara?

—Oh, creo que vas a querer hablarme mucho más amablemente que eso —ronroneó, victoriosa—. Nunca vas a adivinar quién es la nueva amante de Marko Giotto...

## CAPÍTULO QUINCE

---

UNOS DÍAS más tarde y Sunday se despidió de Marko mientras se preparaba para refugiarse en su apartamento para los próximos días.

—¿Prometes que si me necesitas, me llamarás?

—Lo juro por Dios. Cristo, te voy a extrañar —le enredó el cabello en su puño y la estudió—. No te enamores de nadie más.

—Ja —ella acarició su nariz contra la de él—. No dejes que te afecte.

Marko sonrió.

—No lo haré.

Sunday odiaba dejarlo solo, sabiendo que su abusadora aparecería pronto. Había metido en un bolso algunos de los diarios de Ludo y planeaba pasar los próximos días trabajando. Pero, al dejarlos en su frío apartamento, sintió la necesidad de salir y distraerse de lo que estaba pasando en el Castillo.

Fue a la cafetería de Daisy a ver a su amiga. Se sorprendió al verla charlar con Tony, el joven snowboarder, y Sunday se dio cuenta rápidamente de que su amiga y el recién llegado estaban saliendo casualmente.

Bien. Se ahorró cualquier coqueteo incómodo de parte de él.

—¿Cómo estás? Siento no haber estado por aquí durante unos días.

Daisy le sonrió.

—Amiga, está bien. Sé que tú y Marko ahora son muy íntimos.

—¿Lo haces?

—Nada permanece en secreto aquí por mucho tiempo. Creo que es maravilloso y escucha, incluso Nadia no parece demasiado molesta por ello.

Sunday puso los ojos en blanco.

—Me alegro. Podría prescindir de otra enemiga —demasiado tarde, se dio cuenta de lo que había dicho—. Quiero decir, una ex celosa.

Le sonrió a Tony.

—Entonces, ¿ustedes dos se están conociendo?

—Ella es genial, aunque a veces tengo problemas con el acento. Habló bien de mí con su padre en la estación de esquí, me consiguió un trabajo.

—Me alegro de oírlo —bebió su café y se preguntó por qué Tony la miraba fijamente.

—¿Algo va mal?

—No... es sólo que me recuerdas a alguien.

El estómago de Sunday sintió un sacudón de inquietud.

—¿Oh?

—¿Alguna vez has estado en la televisión?

Ella forzó una sonrisa.

—No.

—Huh.

Cambió de tema.

—¿Qué trabajo te tienen haciendo en la estación de esquí?

Ella no escuchó realmente lo que él estaba diciendo, sacudida por el posible reconocimiento. La hizo sentir mal del estómago y se dio cuenta de lo mucho que Marko estaba renunciando para protegerla. Lo menos que podía hacer era mantenerse fuera de la vista.

Terminó su café e hizo sus excusas, pero al llegar a la puerta, ésta se abrió y el aliento de Sunday se congeló en su pecho.

Ciara había llegado.

La miró directamente, pero en sus ojos no había reconocimiento. Detrás de ella, un hombre alto y guapo con penetrantes ojos azules estaba de pie.

—Disculpe, por favor —murmuró Sunday mientras pasaba por delante de ellos y salía por la puerta—. Gracias —le dijo al hombre, que le sonrió.

—Es un placer.

Escapó al otro lado de la calle y cerró la puerta de su apartamento con llave. No se había dado cuenta de que ver una parte de su vida pasada la alteraría tanto, incluso sin el obvio horror que Ciara había causado en la vida de Marko. Sunday sintió ira, resentimiento, miedo y angustia a la vez y ahora se alegraba de estar sola para poder llorar y despotricar y sacar todo el dolor acumulado.

Derramó sus lágrimas, luego se duchó, con un dolor de cabeza que le golpeaba las sienes. Decidió que hoy no trabajaría, así que durmió una larga siesta, se despertó sólo para comer un poco de pasta rápida, y se fue de vuelta a la cama. Despertó, con la cabeza borrosa, cuando su teléfono móvil sonó. Sonrió cuando vio quién llamaba.

—Hola, cariño.

—Hola, chica bonita —Marko sonaba tranquilo—. Te extraño.

—Yo también, querido —ella dudó—. ¿La has visto?

Marko suspiró.

—Sí... y no sé muy bien qué hacer con su visita.

Sunday se sentó.

—¿Cómo es eso?

—Bueno, para empezar, trajo a su prometido. La perra se va a casar. Pobre tipo.

Sunday escuchó la diversión en la voz de Marko y se alegró de que estuviera calmado.

—¿Qué dijo sobre Berry?

—Ella quiere visitas. Le dije que estaba bien, pero con ciertas condiciones.

—Como...

—Como si recibiera visitas supervisadas. Siempre habrá alguien que acompañe a Berry —suspiró—. Puede que haya ido un poco lejos cuando le dije que entregara su pasaporte cuando visitara a Berry.

Sunday resopló.

—Con Ciara, nada es demasiada precaución —dudó—. Ella me vio. Fui donde Daisy a tomar un café y ella entró. Me miró directamente y te juro, Marko, que no había sospecha en su mirada. No tiene ni idea.

Marko se quejó.

—No digas cosas como esas. No podemos ser complacientes en ningún sentido. ¿Reconociste al hombre que estaba con ella?

—No, en absoluto. ¿Quién es él?

—Un tipo de propiedades en Nueva York. Si Ciara se va a casar con él, debe ser rico. Brian Scanlan. ¿Estás segura de que no lo conoces?

—No me suena. Haré algunas investigaciones.

—Esa es mi chica —suspiró—. ¿Es raro que me preocupe de que estés sola allí?

—No deberías. Estoy perfectamente a salvo, cariño. Es sólo por un par de días, luego volveré.

—Sí, lo sé —Marko se quedó en silencio por un momento, y Sunday lo sintió por él.

—¿Fue doloroso?

—Sí. Sólo estoy pensando. Seguramente ella pensó que perdería la cordura, que la desgarraría miembro por miembro, creo que por eso trajo al prometido.

—¿Qué hay con él?

—Encantador. Falso como el infierno. Buen partido.

Sunday se rio.

—Me encanta cuando eres una perra, Giotto. Te quiero.

—Yo también te quiero, cariño.

Hablaron un rato más y luego se despidieron. Sunday sintió una punzada de soledad, escuchando la tranquilidad del apartamento. Fue a la cocina y tomó unas aspirinas. Tal vez había dormido demasiado tiempo. Sus ojos se sentían hinchados de tanto llorar. Hizo un poco de café fuerte y encendió su portátil, escribiendo 'Brian Scanlan' en el buscador.

El mejor resultado fue un sitio web profesional llamado Propiedades Scanlan, una firma de propiedades de alto nivel en Manhattan. Hizo clic en el sitio hasta que llegó a la página sobre el propietario. Brian Scanlan, cuarenta y dos años, soltero, era un hombre hecho a sí mismo, rico más allá de lo creíble gracias a una inteligente mente de negocios, guapo de una manera insípida. Despiadado en la industria, era un elemento fijo del conjunto de la sociedad del Upper East Side.

—Entonces, ¿cómo es que nunca he oído hablar de ti? —Sunday murmuró para sí misma. Marko tenía razón. Había algo raro en este tipo. Hizo una búsqueda profunda en la web sobre su nombre pero sólo pudo encontrar los hechos básicos que ya conocía—. Nadie es tan anónimo, especialmente alguien tan rico como usted, Sr. Scanlan.

Su curiosidad periodística se despertó. Si tenía una relación con una víbora como Ciara, tenía que haber algo ahí. Vale, así que Ciara era supuestamente considerada hermosa, pero su naturaleza vil impedía que alguien con un gramo de humanidad estuviera con ella, ¿no? Sunday suspiró. ¿Estaba siendo injusta?

No. Odiaba a Ciara con la furia de mil soles y cualquiera que estuviera involucrado con ella tenía que ser malo.

—Si te metes con mi hombre, Scanlan, date por muerto.

Como si pudiera hacer algo al respecto.

Scanlan, lo poco que había visto de él, era un tipo grande.

Apagó su ordenador y se fue a la cama, asegurándose de que la puerta del apartamento estuviera cerrada con llave.

La advertencia de Marko la había puesto nerviosa después de todo.

Estaba oscuro cuando abrió los ojos y mientras se acostumbraban a la oscuridad, escuchó a alguien respirando. No, no, sólo se lo estaba imaginando. Cerró los ojos pero luego escuchó el crujido de la tabla del piso. Se sentó. Su visión era extrañamente borrosa cuando vio la figura venir hacia ella... ¿Por qué no puedo moverme?

El intruso se acercó y ella pudo ver que su rostro no tenía rasgos, su cuerpo era enjuto y sus manos... Dios mío, sus manos eran cuchillos y los clavó en ella...

Despertó.

Sunday se sentó, jadeando por aire.

—Malditas, malditas pesadillas—el pronunciar las palabras la hizo sentir mejor. Mierda, ¿realmente se estaba convirtiendo en una cobarde?

Miró el reloj. Un poco después de la 1:00. Sabía que Marko seguiría despierto, así que lo llamó.

—Hola, hermosa.

—Hombre guapo. Estaba tirada aquí y sentí que me faltaba el toque de tus manos —Marko se rio suavemente. Él sabía lo que ella quería—. ¿Te sientes caliente, chica bonita?

—Siempre para ti. ¿Tienes algo de ropa puesta?

—Sólo mi ropa interior.

—Quítatela.

Marko se rio.

—Lo haré si tú lo haces.

—Oh, me estoy quitando todo.

Se quejó.

—Dios, desearía poder estar allí.

—¿Qué me harías?

—Besaría cada parte de ti, empezando por tus labios, luego tu garganta. Chuparía cada pezón hasta que estuvieran duros como una roca y sensibles. ¿Dónde está tu mano, nena?

—En mi vientre.

—Acarícialo por mí. Finge que tus dedos son míos. Me encanta acariciar tu vientre; es tan suave. Me encanta pasar mi lengua por tu ombligo. ¿Puedes hacerlo? Con tu dedo, quiero decir, rodea tu ombligo y finge que estoy ahí, lamiéndolo, burlándome de él.

Sunday gimió suavemente, con los ojos cerrados.

—Tócate por mí, cariño. Finge que mis labios se cierran alrededor de él, con mi lengua barriendo tu punta. Es duro, estás tan duro, cariño, y es tan, tan grande...

Ella escuchó su aguda toma de aliento.

—Me voy al sur, nena, por tu vientre, y ahora mi lengua está en tu clítoris... Dios, sabes tan bien, Sunday... mi lengua está en ti, yendo profundo, más profundo...

Sunday, con sus dedos acariciaron su clítoris, se retorció en la cama.

—Te quiero dentro de mí; tu erección tan dura, tan dura... cógeme, Marko, por favor...

—Estoy en ti. Tómallo todo, nena, eso es... eso es...

Llegó Sunday a su orgasmo, gritando su nombre mientras acariciaba su clítoris e imaginaba su pene duro llenándola.

—Dios, Marko... Marko... te amo tanto...

Ella escuchó su largo gemido de liberación.

—Sunday... para siempre... te amo...

Después de recuperar el aliento, hablaron hasta tarde en la noche.

—Sólo una noche más lejos del otro, y entonces estaremos libres en casa.

—No puedo esperar. Buenas noches, nena.

—Buenas noches, mi querido hombre.

Después de eso, Sunday no tuvo pesadillas. Pero cuando se despertó por la mañana, encontró la primera nota metida bajo su puerta y sintió un choque de frío glacial que se apoderó de su

corazón.

*Te encontré, Eloy.*



## CAPÍTULO DIECISÉIS

---

—TENEMOS QUE REUBICARTE.

Sunday cerró los ojos.

—No. Sam, no.

Escuchó su suspiro al otro lado del teléfono desechable.

—Sunday, no puedo obligarte a hacer nada. Pero si tu acosador te ha encontrado, tu vida está en peligro.

—No puedo irme, Sam. Tengo una vida aquí, compromisos... alguien a quien amo. La gente que amo.

—Tenías eso en Nueva York.

Con sus palabras, ella se dio cuenta de que no, que no era lo mismo.

—No. No era lo mismo en Nueva York. No lo sabía entonces, pero mi vida allí terminó cuando Guido murió. No me aferré a nada. Aquí... mi vida realmente comenzó.

—Sabes que no podemos garantizarte que te protegeremos. Trabajaremos con la policía local para localizar a este tipo, pero si te quedas ahí, eres un blanco fácil.

—Lo sé. Lo superaré, Sam. Necesito enfrentarlo.

—¿Sabes cómo usar un arma?

—No, pero puedo aprender. Mi compañero tiene una en su casa.

—¿Le has contado lo de la nota?

—Todavía no —Sunday se sintió culpable—. Quería hablar contigo primero, antes de echarle esto encima.

—¿Sabe de ti?

—Sí. Es una relación seria, Sam. Es Marko Giotto.

—Ah. Bueno, el hombre sabe de seguridad por lo que he oído.

Sunday no dijo nada. Se dio cuenta de que Sam estaba preocupado.

—Mira, tal vez debería revelarme, llamar a este tipo. Decirle que venga por mí. Acabar con esto.

—¿Y si te mata?

—Si me mata, me mata. Al menos se habrá acabado —su voz se quebró, desmintiendo sus palabras fuertes—. No puedo vivir más así.

—Bien, cariño. Mira, ¿hay alguien nuevo en la ciudad? ¿Un extraño para todos?

—Una pareja. Un tipo que practica el snowboard, y un tipo que tiene grandes propiedades en Nueva York.

—¿Quién es el último?

—¿Brian Scanlan?

—Ah, sí.

Sunday sintió que su corazón se tambaleaba.

—¿Has oído hablar de él?

—No hay mucha gente en la ciudad de Nueva York que no lo haya hecho. Y no, no es una persona de interés. Entonces, ¿quién es el otro tipo? —ella le habló de Tony y él le dijo que haría algunas averiguaciones—. Por ahora, mantente fuera de su camino. Por si acaso. ¿Puedes quedarte en casa de Marko?

Ella suspiró.

—Supongo que ahora que el secreto está un poco fuera, sí. Su ex madrastra es Ciara Marshall. Está en la ciudad.

—Esa víbora.

Sunday sonrió con gratitud.

—Oh, lo que daría por que la arrestaran por algo. Cualquier cosa.

—Sí, ella es una pieza de trabajo, de acuerdo.

Por un segundo, Sunday contempló contarle a Sam sobre el abuso sexual de Ciara a Marko... pero no era su historia para contarla.

—Iré a la casa de Marko.

—Bien—. Y por el amor de Dios, cuídate. Mantén este teléfono cerca. Te llamo.

—Gracias, Sam.

Llamó a Marko inmediatamente y él le hizo prometer que se quedara dentro con la puerta cerrada.

—Voy a buscarte. Empaca todas tus cosas; te vas a mudar conmigo.

La feminista en ella se alertó, pero la amante en su interior adoró sus palabras magistrales y ella le comentó al respecto, pero él no se rio.

—No puedo hacer bromas mientras tu vida esté en peligro, nena.

Estuvo allí en menos de veinte minutos. Ella lo dejó entrar y él la tomó en sus brazos. Se dio cuenta de que estaba temblando.

—Estoy tan enojado, nena. Nunca debí dejarte sola.

—No sé cómo me encontró —se apoyó en él, sintiendo sólo alivio de que estuviera allí—. Pero es hora de terminar esto, de una vez por todas.

Marko la dejó ir y la estudió.

—¿Crees que te dejaré hacer el papel de cebo?

—No, y no es eso lo que quiero decir. Quiero decir que he terminado de correr. Tú eres mi vida y mi vida está aquí en Rockford —ella vio la admiración así como el miedo en sus ojos—. Entonces lo enfrentaremos juntos.

Marko la besó.

—Puedes apostar que lo haremos.



BERRY CORRIÓ hacia ella y arrojó su pequeño cuerpo a los brazos de Sunday.

—¡Sunny! —Sunday se rio y la hizo girar.

—¿Mi nuevo nombre?

Marko escondió una sonrisa.

—Dile a Sunny por qué quieres llamarla así.

—Bueno —Berry comenzó—. Tu nombre es domingo, pero también eres como una mamá, así

que pensé en llamarte Sunny.

Sunday se emocionó hasta las lágrimas y se aclaró la garganta antes de responder.

—Me encanta, Berry, y también te quiero a ti.

Berry sonrió encantada, enterrando su cara en el cuello de Sunday, y ella la abrazó con fuerza. Marko las miró, con una sonrisa en su rostro.

—Familia —fue todo lo que dijo y ella asintió.

Marko le dijo que Ciara vendría más tarde a ver a Berry, y Sunday asintió.

—Bueno, allí estaré. Ya no me escondo. A la mierda con eso.

Marko no parecía feliz pero tenía que estar de acuerdo.

—Estoy organizando la seguridad de este lugar y, por favor, cariño, hasta que lo atrapen, no salgas por tu cuenta.

Ella le dijo lo que Sam le había comentado y él asintió.

—Sí, me preguntaba sobre ese chico. ¿Crees que podría ser él?

—Esa es la cosa. No lo hago. Dijo que me reconoció el otro día, me preguntó si alguna vez había salido en la televisión. Parece tan inocente y a Daisy le gusta mucho. Espero, espero, espero que no sea él.

Marko asintió.

—Tal vez... no.

—¿Qué?

—Podríamos pedirle a Nadia que lo vigile. Por el bien de Daisy, ella lo haría, estoy seguro.

Sunday se sentía escéptica.

—Es sólo que... ¿podemos confiar en ella? No es exactamente la mayor fan de ninguno de los dos.

—Para proteger a Daisy, sí, lo haría. Di lo que quieras de Nadia y sus maneras, pero ella adora a Daisy.

Sunday asintió.

—Bien.

Marko le acarició el cabello.

—¿Estás lista para enfrentarte a Ciara?

Sunday le devolvió la sonrisa.

—Intentaré no arrancarle la cara a la perra, si eso es lo que quieres decir.

—Me encanta tu fuego —dudó por un momento—. No es gran cosa, pero, ¿tú...?

—Aún no he llegado a esa parte de los diarios de tu padre —le dijo suavemente, y él se encogió de hombros tímidamente.

—Ni siquiera debería preguntar con todo lo que está pasando. Sólo siento que ayudaría al tratar con ella.

—¿Sigue haciendo... lo que sea que crea que está haciendo?

—No tanto con el prometido cerca, pero cuando sale... sí. Dejó claro que podría hacer que todo esto desapareciera si yo... ugh. Ni siquiera puedo decir las palabras.

Sunday puso sus brazos alrededor de su cuello.

—Escucha... mientras nos ocupamos de ella, démosle una probada de su propia medicina. Me daré a conocer, si me reconoce esta vez, le diré que estoy aquí en una misión encubierta. Un caso histórico... una historia sobre el abuso sexual del hijo de un hombre rico... y la manera de escaparse del abusador. No será verdad... pero le dará una pausa —sacudió la cabeza—. Cada vez que pienso en ello, quiero matarla, y pensar que tiene el valor de querer estar en la vida de Berry...

—Oye, oye, respira —dijo Marko, y luego se rio—. Supongo que ambos podríamos matar por el otro.

Sunday asintió.

—Moriría por ti, Marko. Y por Berry.

Marko respiró profundamente.

—Siento lo mismo, pero ninguno de los dos morirá por nadie. Esta es nuestra familia ahora, y no hay nada que no esté dispuesto a hacer para protegerla. Nada.

## CAPÍTULO DIECISIETE

---

DECIDIERON DARLE a Ciara un pequeño shock. Sunday esperaría a que Ciara se instalara, hablando con Berry y Marko antes de darse a conocer.

—No puedo esperar a ver la mirada en la cara de esa perra.

Marko se rio.

—Me encanta la travesura que hay en ti.

Sunday le sonrió.

—Deja de mirarme así, o seguiremos follando cuando lleguen aquí.

—Ahora tengo una semi...

—Bájala, jugador.

Sunday se maravilló de su capacidad para bromear ante lo que estaba a punto de suceder, pero había aprendido que era su manera de ser. ¿Perdiendo tu habilidad para ver el color y eres un artista? Bromeó sobre eso. ¿Enfrentar a su abusadora? ¿Acosado por un maníaco? Y actuaba como si le importara un bledo.

Pero fue en el contacto de sus manos cuando se estrecharon, en el roce de sus cuerpos, en el encuentro de sus miradas que todo fue expresado. Eres mía, y moriré para protegerte. Sunday vio eso en los ojos de Marko y esperaba que él pudiera verlo en los suyos.

Jessi vino a buscarlos.

—Vampira está aquí.

Sunday resopló y sintió que Marko se relajaba un poco.

—¿Quién es vampira? —Berry entró en la habitación, y Jessi puso una cara.

—Vampira es el nombre que Jessi a veces le da a Ciara —Marko recogió a su hija—. Porque no es una buena persona.

Sunday se sorprendió de la honestidad de Marko.

—Pero no deberías decirle a Ciara que Jessi la llama así —dijo apresuradamente.

Berry se encogió de hombros.

—Bien.

Sunday fue a esperar fuera de vista mientras Jessi llevaba a Berry a su dormitorio. La primera vez que escuchó la voz de Ciara, sintió una rabia al rojo vivo. ¿Cómo se atreve esta mujer a seguir entrometiéndose en la vida de Marko de esta manera, después de lo que ha hecho? Escuchó la voz de Brian Scanlan, saludando a Marko educadamente. ¿Quién era este tipo?

Esperó hasta que se sentaran, y entonces oyó hablar a Marko.

—Así que, después de nuestra última discusión, debería hacerte saber que las cosas han cambiado. Solicitaré la custodia completa de Berry, y pediré al juez que emita una orden de restricción de por vida contra ti. Nunca la volverás a ver.

Hubo un silencio aturdidor.

—Esto no es lo que discutimos.

—No, pero es lo que he decidido, Ciara. De ninguna manera dejaré que una pedófila tenga acceso a mi hija. ¿Estás loca?

Sin ser vista, Sunday hizo un saludo de victoria con su mano. Ve por ella, cariño.

Escuchó a Scanlan aclarando su garganta.

—Lo siento, no sé de qué está hablando, Ciara.

—De lo que está hablando, Sr. Scanlan —dijo ella, entrando en la habitación—, es que su prometida, la Sra. Marshall aquí presente, abusó y violó a Marko desde que los quince años hasta los dieciocho. No sólo abusó sexualmente de él, sino que verbal y emocionalmente hizo de su vida un infierno —miró a Ciara, que la miraba con odio—. Hola, Ciara, qué horror volver a verte.

El labio de Ciara se elevó.

—Dios mío... Eloy Marti —no parecía sorprendida. Brian Scanlan parpadeó.

—Lo siento, ¿quién es esta mujer?

—Mi nombre ahora es Sunday Kemp, Sr. Scanlan, pero antes era Eloy Marti, periodista y presentadora de noticias en Nueva York. Y la Sra. Marshall y yo tenemos historia. He estado trabajando encubierta para conseguir la historia del Sr. Giotto sobre ti, Ciara, y créeme, la evidencia es incontrovertible. Tenemos el testimonio escrito de su padre y de algunos de los empleados de Ludo y lo entregamos a las autoridades.

Apretó el hombro de Marko, esperando que él supiera que se lo estaba inventando.

—Estás acabada, Ciara —dijo, su voz como el acero—. Ya hemos entregado las pruebas a la policía. Espero que seas arrestada cuando vuelvas a Nueva York.

—Perra —Ciara estaba temblando, claramente nerviosa—. Crees que viniendo aquí, abriendo las piernas para mi hijo...

—No es tu hijo. Nunca fue tu hijo —Marko estaba ahora en pie, y su altura era imponente. Ni siquiera Scanlan podía igualarlo. La rabia de Marko estaba al rojo vivo cuando se acercó a Ciara, que se puso en pie y retrocedió.

—Me violaste... ¿realmente crees que alguna vez, alguna vez, te dejaría acercarte a mi hija? Y no te pintes como una víctima, aunque sé que es tu posición favorita. Nuestra Señora de la Víctima Perpetua. Eres una escoria, Ciara —miró a Scanlan—. No conozco tus intenciones, pero corre. Sal de aquí. Aléjate de ella. Te arruinará la vida.

—Ciara, creo que deberíamos irnos.

Scanlan agarró el brazo de Ciara, pero se lo arrancó y se lanzó sobre Sunday. Ella estaba lista para el ataque, y hábilmente dio un paso al costado a Ciara, pateando la parte posterior de su rodilla y enviándola al piso.

Ciara se puso de pie y lo intentó de nuevo, pero Sunday, que estaba lista para luchar, le hizo señas.

—Dámelo, perra. Marko no puede golpear a una mujer, pero yo sí puedo. Dame el placer, Ciara.

—Eso no será necesario, Sra. Kemp —Scanlan parecía nervioso. Levantó a Ciara y asintió con la cabeza a Marko—. Perdóneme, Sr. Giotto. No tenía ni idea.

Ciara hizo un ruido asqueroso pero Scanlan prácticamente la arrastró fuera de la casa. Seguía gritando mientras Scanlan la empujaba al auto. Sunday y Marko los vieron alejarse y luego se miraron.

—¿Acaba de suceder? —Marko dijo incrédulo, y Sunday se echó a reír.

—Seguro que sí, vaquero. Le has pateado el trasero.

—Tú lo hiciste. Dios, eso fue tan caliente.

Sunday lo besó.

—Ven a mostrarme lo caliente que estás.

—Ejem... —dijo Jessi, con una sonrisa en la cara, regresando con Berry—. Niños presentes.

Ella miró a Marko, que arrastró a su hija a sus brazos. Berry le besó la mejilla y Jessi puso su mano en su brazo.

—¿Estás bien?

—Lo estoy —dijo—. Le dije todo. Luché con ella. Me siento... mejor.

Jessi y Sunday le sonrieron, con lágrimas en los ojos.

—Nunca he estado más orgullosa.

—¿Por qué no nos preparo a todos el almuerzo? ¿Alguna preferencia? —Jessi preguntó, con la sonrisa en su cara mostrando que sabía lo que todos dirían.

—Pizza.

—¡Pizza!

Jessi se rio.

—Vamos entonces.

Marko tomó la mano de Sunday mientras seguían a Jessi hasta la cocina.

—Gracias, nena, por estar ahí para mí.

Sunday le sonrió, con sus ojos llenos de amor.

—Cuando quieras, hombre guapo. En cualquier momento.



CIARA NO PARÓ de gritarle durante todo el trayecto desde la casa de Marko y finalmente, harta de su voz chillona, Scanlan la golpeó con un puñetazo en la sien. Su cabeza hizo un satisfactorio chasquido al rebotar en la ventana lateral y finalmente, se quedó en silencio.

Scanlan suspiró con alivio. Quería pensar en Eloy, en cómo ella no tenía ni idea de quién era él, qué era él para su vida. Qué hermosa se veía. Su cabello, de vuelta a su color natural, sus grandes ojos, su boca color de rosas...

Le sorprendió que no pareciera más asustada, que hubiera sido tan abierta sobre quién era realmente. Si hubiera venido aquí para empezar una nueva vida... bueno... claramente, se estaba acostando con Marko Giotto. No importa. Le permitiría pensar que era feliz.

Scanlan condujo hasta las montañas y se estacionó en un mirador. Miró fijamente el suelo cubierto de nieve. ¿Y ahora qué? Ciara no le había contado su abuso de Giotto y él se maravilló de su estupidez al tratar de enfrentarse a él. Así que, ¿había perdido su 'in' con ellos... o no? Miró a la mujer inconsciente en el asiento de al lado. Ciara conocía su secreto... pero si ahora terminara muerto, sería el primero en ser arrestado. Eso no significaba que no pudiera amenazarla si intentaba romper su silencio... Tendría que andar con cuidado.

Lo único que le importaba era que Eloy-Sunday entrara en su vida y se alejara de Giotto. Tal vez si le prometiera a Ciara que recuperaría a Marko cuando se llevara a Sunday... por supuesto, nunca dejaría que eso ocurriera. Mataría a Giotto, incriminaría a Ciara, y la dejaría a las consecuencias mientras comenzaba su vida correctamente con la mujer que amaba.

No era tan estúpido como para creer que Sunday se enamoraría de él de inmediato -estaría demasiado ocupada llorando a su bastardo italiano muerto-, pero poco a poco se daría cuenta de que su muerte significaba que finalmente estaría donde debía estar.

Scanlan había abandonado su primer plan de llevarla a su complejo del norte de Nueva York.

No. Tendría que llevarla fuera del país, a algún lugar donde el FBI no pudiera encontrarlos. Compró una isla, un pequeño lugar privado en las islas de Sotavento. Un lugar donde ella no tenía ninguna posibilidad de escapar de él.

Ahí, si llegara a suceder, su asesinato pasaría desapercibido, y su cuerpo no sería descubierto.

Ciara dio un gemido y él esperó hasta que ella abrió los ojos y se concentró en él antes de que él le sonriera.

—Despierta, despierta, Ciara. Tengo buenas noticias para ti.



## CAPÍTULO DIECIOCHO

---

SUNDAY PASÓ SUS manos por el cuerpo de Marko mientras se duchaban juntos a la mañana siguiente. Le sonrió, con el agua goteando de sus rizos oscuros, y algunas gotas de agua en sus largas y gruesas pestañas. Sunday lo besó.

—Te amo.

Sus palabras eran simples, pero las decía con todo su corazón.

Era extraño. A pesar de la amenaza a su seguridad, había una paz en su corazón con este hombre. Ella realmente pertenecía a este lugar, con él, y nada iba a romper eso.

Marko la acercó.

—Escucha... hablamos de irnos. ¿Por qué no nos vamos? Antes de que Berry empiece la escuela de nuevo, antes del verano y que todo el mundo esté tomando sus vacaciones.

Se inclinó hacia su sólido y musculoso cuerpo.

—Hagámoslo.

—¿Italia?

Le encantaba la esperanza y la emoción en sus ojos.

—Me encantaría eso, tanto, cariño. Quiero ver dónde llamas hogar.

Así que, después de unos días de organización, los tres volaron a Italia. La villa de Marko estaba a las afueras de Siena y condujeron a través de las colinas, Berry exclamó emocionada ante las líneas de cipreses y las aisladas y rústicas villas. Marko subió una pequeña colina hasta su propiedad, y cuando miró a Sunday para ver su reacción, vio que sus ojos estaban llenos de lágrimas. Le devolvió la sonrisa.

—Es tan hermoso, cariño.

Siguió a Sunday y Berry mientras exploraban la villa, sus habitaciones pintadas de blanco, sus frescos suelos de baldosas y sus cómodos muebles.

—Tengo a alguien que hace la limpieza para mí, y un jardinero, pero a pesar de que me encanta venir aquí, siempre me sentía un poco solo. Ahora tengo una familia que me acompaña.

Sonrió para Sunday y fue a abrir las ventanas de la habitación principal, que era un gran espacio abierto que se extendía por un lado a una terraza con vistas al valle.

Berry exclamó con emoción al ver la piscina.

—Oye, ¿nos cambiamos todos y nos damos un chapuzón? —le preguntó Marko a su hija, quien asintió con la cabeza. Levantó las cejas mirando a Sunday, que sonrió.

—Hagámoslo.

Marko y Berry entraron a la piscina, y cuando finalmente Sunday se acercó, vio la admiración en los ojos de Marko. Su piel ya acaramelada iba brillando en su bikini blanco.

—Vaya —dijo Marko, y Sunday sonrió ante su evidente lujuria.

Se metió en el agua y nadó hacia él. Berry estaba sentada en un anillo inflable, cantando para sí misma, y Sunday se rio mientras le tocaba disimuladamente el pene a Marko a través de sus pantalones de baño.

Gimió mientras miembro reaccionaba y Sunday nadó lejos de él, riéndose.

—Pagarás por eso más tarde, mujer.

Jugaron con Berry en la piscina, Sunday y ella contra Marko hasta que él se quejó, riéndose. Más tarde, ambos adultos cocinaron una simple comida de pollo asado y todos se sentaron en la terraza mientras el atardecer se asentaba sobre el valle.

Después de que Sunday pusiera a Berry dormida en la cama, volvió a salir para encontrar a Marko abriendo una botella de vino para ellos. Le ofreció su mano y ella la tomó, sentándose en su regazo, y la acercó. Estuvieron en silencio durante un rato, y Sunday lo vio mirando el paisaje, con los ojos ligeramente entrecerrados, y supo lo que estaba haciendo una prueba.

—¿Bebé?

Suspiró, asintiendo con la cabeza.

—Sí. Los colores son diferentes a como los recuerdo. Es como si hubiera derramado agua sobre la pintura y la saturación del color se hubiera desvanecido. Maldita sea.

Sunday le cubrió los ojos con la mano de ella.

—Ciérralos —ordenó ella, y él obedeció—. Ahora, Marko Giotto, sabes cómo es, digamos, Hooker's Green. Velo en tu mente.

Ella esperó hasta que él asintió.

—Ahora abre los ojos y mira ese ciprés que está en el borde de tu propiedad. Obsérvalo con ese tono que puedes ver en tu mente. Velo.

Marko se concentró y pudo ver que estaba luchando.

—Cariño, recuerda cómo aprendiste a dibujar. Velo ahora como lo ve tu imaginación. Luz y sombra. Ve el tono.

Ella miró como sus brillantes ojos verdes se enfocaban y desenfocaban mientras trataba de verlo a su manera.

—¿Tuviste suerte?

Había una leve sonrisa en su rostro.

—Casi, y puedo ver a dónde vas. Se necesitará práctica.

—Todo lo que valga la pena lo hará. Esta es la realidad: tienes una condición para la que no hay cura. Así que tendremos que aprender a ver el mundo de manera diferente. Tu arte evolucionará, tal vez no como lo habías previsto, pero evolucionará. Es parte de ti.

Marko la miraba, sus ojos intensos, y presionó sus labios contra los de ella mientras terminaba de hablar.

—Nosotros —dijo con sentimiento—, dijiste que tendríamos que ver el mundo de manera diferente. Dios, Sunday Kemp, ¿tienes idea de cuánto te quiero?

Ella se aferró a él.

—Muéstrame.

La bajó hasta la fría baldosa de la terraza, cubriendo su cuerpo con el suyo.

—Te ves aún más hermosa en un atardecer toscano.

Sunday le sonrió.

—Viniendo de cualquier otra persona, eso sería cursi, pero de ti... me lo quedo.

Marko se rio.

—Bien.

Besó sus labios y luego arrastró sus caricias por su mandíbula y su garganta mientras le

desabrochaba el vestido. Había decidido no usar sostén debido al calor del verano toscano, así que Marko pudo jugar con sus pezones hasta que estuvieron duros como una roca y Sunday sintió un urgente calor húmedo entre sus piernas.

—Te quiero dentro —susurró y él le sonrió.

—¿Me quieres dentro?

—Sí...

Él metió la mano en su bolsillo trasero pero ella sacudió la cabeza.

—No.

Sus cejas se elevaron.

—¿Estás segura?

—Quiero sentirte dentro de mí. ¿Te asusta?

La sonrisa de Marko respondió a su pregunta.

—No. Para nada... he estado pensando en ello desde que Berry te hizo la pregunta.

—Sé que es rápido, pero siento que... me duele el cuerpo por tener un hijo tuyo. Nunca me había sentido así antes, que es lo correcto, que es el momento.

No tenía que decir nada más. Los labios de Marko se presionaron contra los de ella mientras le quitaba los pantalones y la ropa interior, y cuando la reunió con él, enganchando sus piernas alrededor de su cintura, asintió con la cabeza.

—Yo también quiero esto, nena, tanto, tanto.

Le ayudó a guiarse dentro de ella y él se empujó lentamente, queriendo recordar este momento, piel sobre piel mientras hacían el amor.

Sus miradas nunca vacilaron, su respiración estaba sincronizada mientras el pene de Marko se clavaba más y más profundamente en ella. Los muslos de Sunday se agarraron a su cintura, y apretó sus músculos vaginales con más fuerza alrededor de su miembro, haciéndole gemir.

Sus manos la sujetaron mientras su ritmo aumentaba y para cuando ella llegó, casi lloraba de placer, su cuerpo era dueño del de ella por completo. Ella sintió su pene bombear una espesa y cremosa corrida dentro de su sexo mientras enterraba su cara en su cuello, murmurando su nombre una y otra vez.

Después, se acostaron en los brazos del otro, sintiendo una ligera brisa que soplaba sobre sus cuerpos húmedos. La mano de Marko se extendió en su vientre, y sus labios se presionaron contra su hombro. Sunday miraba hacia el valle.

—Es increíblemente perfecto aquí —le sonrió—. Quedémonos aquí.

—Hecho —se rio y luego suspiró—. Pero en serio, por mucho que me guste estar aquí, tenemos que volver. Luke está allí, Jessi, y Berry tiene escuela.

—Lo sé, es un sueño imposible —ella suspiró—. Y todavía tengo que enfrentarme a quien sea que me esté acechando.

—Odio admitirlo, pero sí. No podemos tener eso colgando sobre nuestras cabezas, especialmente con Berry.

Sunday se mordió el labio.

—Sabes, si llegara el momento... nunca los pondría en peligro. No podría soportar eso. Sea lo que sea, es entre el loco que mató a Guido y yo. Es mi lucha.

—Nuestra lucha. Nosotros, recuerda. Siempre nosotros.

Ella lo besó.

—Disfrutemos de estas vacaciones.

Llevando sus ropas, caminaron de la mano a su dormitorio, donde hicieron el amor de nuevo y luego se durmieron, envueltos en los brazos del otro.

A las 3:00 a.m., a la luz de la luna azul de la madrugada, Marko se deslizó fuera del lecho y se puso sus jeans. Caminó a través de la casa silenciosa, echándole un vistazo a su hija, que dormía profundamente.

Salió a la fría noche y respiró hondo. Un movimiento le llamó la atención y miró para ver al hombre de ropa oscura que se acercaba a él.

El agente del FBI Sam Duarte asintió con la cabeza a Marko.

—Sr. Giotto.

Marko sonrió.

—Sam, llámame Marko, ¿quieres? Estás aquí a todas horas, protegiendo a mi familia. Creo que es correcto que usemos los nombres de pila del otro.

Sam sonrió, pero luego la expresión se desvaneció.

—¿Lo sabe ella?

Marko sacudió la cabeza.

—No. Ella cree que estamos aquí solos y quiero que siga siendo así. Por estas dos semanas, es todo lo que pido. Sunday ha tenido demasiado tiempo siendo vigilada por este imbécil, y, perdóname, pero también por ti. Quiero que piense que es libre —suspiró—. ¿Alguna noticia de Rockford?

—Hemos investigado a Scanlan y a Merchant. Scanlan es muy importante en Nueva York, sería difícil para él, dada su visibilidad, orquestar ese tipo de campaña sin que haya un eslabón débil en su armadura, alguien que lo delate. Marchand... puede parecer un simple turista, pero está ocultando algo. Es rico... y estamos hablando de que podría ser como un Bill Gates tres veces más rico.

—¿Tony? —Marko estaba asombrado—. ¿Asumo que es el dinero de la familia?

—Algunos, pero sobre todo es un hombre hecho a sí mismo. Más viejo de lo que parece, también, y aquí está la sorpresa. ¿Dice que es del noroeste del Pacífico? Nació allí, pero adivina dónde estuvo los últimos cinco años.

—En Nueva York —dijo Marko, y su corazón se hundió. Sam asintió.

—Correcto... y hay más. ¿Su apartamento? A tres cuadras del lugar de Eloy... lo siento, Sunday.

—Mierda. ¿Algo que lo ate a ella?

—No es que hayamos llegado a eso todavía. Todavía está en Rockford, sigue saliendo con esa dulce chica de la cafetería.

—Dios, Daisy... Sam..

—Está bien. Tenemos gente que la cuida. Su hermana, sin embargo, es una bala perdida. Nadie la ha visto en un par de días.

—Mierda. Pero tengo que decirte que Nadia hace eso. Le gusta jugar ese tipo de juegos mentales, especialmente si piensa que no está recibiendo ninguna atención.

—Anotado. Tu madrastra sigue en la ciudad con su amante, pero se rumorea que el compromiso se ha cancelado.

Marko frunció el ceño.

—¿Entonces por qué siguen en la ciudad?

—Scanlan aparentemente está en conversaciones para comprar el resort. Parece que le gusta el lugar.

Marko sacudió la cabeza.

—¿Dices que ha roto con Ciara?

—Aparentemente. Mira, hemos investigado al tipo, y parece estar limpio. ¿Estás seguro de que son los dos únicos recién llegados a la ciudad?

—Hasta donde yo sé. Daisy dijo que correría la voz, que averiguaría si hay otros, por ser un pueblo turístico. La temporada está terminando, pero todavía tenemos muchos excursionistas y escaladores. Será imposible examinar a todo el mundo.

—Sólo déjame saber con quién entra en contacto Sunday, o alguien que actúe de forma sospechosa.

—Lo haré... y gracias, Sam. No puedo agradeceréte lo suficiente.

Sam asintió.

—Sólo cuida de ella, y no te preocupes. Aquí estás a salvo.

Marko volvió a entrar y a la habitación. Se quitó los pantalones y se metió en la cama. Sunday murmuró algo y se acurrucó con él. Marko le besó la cabeza pero no pudo volver a dormirse, sus sueños eran destrozados por horribles pesadillas últimamente. La idea de que alguien lastimara a Sunday, alejarla de él, había sido un dolor peor que el que Ciara le había infligido. Él entendía que desde que Sunday entró en su vida, se había convertido en una persona diferente. Un hombre del que esperaba que sus amados padres estuvieran orgullosos. Ahora sabía que, estando con Sunday, y con ambos siendo padres de su hija, había encontrado su verdadero hogar. Cuando Sunday preguntó si podían vivir aquí, estuvo en la punta de su lengua decir que sí, pero sabía que tenían que volver a Colorado para enfrentarse a su acosador.

No podía vivir sabiendo que en cualquier momento se la podrían quitar. Eso no era aceptable. Así que llamó a Sam Duarte y, entre ambos, idearon un plan para mantener a Sunday y Berry a salvo y felices.

Por ahora... eso tendría que satisfacerlo, pero sabía, sin duda alguna, que haría cualquier cosa - cualquier cosa-, para proteger a la mujer que amaba, incluso si eso significaba matar a otra persona.

## CAPÍTULO DIECINUEVE

---

SUNDAY SABÍA que las dos últimas semanas en la belleza de la Toscana sería un tiempo que nunca, nunca olvidaría. En todos los sentidos, había sido perfecto, y ahora que estaban de vuelta en Colorado, sintió una nueva fuerza en ella. Este era su hogar, esta era su familia, y ella lucharía hasta su último aliento para mantenerlos.

Una semana después de su regreso, Berry había empezado su nueva escuela y le encantaba. Marko volvió a trabajar en su estudio, y Sunday continuaba su labor con los diarios de Ludo. Una mañana, mientras trabajaba, escuchó a Jessi llamándola a ella y a Marko.

—Tienes una visita —dijo en voz baja—. Es ese hombre que vino con Ciara. Dice que quiere hablar con los dos. Puedo pedirle que se vaya, si quieres.

Marko sacudió la cabeza.

—No, quiero oír lo que tiene que decir.

Brian Scanlan les dio la mano a ambos.

—Sr. Giotto, Sra. Kemp, gracias por recibirme.

—¿Qué podemos hacer por usted, Sr. Scanlan?

La voz de Marko era uniforme, pero Sunday podía sentir la tensión que se le escapaba.

—Quería venir a verte, para decirte que siento mucho haber traído a Ciara aquí. No tenía ni idea de su historia compartida, y también quería que supiera que he roto nuestro compromiso.

—Lo que haga con su vida no es de nuestra incumbencia, Sr. Scanlan.

—Brian, por favor. Y todo lo que digo es que no deberías preocuparte de que ella esté en la ciudad. La llevé personalmente al aeropuerto anoche. Es sólo que estaré en la ciudad en un futuro próximo —sonrió—. No puedo resistirme a una oportunidad de negocio y el centro turístico aquí es notable, pero no está bien atendido. Espero restaurarlo.

Sunday lo estaba vigilando.

—Sr. Scanlan, ¿puedo hacerle una pregunta?

—Por supuesto.

—Es sólo que... fui periodista de investigación en Nueva York durante unos años y aún así nunca he oído hablar de usted. ¿Cómo es eso?

Scanlan sonrió.

—Probablemente habrás oído hablar de mi padre, Dimitri Lascus. ¿Propiedades Lascus?

Sunday se sorprendió.

—Por supuesto... lo conocí. Nos encontramos en algunas ocasiones. ¿Es tu padre?

Brian asintió.

—¿Te preguntas por el nombre? La verdad es que nací fuera del matrimonio, y no había conocido a mi padre hasta hace unos años. Me tomó bajo su ala y trabajé anónimamente para él,

encubierto, para que no me trataran como si sólo hubiera adquirido mi posición a fuerza de nepotismo. Fue mi idea, y creo que me respetó más por ello. Hace un año, volvió y me pasó su negocio con una condición. Cambiar el nombre del negocio a mi nombre. Sentía que me lo había ganado.

Sunday asintió con la cabeza, ligeramente sorprendida por su honestidad. Miró a Marko y vio que estaba menos impresionado con su visitante.

—¿Así que has roto con Ciara?

—Lo he hecho. No puedo creer que me haya engañado —sacudió la cabeza—. Tal vez estaba demasiado centrado en el negocio y me dejé atrapar por su belleza —sus ojos azules parecieron serios cuando miró a Marko—. No quería ser manchado por la asociación, eso es todo. Si el trato en la estación de esquí se lleva a cabo, entonces pasaré algún tiempo aquí, y no quería empezar con mal pie.

—Bien —Marko se puso de pie y le ofreció a Scanlan su mano—. Tomaste la decisión correcta para ti y para nosotros. Ella no es más que una aberración viciosa y chupadora de almas de humanos.

Scanlan sonrió a medias.

—Supongo que es la peor recomendación que una persona puede tener. Ojalá lo hubiera sabido al principio. —miró a Sunday y le sonrió—. No todos podemos tener su suerte, Sr. Giotto.

Cuando se fue, Sunday esperó a que Marko dijera algo, pero pareció preocupado. Ella fue a su lado y él la abrazó. Después de un tiempo, murmuró algo en su cabello.

—Lo siento, no lo entendí.

La soltó y la miró, con los ojos preocupados.

—Los diarios de mi padre... sé lo que le dijiste a Ciara, pero...

—Le mentí. No he leído nada que indique que él sabía sobre el abuso. De hecho, rara vez habla de ella. Habla de tu madre, de ti, y de Luke, en realidad. Le gustaba mucho Luke.

Los hombros de Marko se relajaron.

—Lo hacía. ¿Sabes qué? Siento como si Luke y yo nos hubiéramos distanciado, y mucho de eso ha tenido que ver con mi vista. Cree que lo culpo porque no puede hacer nada. No lo hago.

—Dile eso —dijo Sunday, contenta por el cambio de tema—. Deberíamos hacer que venga a cenar. Daisy también —añadió y Marko sonrió.

—¿Estás haciendo de casamentera? Porque lo último que supe era que Daisy estaba saliendo con tu amigo surfista.

Sunday arrugó la nariz.

—Hay algo sobre ese tipo...

—Estoy sorprendido. Parecía que te agradaba mucho cuando lo conociste.

—Ja, ja, chico celoso —ambos se rieron, pero Sunday se encogió de hombros—. Supongo que, dado todo este asunto, no confío en él. Puede que sea bueno, inocente, pero es un extraño en la ciudad y llegó justo antes de la nota.

—También lo hizo Scanlan. ¿Qué piensas de él?

Sunday lo consideró.

—Obviamente, apunta en su contra por estar con la zorra en primer lugar, y sí, creo que es un poco raro que de repente esté interesado en comprar la estación de esquí, pero no soy un promotor inmobiliario. Parecía genuino hace un momento.

—Yo también lo pensé, excepto...

—¿Excepto?

Marko sacudió la cabeza.

—No lo sé. Sólo hay algo... —suspiró—. Probablemente es sólo el hecho de que él estaba con ella. No tengo pensamientos razonables cuando se trata de Ciara Marshall.

—Cariño, eso es comprensible. —lo abrazó—. De todos modos, cambiemos de tema. Ya hemos hablado bastante sobre Brian Scanlan y esa mujer.



BRIAN TIRÓ su chaqueta sobre la silla, ignorando a Ciara. Estaba fumando, y su almuerzo sin comer reposaba sobre la mesa.

—¿Los has visto?

—Sí. Creen que has vuelto a Nueva York.

—Podría hacerlo, en lugar de estar atrapada aquí en esta maldita habitación de motel. Pudiste haberme reservado un lugar en un hotel decente.

—¿Dónde podrías ser reconocida? Aquí, es sólo efectivo y te dejan en paz.

Ciara hizo un ruido de asco y Brian no pudo culparla. La habitación del motel era asquerosa, la colcha probablemente era un hervidero de bacterias. Pero era la única manera de mantenerla cerca y sin ser vista. No tenía intención de dejarla volver a Nueva York. Además, mientras él mantuviera la promesa de Marko sobre ella, ella haría lo que él quisiera.

—Así que —dijo ahora, aplastando su cigarrillo—. ¿Sigues jadeando por esa pequeña puta? ¿Qué crees que pasará? ¿Por qué diablos alguien dejaría a Marko Giotto por ti?

Brian sonrió, sin morder el cebo.

—En serio, Ciara, ¿qué te hace pensar que le voy a dar a elegir en este asunto?

Se encontró con su mirada y se sintió satisfecho de verla temblar. Sí, lo había entendido. Él era el que tenía todo el poder aquí.

—¿Y qué le harás cuando se pelee contigo?

Ciara pareció esperanzada y Scanlan decidió lanzarle un hueso.

—Sunday aprenderá a hacer lo que quiera, cuando quiera, como quiera, o su vida terminará de la manera más dolorosa que puedas imaginar. Despacio. Íntimamente.

Eso atrapó a Ciara. Sonrió, como un gato, y se acercó a él.

—Dime —dijo ella con voz ronca, frotando su ingle contra él—. Describe cómo la matarás.

Brian sonrió y durante los siguientes minutos, mientras describía la muerte que había planeado para Sunday, se folló a Ciara, fría y clínicamente. No es que le importara. Ella estaba demasiado excitada por su sed de sangre.

—¿Por qué ella? ¿Cuándo la viste? ¿Cuándo decidiste que la querías?

Brian puso los ojos en blanco.

—¿Estás realmente interesada? ¿Por qué? ¿Cuándo decidiste que ibas a violar y abusar de Marko Giotto?

—En el día de mi boda —sonrió asquerosamente—. Era... es... tan hermoso. ¿Quién no lo querría? Esos ojos, esas pestañas oscuras, ese cuerpo. Su boca. Cristo, la primera vez que lo hice caer sobre mí...

—Suficiente —Brian parecía disgustado y Ciara se rio.

—¿Tienes el descaro de juzgarme cuando acabas de describir lo que vas a hacer con tu zorra?

No le contestó y Ciara suspiró.

—Así que, vamos. ¿Por qué ella?

Por un momento, dudó. ¿Realmente quería compartir ese primer avistamiento de Sunday, Eloy, como era entonces? ¿Esa vez en la biblioteca de la universidad?



Había ido allí para encontrar a alguien a quien matar. Otra chica para matar. Eso era lo suyo y su padre lo sabía y lo animaba.

—Sólo asegúrate de que nunca te descubran.

Esa fue la verdadera razón por la que su padre no le dio su nombre. Pero Brian nunca fue atrapado. Nunca violó a sus víctimas; eso no era lo que quería de ellas. Sólo quería verlas sangrar.

Pero cuando vio a Sunday, supo que quería más. Quería su piel junto a la suya, ver su boca abierta en un jadeo extático mientras le hacía el amor; quería que se doblara a su voluntad en todo. Quería ser su dueño.

El hecho era que se había graduado sólo unos días después de que él la viera por primera vez y luego había desaparecido. En ese momento, no tenía los recursos para encontrarla y no había querido pedirle ayuda a su padre. Él, aún más retorcido que Brian, habría querido saber por qué no había matado a la chica. No habría entendido la necesidad de poseerla.

Así que había regresado a sus viejas costumbres hasta que un día apareció como reportera en su televisión. Entonces había empezado. Ella había sido promovida rápidamente como ancla y luego su campaña había comenzado. Flores para el estudio. Siguiéndola hasta su casa. Interfiriendo en su vida de maneras pequeñas, sutiles. El día que la vio con ese idiota de Guido... Dios, su rabia se había consumido. Se había ido a su casa, sin molestarse en encender la luz. Los vecinos se habían quejado del ruido que venía del lugar. Que se fueran al demonio. Le había costado todo el control para evitar matarla en ese momento.

Más tarde, usó su dinero para llevar la cuenta de toda su vida. Hizo que su gente entrara en su apartamento, poniendo cámaras por todas partes. No había ningún lugar donde ella estuviera a salvo de él. Había contratado a alguien para solicitar un trabajo en la estación de noticias para conocer todos sus movimientos. El hombre fue el que le dijo cuándo y dónde estaría esa noche que había enviado a alguien a matar a Guido.

Cuando el hombre lo llamó para decirle que también había disparado a Sunday, Brian gritó por el teléfono. Se había colado en el hospital, sabiendo que si ella moría, eso habría sido todo. No tendría ninguna razón para vivir.

Aún recordaba la noche en que logró entrar en su habitación, diciéndole a la enfermera nocturna que era su primo. La primera vez que le tocó la mano, le acarició la cara mientras dormía. Casi había muerto, le habían dicho, pero estaba aguantando. Había pasado media hora con ella antes de oír voces en el pasillo y haber escapado, pero eso había sido suficiente para saber que ella iba a vivir.

Durante el año siguiente, dedicó su tiempo a observar su recuperación. No se había sorprendido de que, durante el tiempo que estuvo en casa, se volviera sospechosa, paranoica, incluso, y cuando encontró sus cámaras, lloró la pérdida del amor de su vida. Ella había vuelto a trabajar nueve meses después y él, de nuevo, pensaba que tenía todo el tiempo del mundo.

Hasta que Eloy Marti desapareció para siempre. Todavía le obsesionaba que la única razón por la que la había encontrado era un encuentro al azar con Ciara Marshall. Para Brian, era sólo otra señal de que él y Sunday estarían juntos. Deberían estar juntos.

Y pronto lo estarían, viviendo juntos como marido y mujer en su isla del Caribe. Daría a luz a sus hijos y ella lo amaría a él y a ellos como ninguna otra mujer podría. Sería toda suya, dándole su cuerpo, su alma, su corazón. Nunca más mencionaría a Marko Giotto o a su hija, o a cualquier otro hombre. Ella le pertenecería únicamente a él y él decidiría si ella se despierta todos los días, si respira y exhala, y por cuánto tiempo.

Y si ella no estaba de acuerdo, él la haría sufrir los tormentos de los condenados antes de

matarla.

## CAPÍTULO VEINTE

---

DURANTE UNAS SEMANAS, Sunday casi logró olvidar que su acosador la había encontrado. Nada parecía fuera de lugar o amenazante y en cambio, su felicidad aumentaba cada día a medida que ella, Marko y Berry se acercaban más como familia.

Ella y Marko también estaban entusiasmados por haber tomado la decisión de tener un hijo, pero hasta ahora, no se había quedado embarazada. No estaba preocupada; tenían todo el tiempo del mundo y su forma de hacer el amor mejoraba cada vez que aprendían lo que al otro le gustaba hacer y lo que le gustaba que le hicieran.

También se acercó mucho más a Daisy y a Luke desde que los invitaron a cenar con ellos. La relación de Daisy con Tony se había convertido en amistad, les comentó, pero eso estaba bien. Sunday notó los ojos rojos de Daisy en una ocasión y le preguntó sobre ello, pero ella le dijo que no había sido Tony quien la había molestado, sino Nadia.

—Nos estamos distanciando —le dijo Daisy—, y no sé por qué. No tiene nada que ver con que tú y yo seamos amigas, estoy segura, pero ella no me habla, no sobre nada que importe.

—Lo siento mucho, Daisy —Sunday abrazó a su amiga, deseando poder hablar con Nadia por ella, pero sin querer interferir.

Por casualidad, tuvo la oportunidad más tarde en la misma semana. Ella y Jessi habían conducido hasta una tienda de comestibles en Telluride, y cuando Sunday se acercó al pasillo de la panadería, vio a Nadia mirando fijamente el pan en venta. Le tocó el brazo suavemente.

—¿Nadia?

Ella se giró, parpadeó y le dio una media sonrisa, lo cual era inusual en sí misma.

—Sunday, hola.

—¿Estás bien?

La miró durante un largo momento y luego sacudió la cabeza.

—No. No lo estoy. No lo estoy.

Y para el asombro Sunday, Nadia empezó a llorar. La rodeó con sus brazos y la abrazó fuertemente, sintiendo que Nadia la abrazaba y apretaba su espalda. Liberó a Nadia, que seguía llorando, antes de ofrecerle un pañuelo.

—Gracias —dijo, se limpió los ojos y se sonó la nariz—. Lo siento... no quise hacer eso. Es sólo que... Sunday no puedo hablar con Daisy sobre esto. La mataría.

—¿Qué pasa, cariño? —eso era un nombre que Sunday nunca pensó que usaría para llamar a Nadia Fielding.

Agitó la cabeza.

—Me enteré el otro día... que estoy enferma. Es tan ridículo, me sentía bien hasta hace un par de semanas y ahora... —miró a Sunday—. Etapa IV.

Lo dijo simplemente, y Sunday sintió una sacudida.

—Oh no. Oh, Nadia, lo siento mucho.

—Gracias. No me merezco eso de ti; no he sido la más amigable contigo.

—Nunca es demasiado tarde —Sunday se maldijo a sí misma tan pronto como las palabras salieron—. Quiero decir...

Nadia sonrió.

—Está bien, sé lo que quieres decir. Y tienes razón. No es demasiado tarde.

Sunday le tomó la mano.

—Pero creo que tienes que decírselo a Daisy. El shock para ella... es mejor saberlo. Sé lo que es perder a alguien en un abrir y cerrar de ojos.

Nadia asintió.

—Lo sé, las palabras viajan rápido por aquí. Te busqué en Google. Eloy Marti. Sunday te sienta mejor.

Se rio entre dientes.

—Me siento más yo misma como Sunday, extrañamente. Esa vida me parece tan lejana. Mira, estaré ahí para ti y Daisy durante todo esto. Lo que necesites, cuando lo necesites.

—Gracias, Sunday. Te lo agradezco. Mucho.

La dejó con la promesa de llamarla más tarde y acordaron ir a ver a Daisy juntas. Jessi la estaba esperando, sonriendo.

—Tú y Marko son tan parecidos a veces. Los dos coleccionan vagabundos.

—Yo era una de esos vagabundas —dijo Sunday con una risita—. Así se demuestra que las familias se hacen, no nacen.

—Amén a eso.

Mientras salían de la tienda, Sunday miró al otro lado de la calle. Vio a Brian Scanlan sentado fuera de una cafetería. Debió sentir su escrutinio cuando levantó la vista y levantó su copa hacia ella. Sólo le dio una media sonrisa, ya que no le gustaba mucho el hombre y esperaba que no se acercara.

—Vamos, Jessi —ella miró hacia otro lado y se subió al auto. Jessi entró y se congeló.

—Cielos, se me olvidó la pasta de dientes. Espérame cinco, Sunny.

Maldita sea.

Mientras esperaba, vio a Scanlan levantarse y caminar. Bajó la ventana, suspirando, y luego sonrió.

—Hola de nuevo.

—Siempre es un placer verla, Srta. Kemp.

—¿Algún progreso en la estación de esquí?

Scanlan sonrió.

—Los papeles fueron firmados esta mañana.

—Felicitaciones.

—Gracias —tenía las manos en la puerta y se inclinó más cerca—. Debes venir alguna vez. Puedo darte el tour personal.

La piel de la parte posterior de su cuello se erizó de forma desagradable. Estaba absolutamente segura de que Marko no estaba incluido en esa invitación. Había algo asqueroso en Scanlan, se dio cuenta, algo que hacía que su estómago se apretara con inquietud.

—Esquiar no es realmente lo mío, pero gracias.

—Hay otros pasatiempos placenteros además del esquí. Podría mostrarte algunos de ellos.

Su significado estaba absolutamente claro ahora y Sunday, con alivio, vio a Jessi salir de la

tienda.

Asintió con la cabeza a Scanlan, que se alejó.

—En otra ocasión, Sra. Marti.

No fue hasta que ella condujo hasta la mitad del camino de regreso a Rockford que Sunday se dio cuenta de cómo la había llamado.

Ella estuvo muy callada durante toda la cena y más tarde, cuando Berry estuvo dormida, Marko fue a buscar a su amante.

Estaba sentada en su oficina, leyendo otro de los diarios de su padre.

—Hola, chica bonita —se sentó a su lado y le puso el brazo alrededor de los hombros—. ¿Estás bien? Parece que estás un poco fuera distraída.

Sunday apoyó su cabeza en su hombro.

—Sólo pensando en cosas. La vida. Hoy he visto a Nadia.

—¿Lo hiciste? Es extraño, no he oído hablar de ninguna pelea de chicas.

—Ja, ja —se rio y luego suspiró—. En realidad, hablamos. Tiene algunas cosas en marcha, y necesitaba una amiga.

—Vaya.

—Sí.

Le besó la sien.

—Haciendo amigos en todo el estado.

Sunday asintió con la cabeza pero no sonrió.

—Y vi a Brian Scanlan. Creo que nuestras primeras impresiones de él eran correctas. Es un asqueroso.

Los ojos de Marko se entrecerraron y él la estudió.

—¿Se te insinuó?

Sunday asintió con la cabeza y Marko tuvo que aplacar la punzada de celos que llevaba dentro.

—Lo rechacé rápido. Ugh. ¿Por qué los hombres hacen eso? Sabe que estamos juntos, así que ¿por qué demonios pensaría que le respondería de esa manera?

Marko se ahogó con una réplica. No era culpa de Sunday.

—No todos los hombres, pero tú eres una mujer hermosa. Al imbécil probablemente sólo le gusta probar suerte.

—Imbécil, tienes razón. Como si fuera a ir por cualquiera que haya estado con Ange... mierda, cariño, no quise decir...

Marko se había levantado y estaba paseando por la habitación. Sunday se levantó y lo alcanzó, pero él se alejó de ella. Sus ojos se llenaron de lágrimas.

—No quise decir... no estabas con ella, Marko, ella abusó de ti. Me equivoqué. Lo siento, no me refería a ti.

Marko respiró hondo.

—Pero yo estuve con ella. Tuvimos sexo.

—No. La violación no es sexo, Marko. Es violencia, violencia sexual. ¿Alguna vez buscaste relaciones sexuales con ella?

—Por supuesto que no.

—Bueno, entonces... lo que quise decir fue que Scanlan se cogió voluntariamente a esa araña. Por favor, Marko, no te alejes; debes saber que eso fue lo que quise decir.

Por un momento, Marko tuvo ganas de huir. No quería sentirse mancillado o indigno del amor de Sunday, pero tenía que admitir que estuvo en el fondo de su mente, siempre. Había algunos daños que aún no había asumido.

Sin embargo, al final no pudo soportar el alejamiento. Él abrió sus brazos y ella se acercó, con el alivio claro en su cara.

—Te quiero —dijo—. Te quiero a ti y sólo a ti, para siempre. Tú eres mi razón de vivir, Marko.

Presionó sus labios contra los de ella, sus palabras fueron un bálsamo para su mente fracturada, y supo que, para seguir adelante, tendría que lidiar con lo que sentía por lo que Ciara le había hecho.

La idea se le ocurrió durante la noche, y despertó a Sunday, disculpándose.

—Necesito preguntarte algo antes de acobardarme.

Se frotó los ojos con sueño y se sentó.

—¿Qué pasa, cariño?

—Lo que le dijiste a Ciara, acerca de que fuiste encubierta para conseguir mi historia... ¿y si eso fuera verdad? ¿Y si volvieras a la carrera que dejaste? Periodismo. Ayúdame a contar mi historia, Sunday. La prescripción de su arresto ya pasó... pero aún podemos exponerla.

Sunday lo miró fijamente durante un largo momento, y luego sonrió.

—Lo haremos, cariño. La haremos caer.

## CAPÍTULO VEINTIUNO

---

NINGUNO DE LOS dos se dio cuenta de lo que les costaría revivir y escuchar los horrores del abuso de Ciara. A menudo, Sunday terminaba sollozando de rabia, o Marko sentía que no podía afrontar el recuerdo, pero juntos superaron lo peor. Sunday trabajó en la historia, y Marko estaba aturdida y emocionada por su amor a su profesión, viendo finalmente lo que había dejado atrás.

Él, a su vez, aumentó sus esfuerzos para encontrar a su acosador y librarlos de su amenaza. Hubo algunos incidentes que les preocuparon: llamadas telefónicas silenciosas, coronas de flores muertas dejadas a las puertas de la propiedad.

—Es tan... prosaico —dijo Sunday después de uno de los incidentes—. Es sólo que... todo el tiempo en Nueva York, y jamás hizo nada de esto. Quiero decir, envió flores, pero no muertas, y nunca, nunca me llamó. Tal vez no sea él. ¿Quizás es Ciara la que nos está jodiendo?

—Ella sería así de mezquina —acordó Marko—, y sí, no tiene la imaginación para ser original.

—Está leyendo el Libro de Jugadas del Acosador —bromeó Sunday.

—¿Como aquella película?

Sunday se rio.

—Ese es el libro de jugadas de Silver Linings. El que está usando Ciara no tiene un resquicio de esperanza. Al menos no para ella.

Ella chocó los cinco con un Marko sonriente.

Además de volver a escribir, la amistad de Sunday con Nadia fue una fuente de gran alegría y tristeza. La apoyó con Daisy cuando le dio la noticia de su cáncer, y Marko le dijo a Nadia que él cubriría sus facturas médicas.

—Encontraremos los mejores especialistas, Ari —le dijo—, no nos daremos por vencidos.

Todo el comportamiento de Nadia se suavizó y a menudo venía a jugar con Berry y a cenar con ellos. Cuando sus médicos le dijeron que su cáncer se había extendido a un solo lugar de su cuerpo, su riñón, Nadia encontró por fin algo de esperanza.

La relación entre Sunday y Marko se estrechó a medida que trabajaban juntos en la historia. Una noche, tarde, mientras estaban juntos después de hacer el amor, Marko extendió sus dedos sobre su vientre.

—Un día.

—Un día —aceptó, sonriéndole—. No me voy a estresar por ello. Sucederá naturalmente.

Empezaron a ser complacientes. Ella a menudo conducía para recoger a Berry de la escuela y aunque Marko quería que se llevara a un guardia de seguridad con ella, a menudo se negaba.

—No seré enjaulada, Mark —dijo con determinación—. Puede conducir en un auto detrás. Pero necesito cantar Britney Spears cuando estoy conduciendo y nadie debe ser obligado a

escuchar eso.

Marko se rio.

—Bien. Pero él estará detrás de ti.

—No hay problema.

Sunday sabía que no tomar el guardaespaldas sería probar suerte. Las llamadas telefónicas y las flores dejaron de llegar y ella esperaba, contra toda esperanza, que su acosador finalmente se rindiera.

Estacionó el auto frente a la escuela y salió, asintiendo al guardaespaldas del auto de atrás. Entró en el patio de la escuela esperando conseguir a Berry esperándola. No había nadie allí y, frunciendo el ceño, entró en la escuela.

Los pasillos estaban en silencio y ella comenzó a caminar más rápido, hacia el salón de clases de Berry. Se abrió paso y se detuvo, con el corazón acelerado.

La maestra de Berry estaba sentada, con la cara pálida, mientras Ciara le ponía una pistola en la cabeza. Berry, con la cara llena de lágrimas, estaba en los brazos de Brian Scanlan, que sonreía agradablemente hacia Sunday.

Lo supo, inmediatamente. Dios, ¿cómo no lo había visto?

—Por favor... si quieres que vaya contigo, no les hagas daño.

Brian sonrió.

—Querida, parece que crees que estás a cargo. Así es como va a funcionar. Tú y la pequeña vendrán conmigo. Cuando estemos fuera de Rockford, llamaré a Ciara y ella liberará a esta encantadora dama aquí.

—No —Sunday sacudió la cabeza—. Déjala a ella y a Berry aquí, y yo iré contigo.

—Hmm —Brian puso su cabeza de lado—. Comprometámonos. Ciara, dispárale a la maestra, ¿quieres?

—¡No! —Sunday se abalanzó sobre Ciara, quitándole el arma de la mano—. Corre —le gritó a la mujer, que corrió. Brian tranquilamente sacó su arma y le disparó por la espalda mientras corría. Se tambaleó pero siguió adelante hasta que se desplomó por la puerta al aire libre.

Ciara tenía sus manos alrededor de la garganta de Sunday, apretando y apretando cada vez más. Brian, sosteniendo a Berry que gritaba, golpeó la cabeza de Ciara con el arma y ella se desplomó encima de Sunday.

Sunday la empujó y se puso de pie, jadeando para respirar. Brian le apuntó con el arma.

—Sólo nosotros tres entonces.

—Por favor —le suplicó Sunday—, deja a Berry aquí. Iré contigo...

—No. Ella es mi póliza de seguro. Ahora, muévete.

Sunday no tuvo más remedio que moverse, con los ojos puestos en Berry.

—Al menos déjame sostenerla.

Brian empujó a la chica gritona hacia Sunday, que la acunó en sus brazos.

—Está bien, cariño, está bien.

Los hizo salir por la entrada trasera. Afuera, ya se podían oír las sirenas.

—Sube al auto y agáchate. Si nos ven, le dispararé a la niña primero.

Se subieron al asiento trasero de su camioneta y Sunday sujetó a Berry fuertemente, rezando para que la policía los alcanzara, que la maestra no estuviera seriamente herida y pudiera alertar a su guardaespaldas.

Cuando salieron de la ciudad, estudió a Brian desde el asiento trasero.

—¿Fuiste tú en Nueva York? ¿Guido? —Brian sonrió.

—No tienes ni idea de cuánto tiempo te he esperado, Eloy. Ni idea. Te vi comer, dormir, follar,



vivir por años. Conozco cada centímetro de ti. Fuiste mía en el momento en que te vi en la biblioteca de Harvard.

Sunday dio un pequeño suspiro.

—¿Eras tú? —dijo un resoplido de risa burlona—. ¿Sabes que te conocían como el asqueroso de la biblioteca? Así es como todos te llamamos.

Un satisfactorio destello de ira llegó a sus ojos.

—Sin duda, algunas de las chicas que maté también me llamaron así. No se reían cuando estaban muriendo, te lo aseguro.

Su sangre se enfrió. Tenía que alejar a Berry de este psicópata.

—¿Qué es lo que quieres, Scanlan? ¿Matarme?

—No a menos que tenga que hacerlo, Eloy.

—Me llamo Sunday.

—Lo que sea —se rio burlonamente—. Sunday Scanlan me suena bien.

—¿Es eso lo que se necesita para que dejes ir a Berry, que me case contigo?

—Entre otras cosas.

Dios.

—¿Adónde nos llevas?

—A algún lugar donde podamos hablar. Una vez ahí puedes mostrarme lo que estás dispuesta a hacer para salvar la vida de la niña y la tuya propia.

Sunday sabía que ella prefería morir antes que dejar que él la tocara.

—Será mejor que conduzcas a Las Vegas —dijo, esperando que sus bravuconadas se mantuvieran—. Porque no voy a hacer nada hasta que dejes ir a Berry.

—Entonces a Las Vegas es a donde nos dirigimos —dijo con calma, sabiendo que era un farol—. Nuestra noche de bodas será espectacular —sus ojos se encontraron con los de ella en el espejo retrovisor. Sunday mantuvo su mirada todo el tiempo que pudo antes de mirar a otro lado y odiaba que se riera de ella—. Buena chica. Ahora, haz callar a la niña. Tenemos un largo camino por delante.

## CAPÍTULO VEINTIDÓS

---

MARKO SINTIÓ una calma helada asentarse sobre él cuando la policía y su equipo de seguridad le dijeron lo que había pasado.

—¿Dónde están ahora?

—Saliendo del estado, pensamos. Estamos revisando las cámaras de seguridad y el helicóptero de la policía está tratando de localizarlas. No pueden haber llegado muy lejos.

—Necesito involucrarme —dijo—. Tienes que dejarme ir contigo.

—Señor...

—Es mi hija y mi... —se ahogó—. Mi Sunday. Mis chicas. Si no me dejas ir contigo, contrataré a mi propio piloto de helicóptero.

Finalmente lo convenció de ir en el helicóptero. Una hora más tarde, recibieron la noticia de que hubo un avistamiento en la I-70.

—Creemos que están en un todoterreno negro. Conduce con mucho cuidado, por debajo del límite de velocidad, tratando de no ser visto.

Marko trató de no dejar que su pánico se manifestara. Se acaba de maldecir a sí mismo de que no había visto a Scanlan como era. ¿Qué clase de coincidencia llevaría a sus dos atormentadores a unir sus fuerzas? ¿Ciara sabía quién era Scanlan cuando llegó a Colorado? Marko apostaría por ello. No es que le haya servido de nada, ahora estaba bajo custodia, acusada de secuestro y asalto con un arma mortal.

Ciara se negaba a hablar, sin embargo, pero Marko sospechó que eso cambiaría cuando fuera amenazada con una sentencia de por vida. Mientras viajaba con la policía, se frustró porque no parecían estar tratando de detener el auto, sin embargo.

—Sr. Giotto, es una situación de rehenes. No podemos arriesgarnos a que saque el auto de la carretera o a que hiera a alguien en un esfuerzo por escapar. Sabemos que está armado. Averigüemos adónde van. Tan pronto como se quede sin gasolina, lo tendremos.

Parecieron horas antes de que se lo dijeran.

—Los hemos localizado. Creemos que van a Las Vegas.

Sunday estaba sentada sosteniendo a Berry, que finalmente se había dormido en sus brazos. Se sintió beligerante, ignorando a Scanlan cuando intentaba hablar con ella. Simplemente se encogió de hombros y condujeron en silencio durante horas. Ella había oído los helicópteros volando por encima y sabía que estaban siendo rastreadas y eso le daba esperanza. Pasó por varias situaciones en las que pudo haberlo atacado, y si hubiera estado sola con él, lo habría intentado, pero no podía arriesgar la vida de Berry. Todo el secuestro parecía mal planeado, ¿se vio obligado a precipitarse por Ciara? ¿Y cómo? Podría haberla matado. Nada de esto tenía mucho sentido.

Todo lo que importaba ahora era asegurarse de que Berry estuviera a salvo. Presionó sus

labios contra la frente de la niña dormida y supo que aunque Berry no fuera su propia hija, no podría amarla más.

—No dejaré que le hagas daño.

Scanlan encontró su mirada en el espejo retrovisor.

—Haz lo que digo y la niña estará a salvo. En el momento en que digas que sí, Sunday, la dejaré ir.

No dijo nada. Adivinó por qué la policía se quedaba atrás, pero se preguntó cómo Scanlan imaginaría que le dejarían salirse con la suya. Tal vez contaba con que ella les dijera que se había ido con él voluntariamente. Estaba loco.

Por supuesto, está loco, es un estúpido, se dijo a sí misma. Para empezar, esperó durante años. Y todo para volverse loco y delirante. Capaz de cualquier cosa.

—¿Fuiste tú quien le disparó a Guido? ¿Me disparaste?

Scanlan agitó la cabeza.

—No. Se suponía que sólo debía sacar a Guido de la ecuación.

Los ojos de Sunday se llenaron de lágrimas.

—Bastardo. Guido era un millón de veces más hombre que tú.

—Aún no sabes quién soy —dijo con calma—. Cuando lo hagas, lo entenderás.

—¿Que estás delirando? Creo que lo he entendido.

Ella no pudo evitar hablarle bruscamente, pero de nuevo, él mantuvo una calma helada.

—Sunday... nuestra vida juntos será feliz. Puedo prometerte eso. Trabajarás para hacerme feliz, o acabaré con tu vida. Es así de simple. Cuando nos casemos, haré que nos lleven a nuestro nuevo hogar. En cualquier momento, si me desobedeces, añadiré unas cuantas balas más a la que tienes en la columna vertebral.

—¿Cómo sabes lo de la bala en mi columna?

—Yo estaba allí, en el hospital. Incluso te sujeté la mano.

Para Sunday, el conocimiento de que él había estado allí mientras ella estaba en coma era demasiado para soportar.

Realmente se había inmiscuido en cada parte de su vida.

—¿Por qué yo? —susurró desesperadamente—. No soy nada especial. ¿Por qué yo?

—Eres una diosa —finalmente, sonaba enojado, apasionado—. Tú, Sunday, lo eres todo. Todo.

Se preguntaba cómo podía hacer que unas palabras tan bonitas sonaran tan aterradoras. Ella se encontró con su mirada de nuevo y vio su locura en sus ojos azules. Obsesión.

*Oh, Dios, Marko... No creo que vaya a lograrlo... Te amo. Te quiero tanto.*

Horas después, condujeron hasta Las Vegas. Los ojos de Sunday estaban irritados por el cansancio y las lágrimas silenciosas que había derramado. Berry estaba despierta pero asustada en un silencio mortal. Miró a Sunday con enormes ojos aterrorizados y Sunday la abrazó con fuerza.

El auto se detuvo y Scanlan la hizo salir. Estaban en una pequeña capilla blanca. Era de mal gusto más allá de lo creíble y si hubiera estado allí con Marko, se habrían reído y bromeado.

Pero el arma apretada a su lado no era un asunto de risa. Vio llegar unos autos y una flota de oficiales de la policía salir, pero Scanlan sólo les sonrió y forzó a Sunday y Berry a entrar.

Dentro, la recepcionista se puso de pie en alarma cuando vio el arma.

—Hola —dijo Scanlan con una voz amistosa—. Un matrimonio por favor. Ahora mismo.

Fueron llevados rápidamente a la capilla, y la otra pareja parecía molesta por haber sido empujada a terminar rápidamente. Estuvieron menos molestos cuando vieron el arma, y aún más aterrorizados cuando se les pidió ser los testigos con fingida cortesía. Ambos asintieron con la

cabeza, sin apartar nunca la vista del arma. Scanlan le dijo al empleado que se diera prisa.

—Parece que tenemos una compañía no deseada, así que si pudiéramos hacer esto rápido...

Marko irrumpió en la habitación, seguido por un grupo de policías que obviamente habían estado tratando de detenerlo.

—Me opongo —gruñó.

Scanlan se rio.

—Aún no hemos llegado a esa parte, imbécil.

Alcanzó a Berry pero Sunday fue demasiado rápida para él. Ella le pisó el empeine y luego empujó a Berry tan fuerte como pudo al adulto más cercano.

—¡Marko!

Scanlan la agarró, apretando el arma contra ella otra vez mientras Marko, agarrando a su hija, la pasó a un oficial de policía y se volvió para enfrentar a Scanlan. La boca del arma se sentía dura contra las costillas de Sunday, si se disparaba ahora, su corazón se destrozaría en un segundo. Los ojos de Marko nunca dejaron el arma.

—Scanlan, se acabó. Déjala ir.

Los labios de Brian se presionaron en la sien de Sunday.

—Esta es mi oportunidad, Giotto. Sabía que llegaríamos a esto, pero que estés aquí para verla morir lo hace mucho mejor.

Sunday no iba a morir en silencio. Ella luchó con él, golpeando con su codo el centro de su cuerpo una y otra vez. Cada arma de la policía estaba apuntando hacia Scanlan, tratando de conseguir un tiro claro...

En un último intento, Sunday usó el peso de su cuerpo para intentar despistarlo, doblando el esfuerzo. Los disparos sonaron, ensordeciéndola y sintiendo que era impulsada por el aire. Había dolor. El aliento en sus pulmones se escapó de ella.

Entonces los brazos de Marko la rodearon y al abrir los ojos, vio a Scanlan caer y sólo sintió alivio. Se rio, sobre todo por el shock, y miró a Marko.

—Hola.

Los ojos de Marko estaban casi desbordándose en lágrimas.

—Cariño, aguanta, te tenemos... aguanta...

¿Por qué le decía que aguantara? Estaba a salvo; era libre.

—Marko, estoy bien.

Él sacudió la cabeza y ella vio la sangre.

—No, cariño...

A medida que la adrenalina se filtraba, comenzó a sentir el dolor, un dolor muy familiar. Oh, maldición, maldición... no otra vez... no esto... su pecho...

La voz de Marko comenzó a sonar como si viniera del interior de una tumba, o del final de un túnel muy largo.

—Por favor, ayúdenos, le han disparado... le han disparado...

Lo último que ella recordó fueron sus hermosos ojos verdes, llenos de lágrimas, y su voz, rogándole que viviera.

## CAPÍTULO VEINTITRÉS

---

—¿MAMÁ?

Sunday pensó que debía estar escuchando voces. Le dolía todo el cuerpo, la cabeza le palpitaba de dolor. Y sabía que no era una mamá. Todavía no. Tal vez nunca.

—¿Mamá?

Abrió los ojos para ver a una hermosa niña de cabello oscuro y ojos verdes brillantes sostenido por el hombre más hermoso que había visto.

—¿Estoy muerta?

—No, cariño, no. Vas a estar bien.

—Mami —la niña extendió la mano y Sunday extendió los brazos. Él puso a la chica en ellos.

—Cuidado, Berry, no lastimes a mami.

Pero no era su mamá. Desearía serlo, desearía, desearía... Sunday mantuvo a Berry cerca, respirando su olor reconfortante.

—Hola, nena.

—Te quiero, mami —sintió el aliento caliente de Berry en su mejilla mientras la abrazaba.

—Desearía ser tu mami —Sunday comenzó a llorar—. Desearía serlo.

—Eres mi mami —dijo Berry fervientemente—. Recé y le pregunté a mi mami Lindsay si le importaría que tuviera una nueva mamá. Del dije que nunca la olvidaría, lo prometí. Papá dijo que podía tener dos mamás si quería.

Sunday empezó a llorar en serio entonces. Con los ojos rojos, Marko se sentó al borde de la cama y Sunday lo miró.

—¿Qué ha pasado?

—Scanlan se libró de un disparo antes de que lo mataran. Golpeó tu caja torácica y rebotó pero te rompió la costilla. Estaban preocupados de que la costilla rota hubiera atravesado tu corazón pero tuviste suerte. Tuvimos suerte. Dios, Sunday, te quiero tanto... Tenía tanto miedo de perderte.

—Nunca, nunca me perderás.

Se agachó y le besó la boca.

—Esto somos nosotros. Esta es nuestra familia, y somos indestructibles —dijo fervientemente.

Berry los miró.

—Papá, mamá... ¿cuándo se van a casar? —Marko sonrió, mirando a Sunday.

—En el momento en que mami diga...

—Acepto —terminó para él y se rieron.

—Diablos, sí.

Berry parecía encantada, pero también puso una cara.

—Hiciste un juramento.

—Así que yo... ¿me perdonaste?

Berry asintió y se rieron. Marko acarició el cabello de Sunday.

—Tienes otros visitantes. Jessi, Daisy y Nadia están fuera.

—¡Bueno, tráiganlas! Necesitaré algunas damas de honor para que acompañen a mi florista, aquí.

Todas entraron y la abrazaron suavemente. Sunday se encontró abrumada por el amor de sus amigas. Su familia.

Marko se excusó y volvió una hora después.

—Cariño, hay algunas personas aquí que quieren verte... ¿puedo pedirles que pasen? No estás muy cansada, ¿verdad?

Sacudió la cabeza, con curiosidad por saber quién era. Jessi, Daisy y Nadia estaban claramente a sabiendas del secreto porque todas sonreían y hacían sitio a su lado. Marko asomó la cabeza por la puerta.

—Ya puedes entrar.

La primera persona que atravesó la puerta le quitó el aliento a Sunday. Rae, su asistente de Nueva York, dio un grito y se lanzó sobre Sunday, que estalló en lágrimas, abrazando a su vieja amiga con fuerza. Su antiguo jefe y algunas personas de su antiguo equipo de trabajo fueron los siguientes, y luego, por último, un visitante que Sunday -o Eloy-, no esperaba volver a ver.

Patricia Wheeler, la madre de Guido, se paró en la puerta y se miraron la una a la otra. Por un momento, ninguna de las dos dijo nada. Entonces Patricia extendió sus manos y dijo simplemente:

—Perdóname, querida. Nunca debí haberte abandonado.

Mientras las dos mujeres se abrazaban fuertemente, Sunday miró por encima del hombro de Patricia a su familia, a su extensa familia, y luego a su amor. Marko.

—Gracias —le dijo ella—. Te amo.



UN MES MÁS TARDE, de vuelta en Colorado, sus vidas volvieron a establecerse, Sunday fue a buscar a Marko. Estaba en su estudio, pintando, decidido a trabajar con su nueva realidad. Los colores de sus ojos se estaban desvaneciendo rápidamente, pero se negó a deprimirse por ello.

Ella se acercó a él, deslizando sus brazos su alrededor y sintiendo como él le besaba la frente.

—Hola, cariño.

Lo miró.

—Hola, guapo. Los terminé.

—¿Los diarios de mi padre?

Ella asintió con la cabeza y él respiró profundamente, esperando que le dijera lo que sabía.

Sunday le sonrió.

—No sabía nada, Mark. No sabía nada de que ella abusara de ti.

El alivio era obvio. El cuerpo de Marko se hundió y dejó salir un largo aliento.

—Gracias a Dios. Gracias a Dios.

—La cereza de todo es... él sabía que había cometido un error al casarse con ella. Estaba planeando divorciarse; ya la había sacado del testamento, como sabes. Todo lo que le importaba eras tú.

Marko apoyó su cabeza sobre la de ella.

—Me alegro de que no lo supiera, por su bien y el mío. Lo habría matado.

—Te quería tanto, Marko, y estaba tan orgulloso de ti. Tan, tan orgulloso del hombre en el que

te has convertido.

—Gracias, nena. Dios... —la levantó y la hizo girar y Sunday se rio. Mientras la bajaba, presionó sus labios contra los de ella.

—Deberíamos celebrarlo.

Él ya la estaba desabrochando mientras ella le sonreía.

—Bueno, Berry está dormida...

—Entonces no deberíamos hacer mucho ruido.

—Buena suerte con eso —se rio mientras él le quitaba la camisa de los hombros y comenzaban a hacer el amor hasta bien entrada la noche.

EL FIN.

## EPÍLOGO

DESPUÉS DE SOBREVIVIR a la obsesión de un acosador, Sunday y Marko planearon su boda y esperaban comenzar una nueva vida en Italia junto con su hija, Berry. El día de bodas era perfecto, y estaría seguido por una feliz, erótica y sensual luna de miel en las Seychelles.

De vuelta a casa, Sunday se sorprendió cuando su antiguo jefe le ofreció una oportunidad de carrera que desbarataba todos sus planes. ¿Seguiría Sunday su corazón y a su familia o volvería a la carrera que creía haber perdido para siempre?

¿Podía ella, una mujer moderna, tenerlo todo?

Sunday aseguró las pequeñas flores blancas en el cabello de su hijastra Berry y la hizo girar.

—Te ves hermosa.

—Lo sé —dijo la niña con toda la confianza inocente de un niño de seis años.

Sunday se rio y la abrazó.

—Ahora, tenemos claro cuál es tu trabajo esta tarde, ¿verdad? —Berry puso los ojos en blanco.

—Mami, sólo tengo que esparcir los pétalos delante de ti. No es difícil.

Sunday asintió con una sonrisa.

—Por supuesto, lo siento. Confío en ti —respiró profundamente—. Cielos, desearía no estar tan nerviosa.

—¿No quieres casarte con papá?

—Por supuesto que sí, más que nada —se inclinó conspiratoriamente—. Es toda esa gente que me verá caminar por el pasillo lo que me asusta. Hazme un favor, y distráelos por mí.

Berry le chocó los cinco, riéndose. Estaban en la mejor suite del hotel de Siena, donde esa tarde, Sunday se casaría con el padre de Berry, Marko Giotto, el amor de su vida. Habían decidido casarse en Italia, cerca de donde pronto vivirían, en vez de en Colorado, y Marko había pagado para que todos sus amigos más cercanos vinieran con ellos. La boda en sí sería una simple ceremonia en los suntuosos terrenos del hotel, seguida de una recepción casual: música, comida, vino y risas.

Sunday, aún en su sedosa ropa interior, miró el vestido de novia colgado en la puerta del armario. Era simple, sencillo, todos los detalles estaban en el velo que usaría. Había tenido la ayuda de sus amigas, Daisy y Nadia, para elegir perfecta la perfección lo que iba a llevar.

Daisy había llorado con todo lo que se había probado, recibiendo muchas burlas tanto de Nadia como de Sunday. Nadia, delgada y agotada por la quimioterapia, se determinó que estaría lo suficientemente bien para volar a Italia y Marko se aseguró de que ella y su hermana fueran tratadas como de la realeza, en una magnífica suite, así como ayuda médica a mano si Nadia la necesitaba.



Sunday se pasearía por el pasillo, junto con Berry, por supuesto. El mejor amigo de Marko, Luke, estaría de pie a su lado. Ella repasó todo en su cabeza, sabiendo que había sido planeado hasta el último segundo, pero aún así, después de todo lo que habían pasado en el último año, se permitió sentir los nervios.

Daisy vino a ayudarla a ponerse el vestido, y Sunday sonrió mientras su amiga intentaba no volver a llorar.

—Daisy, en serio, me harás llorar.

—Estoy tan feliz de que tengas tu gran amor para siempre, Sun.

Sunday le sonrió.

—Tu turno es el siguiente.

—Ja —Daisy puso los ojos en blanco—. Si pudieras clonar a tu encantador hombre para mí, tal vez.

Sunday se rio.

—Haré lo mejor que pueda... y siempre está Luke.

—Deja de intentar que Luke y yo nos juntemos. Hemos estado en la zona de amigos demasiado tiempo —cerró la cremallera del vestido—. Allí está. Dios, te ves hermosa.

—Gracias —dijo tímidamente Sunday.

Ella también se sentía hermosa, con los ojos bien abiertos y llenos de emoción, y un rubor rosado en sus mejillas. No podía esperar a casarse con Marko, incluso la idea de que él la esperara abajo la hacía querer bajar corriendo a sus brazos.

Después de la boda, volarían a las Seychelles por una semana, mientras Berry se quedaba en Italia con Jessi. Tanto Marko como Sunday coincidían en que era la parte de su boda que más esperaban. Una semana de nada más que mar, sol, arena y sexo.

Una hora más tarde, estaba caminando por el pequeño pasillo en los jardines del hotel. Marko, muy guapo con un traje gris oscuro y su sonrisa amplia, tomó sus manos cuando ella lo alcanzó, inclinándose para besarla.

—Eres un ángel.

—Espera hasta esta noche —le susurró con una sonrisa maliciosa—. Seré algo un poco más traviesa.

Marko se rio, tocando su cara, y entonces llegó el momento. Se casaron en pocos minutos, intercambiaron los votos, y las risas y aplausos de sus amigos y familiares fueron recibidos con gratitud. Marko besó a su nueva esposa apasionada y un poco inapropiadamente, para la diversión de todos los que estaban reunidos.

—Sra. Giotto —dijo con una sonrisa, y ella sonrió.

—Sunday Giotto. De todos los nombres que he tenido en mi vida, es definitivamente el mejor.

La recepción fue un asunto relajado, con deliciosa comida y champán, y los recién casados rieron y hablaron con sus amigos, pero nunca se separaron. Sus manos, ahora adornadas con anillos de oro blanco, permanecieron juntas, y sus ojos se encontraban a menudo, con sonrisas en sus labios.

Marko conduciría al aeropuerto y él Sunday se turnaron para abrazar a Berry. La niña no parecía para nada preocupada de que se fueran, aún así se puso a saltar con todo el azúcar que le habían dado durante el día.

Él se rio de eso mientras se alejaban, saludando.

—Buena suerte, Jessi. Berry ha tenido suficiente azúcar para iniciar una revolución.

Sunday se rio.

—Y no tenemos que lidiar con ello. !Hurra!

—¡Hurra! —Marko le sonrió—. ¿Adivina qué?

—¿Qué?

—¡Estamos jodidamente casados!

Ambos gritaron fuerte y se rieron mientras se dirigían al aeropuerto. En el pequeño jet privado, se cambiaron con gusto de su ropa de boda y aprovecharon el pequeño dormitorio, haciendo el amor y luego cayendo en un sueño agotador mientras el avión los llevaba hacia las islas paradisíacas.

La apartada villa frente al mar que Marko había alquilado para ellos tenía su propia playa privada, y mientras Sunday estaba en la sedosa arena blanca, se preguntó cómo había resultado su vida. Marko salió de la casa y deslizó sus brazos alrededor de su cintura.

—¿Te gusta?

—No hay palabras. Es casi irreal —el sol los golpeó, el sonido del océano era como un bálsamo para su cuerpo cansado. Se volvió a los brazos de Marko y le sonrió—. Hola, esposo.

—Hola, esposa —presionó sus labios contra los de ella y el beso se profundizó hasta que ambos se quedaron sin aliento.

Marko apoyó su frente caliente contra la de ella.

—Iba a sugerir una agradable y fresca ducha...

Ella sonrió.

—No demasiado fría... —ella le metió la mano a través de sus pantalones de lino—. No queremos desperdiciar esto...

Ella se rio y escabulló su mano, corriendo hacia la villa con Marko en una persecución. La agarró antes de que llegaran al baño y la tiró sobre su hombro, haciéndola chillar de risa.

Ella protestó mientras él la llevaba, completamente vestida, a la ducha, y jugaron a pelear mientras se arrancaban la ropa. Marko se arrodilló y separó sus piernas con sus manos, enterrando su cara en su ingle mientras ella jadeaba, tratando de no resbalar en el azulejo mojado mientras su lengua encontraba su clítoris.

Sunday enredó sus dedos en sus húmedos y oscuros rizos, tirando de ellos mientras Marko llevaba su lengua a su interior.

—Oh Dios, Marko...

La llevó al borde del orgasmo antes de pararse, algo inestable, y levantarla. Su pene, ya duro como una roca y moviéndose por su propio impulso, se metió profundamente en su vagina húmeda y follaron salvajemente, inmovilizados contra el azulejo de la ducha.

Su boca presionada contra la de ella, tanto que probó un poco de sangre, pero no quería que se detuviera. Ella se vino duro pero él no había terminado todavía. La llevó a la cama, ambos todavía empapados, y se la cogió de nuevo, separando sus piernas a la altura de su cintura mientras él estaba de pie en el borde de la cama.

Sus ojos absorbían cada parte de su cuerpo, que se ondulaba con sus movimientos.

—Cristo, eres tan jodidamente hermosa —dijo bruscamente y Sunday le sonrió sin aliento.

—Cógeme, Marko, más fuerte... hazme gritar...

Sus ojos se fijaron intensamente en los de ella mientras se dirigían hacia la liberación y honró su petición... gritó largo y tendido mientras se venía.

Hicieron el amor hasta bien entrada la noche, y sólo se durmieron cuando empezó a amanecer.

—Te amo —le susurró a su esposo mientras se besaban, y él asintió.

—Tú y yo para siempre, nena. Para siempre.

Exploraron la isla y se sumergieron en las aguas azul celeste, viendo tiburones ballena y tortugas verdes, además de una infinidad de peces exóticos y coloridos. Se adentraron en los

exuberantes y verdes bosques y caminaron por los largos tramos de playas de arena blanca, pero sobre todo, se dieron el gusto de hacerlo. No hubo momento en que no estuvieran juntos, tomados de la mano, besándose, haciendo el amor. Incluso cuando comían en algunos de los restaurantes, se sentaban uno al lado del otro y sus muslos se tocaban y se alimentaban el uno al otro.

—Lo logramos —dijo Marko una noche, y ella pudo decir por la intensidad de sus ojos en los suyos que realmente sentía alivio.

—Lo hicimos. Y Dios, tengo tantas ganas de ver lo que nos esperará después.

Sonrió.

—Me alegro. Quería preguntarte, de nuevo, sólo para asegurarme... el traslado a Italia. ¿Estás segura?

Sunday se sorprendió.

—Sí, por supuesto ... ¿por qué preguntas eso ahora?

—Es sólo que estoy bien. Puedo trabajar en cualquier lugar, pero te conozco. Por mucho que sepa que te encanta cuidarnos a mí y a Berry, te aburrirás. Ese gran cerebro tuyo necesitará flexionar sus músculos y el medio de la campiña toscana es difícilmente el territorio principal para el periodismo de investigación.

Sunday asintió.

—Aprecio eso, y gracias por pensar en mí. Pero creo que lo tengo cubierto. El libro sobre tu padre y tú me mantendrá ocupada por un tiempo, y luego, tal vez, cuando Berry sea un poco mayor, pueda escribir otro libro y otro...

—¿Eso te haría feliz?

Ella fingió considerarlo.

—Bien, entonces, trabajar desde casa, en el lugar más hermoso que pueda imaginar, con mi maravilloso y apuesto esposo al final del pasillo, sin camisa y cubierto de pintura, a mi entera disposición para un poco de sexo sucio... sí, creo que puedo manejar eso.

Marko se rio.

—Bueno, está bien entonces.

Se inclinó para besarlo.

—A menos que, por supuesto, tengamos otro pequeño paquete de alegría del que ocuparnos.

Su sonrisa vaciló un poco. Llevaban meses intentándolo, pero aún no se habían quedado embarazados.

—Cuando lleguemos a casa, tal vez debería ir a hacerme pruebas.

—Deberíamos ir a hacernos pruebas. Es más probable que sea yo —dijo con naturalidad—. Con los disparos y todo. Dios, ¿qué tan raro suena eso? Los disparos. La mayoría de la gente ni siquiera recibe un solo disparo.

Ella se rio y Marko sacudió su cabeza con incredulidad.

—¿Cómo puedes bromear con eso?

—Porque he sobrevivido. Dos veces. Puedo bromear sobre ello.

Marko suspiró, acariciando su rostro.

—Eres increíble.

—Tenía una buena razón para sobrevivir. Dos buenas razones. Deberíamos llamar a Berry más tarde.

—Deberíamos, pero por ahora, regresemos.

Cuando regresaron a su villa Sunday notó que Marko parecía preocupado.

—¿Estás bien?

Él asintió con la cabeza, pero ella pudo ver en sus ojos que algo estaba mal. Parpadeó un par

de veces y ella se dio cuenta de lo que era.

—Oh, Marko...

Él se detuvo, asintiendo con la cabeza. Su percepción del color se había desvanecido rápidamente en los últimos meses, su condición intratable le robaba los brillantes tonos y matices que tanto había amado. Los ojos de Sunday se llenaron de lágrimas.

—¿Cuándo?

—El día antes de la boda. Me desperté y el mundo era blanco y negro.

—¿Por qué no me lo dijiste?

Marko le sonrió con tristeza.

—Porque al final, no importa. Tú y Berry... siempre tendrán color para mí. He memorizado cada tono de tu piel, el chocolate profundo de tus ojos, la textura y las rayas doradas de tu cabello. El color de los ojos de Berry. La forma en que sus mejillas se ponen rosadas cuando está a punto de hacer un berrinche. Conozco esos colores y, en mi mente, puedo verlos.

Las lágrimas se derramaron sobre sus mejillas.

—Marko...

La atrajo hacia él.

—Honestamente, nena... después de lo que hemos pasado en nuestras vidas, esto no es nada. Me dijiste, hace meses, que necesitamos ver nuestra realidad de manera diferente. Estoy poniendo eso en práctica, literalmente.

—No bromees.

—Es como dijiste... son mis ojos. Puedo bromear.

Entonces sonrió a través de sus lágrimas.

—Ah, sometida por mis propias palabras.

Marko le sonrió.

—Sí, aguántate. Hablando de someterse... el último en volver a la villa baja primero...

Sunday salió corriendo antes de él terminar la frase y con un grito la persiguió, ambos se desplomaron de risa al entrar en la villa. Mientras él la tomaba en sus brazos, admitiendo la derrota, ella se rio.

—Dios, te amo, loco.

—Bien —dijo Marko, dejándola caer en la cama—, ahora muéstrame.



BERRY CORRIÓ a sus brazos al salir del auto y se turnaron para abrazar a la niña.

—¿Has pasado un buen rato con la tía Jessi?

—Sí —Berry asintió—, de hecho, acordamos que deberías irte de vacaciones de nuevo pronto.

Ella se rio maliciosamente, obviamente había sido entrenada para burlarse de ellos por una sonriente Jessi.

—Encantadora —Marko besó la mejilla de Jessi—, la próxima vez, visitaremos una fábrica de caramelos justo antes de dejarla contigo.

—Como si no hubiera estado drogada con azúcar esta vez —Jessi puso los ojos en blanco y abrazó a Sunday—. Te ves resplandeciente.

—Una semana de sol, mar, y um, aperitivos, se encargó de eso —sonrió.

—Sí, no me canso de los bocadillos —dijo Marko, y ambos se rieron.

—Ugh, son demasiado empalagosos —dijo Jessi—. Entren en la casa antes de que se me revuelva el estómago.

Iban a volar de vuelta a Colorado para terminar de empacar antes de la mudanza permanente a Italia. Marko, sin embargo, se negó a vender el lugar.

—Necesitamos una base en los Estados Unidos —razonó—, y conozco a algunas personas que podrían vivir sin pagar alquiler aquí... si quisieran.

Hablaba de Daisy y Nadia. Jessi ya lo había rechazado, educadamente, pero cuando se lo dijo a las dos hermanas, se miraron entre ellas.

—Um... en realidad, nosotras también nos vamos a mudar. A tu antiguo lugar, en realidad, Sunday.

—¿Nueva York? —parecía sorprendida.

Daisy asintió.

—Para estar más cerca del Sloan Kettering —fue todo lo que dijo, y Marko y Sunday entendieron.

Sunday tomó la mano de Nadia.

—Bien, eso es bueno. Pelea —le dijo a su amiga, que sonrió.

—Créeme, lo estoy haciendo —dijo—. Lucharé contra esta maldita cosa hasta vencerla.

—Claro que sí —dijo Marko—, cualquier tratamiento que se les ocurra, está cubierto.

Nadia agitó la cabeza.

—No puedo pedirte que hagas eso, Marko.

—No está en discusión.

Nadia le sonrió con gratitud y luego a Sunday.

—Sabes, si no los quisiera tanto a los dos como pareja, estaría luchando por él.

Sunday se rio.

—Oye, si puedes espera hasta que sea demasiado viejo para mí, que debería ser en cualquier momento...

Todos se rieron cuando Marko les echó una mirada con los ojos entrecerrados.

—Mi amada esposa, señoras —Sunday se inclinó para besarlo.

—Siempre, cariño.

Ella estaba empacando la oficina que se había convertido en su segundo hogar en el último año cuando Marko vino a buscarla.

—Oye, tienes una visita.

Se sorprendió.

—¿Sí?

—Ven a ver.

Cuando lo vio exclamó con ánimo.

—¡Jack!

Su antiguo jefe de la estación de noticias la abrazó.

—Hola, belleza, me alegro de verte.

—¿Qué estás haciendo en Colorado? —Sunday intercambió la mirada entre su antiguo jefe y su esposo—. Uh, oh... ¿es esto una intervención?

—Algo así —dijo Jack mientras se sentaban—. Tengo una propuesta para ti.

—Escuchémosla.

Jack sonrió.

—Sé que estás escribiendo el libro sobre la familia de Marko, su pasado, esa triste excusa de madrastra. Escuché que sus editores quieren que coincida con el juicio de Ciara Marshall.

—Lo hacen —dijo Sunday cuidadosamente, y miró a Marko—. ¿Estás involucrado en esto?

Su marido le sonrió.

—Sólo escucha al hombre, nena.

Jack se rio.

—Bueno, estamos pensando... en una serie de cinco partes. Documental sobre los Giotto... y tú. Debes saber que la gente está intrigada por ti, Scanlan, lo que te hizo, por qué escapaste de tu vida... y luego encontraste una mejor.

Sunday se mordió el labio.

—Jack... sabes que siempre he sido una de esas periodistas que no se pone en la historia. No soy... no me gusta que me pongan en la mira. Investigo y reporto las noticias, eso es todo.

—Vamos, tú eras ancla.

—Porque me daba la libertad y la posición para hacer las historias que quería. No estoy segura... —suspiró—. Marko, ¿qué opinas?

Se inclinó hacia adelante.

—Nena... creo que es algo positivo, grandioso. Sé que ambos dijimos que ya lo superamos, pero la verdad es que... no creo que lo hagas. Nunca te has derrumbado, nunca has gritado, chillado, llorado o te has revolcado en autocompasión. Pero tampoco has dicho que se ha acabado. Scanlan sigue en tu cabeza. Esto, creo, sé que sería catártico. Y tú puedes contar nuestra historia. La verdad. Para nosotros. Para nuestra familia.

Sunday estuvo en silencio durante mucho tiempo.

—¿Cuándo necesitas una respuesta?

—Dos semanas —dijo Jack—. Dos semanas si queremos que esté hecho para cuando Ciara vaya a juicio.

—¿No se opondrán a que digamos cosas que están escuchando en el juicio?

—La mayor parte es de dominio público de todos modos —Sunday miró a su antiguo jefe.

Ella miró hacia otro lado y se quedó junto a la ventana durante un rato.

—La familia de Guido tiene voz y voto.

—Bien.

—Y todavía nos mudaremos a Italia. Puedo volar de un lado a otro —miró a Marko, quien asintió.

—Haremos que funcione.

Sunday se frotó la cara.

—Déjame tener algo de tiempo para pensar. ¿Te quedarás a cenar?

Jack asintió pero ella pudo ver que él pensaba que su respuesta sería positiva. Tanto él como Marko parecían entusiasmados.

Más tarde, después de despedirse de Jack, se sentaron con Berry y le leyeron sus historias hasta que se durmió en los brazos de Sunday, que luego besó su pequeña cabeza.

—¿Mark?

Marko estaba junto a sus chicas, con su mano en la barriga de su esposa.

—¿Sí, nena?

—Si hago esto, si hago la historia... podría volver a experimentarla, y eso es lo que me asusta.

Marko frunció el ceño.

—¿Por qué debería asustarte?

—Porque... porque, Mark... vamos a tener un bebé.

Ella casi se rio de la abyecta conmoción de su cara, luego él gritó fuerte. Berry se despertó, malhumorada, pero su padre no se arrepintió. Las abrazó a las dos, y luego le dijeron a Berry que venía un hermano en camino.

Pasaron otras dos horas antes de que una emocionada Berry se durmiera y luego volvieron a su

propia habitación, Marko, con un sinfín de preguntas.

Ella se rio mientras él le hacía un millón de preguntas de cuándo, por qué y cómo.

—Esta tarde. Hice una prueba unos cinco minutos antes de que Jack llegara. No me sentía completamente segura, así que salí del baño y ahí fue cuando me atrapaste. Finalmente lo comprobé justo antes de acostar a Berry.

Ella le acarició la cara.

—Nosotros... vamos a... tener... ¡un bebé! —Marko la sujetó con fuerza—. Oh, cariño, gracias, gracias, gracias.

Se rio.

—Tú tuviste tanto que ver con esto como yo, tonto.

—Lo sé —le alisó el cabello y la miró—. Pero tengo que decir esto. Tú, Sunday Giotto... eres capaz de tenerlo todo. Y lo harás. Haz la serie. Tenemos nueve meses enteros antes de que él o ella llegue aquí. Tienes tiempo. Y cuando nazca nuestro bebé, lo resolveremos entre nosotros. Te quitaron tu carrera. Tómalala de regreso.

Y mirándolo a los ojos, Sunday supo cuál sería su respuesta.

Sumergirse de nuevo en el mundo del periodismo no fue tan aterrador como ella pensaba y Sunday voló de ida y vuelta entre Nueva York y Toscana para ayudar a que se hiciera el documental. Salió al aire justo antes de que Ciara fuera juzgada y Jack envió un archivo de video para que Marko y Sunday lo vieran a su conveniencia.

Hicieron tiempo para ello una noche. Sunday estaba muy nerviosa por que Marko viera su trabajo por primera vez, especialmente en un tema tan sensible y personal para él.

Lo vieron todo antes de que Marko apagara la televisión, y luego su esposa esperó su reacción.

—Vaya —dijo en voz baja, pero ella no pudo leer su expresión. Se inclinó hacia adelante y tomó una profunda bocanada de aire—. Vaya.

Sunday puso una mano en su espalda.

—¿Estás bien?

Asintió con la cabeza.

—Nena, sí. Sí, estoy bien —miró hacia arriba y ella se sorprendió al ver las lágrimas en sus ojos—. Los trajiste de vuelta a la vida. Mi mamá, mi papá. Ni siquiera los conociste, pero los trataste con tanto respeto, hablaste de ellos con tanto amor... Sunday...

Enseguida se abrazaron. Ella definitivamente estaba más que aliviada.

—Fue un honor para mí hablar de ellos. Hicieron el humano que más quiero en el mundo.

Marko se rio.

—Y ahora estamos haciendo otro.

Puso su mano en el vientre de su esposa embarazada de cinco meses. Sunday le sonrió.

—Le contaremos todo sobre sus abuelos, no te preocupes.

—¿Alguna vez has pensado en reconectar con tu propia familia?

Ella se encogió de hombros.

—Si he aprendido algo, es que no es la sangre lo que hace a la familia. Son felices en su mundo y yo estoy extasiada en el mío. Está bien. No hay mala sangre, sólo caminos diferentes.

Marko la besó.

—Sra. Giotto, ¿futura ganadora del Premio Pulitzer?

Se rio.

—Sí, el Sr. Giotto, ya famoso artista ganador de un premio mundial.

—Te voy a llevar a la cama ahora, y espero, realmente espero, que todas esas palomitas de maíz que acabas de demoler te hayan dado una tonelada de energía.

—¿Y eso por qué? —Sunday ya se reía entre dientes mientras la ponía de pie y la llevaba al dormitorio.

—Porque voy a poseer ese hermoso cuerpo tuyo toda la noche.

Sunday se rio mientras él enterraba su cara en el cuello de ella, fingiendo que la mordía mientras cerraba la puerta del dormitorio a patadas. La miró a los ojos.

—Oye —dijo en voz baja—. Te amo.

—Yo también te amo, grandullón —le susurró, y entonces sus labios se encontraron y ella olvidó todo lo demás por el resto de la noche...



—¡EMPUJA, Sunday! Vamos, otro largo empujón y ella estará aquí...

La partera se agarraba a las piernas de Sunday mientras se agachaba, casi gruñendo en su determinación de dar a luz a su hija.

—Vamos, mamá —Berry, ahora una hermosa quinceañera, le ordenó a su madrastra que le diera la mano opuesta a la de su padre. Marko, gloriosamente guapo con su cabello que lucía como sal y pimienta, le sonrió a su hija mayor. Beau y Genevieve, las dos hijas medias de los Giotto, pusieron los ojos en blanco ante su padre, mientras se mantenían de pie cerca de la cabeza de Sunday, poniendo una toalla fresca en su frente caliente. Sunday no le dijo a su hija de siete años que la toalla le goteaba agua fría en los ojos, pero Gen, la tranquila niña de nueve años, se dio cuenta y se encontró con la mirada de su madre y compartieron una sonrisa.

—Vamos, bebé —Marko dirigió sus palabras a la ingle de Sunday—. Sé buena con tu madre... y también, si pudieras cambiar de género para ser un chico, eso sería genial. Me superan en número aquí.

Todos se rieron, luego Sunday dio un último grito y el nuevo Giotto se deslizó en el mundo y comenzó a llorar.

—¡Es un niño! —dijo la partera y por un momento, Marko le creyó hasta que la partera chocó los cinco con Berry, quien se rio.

—Pagarás por eso —dijo con una sonrisa, pero luego se distrajo cuando la partera puso a su hija en los brazos de Sunday.

—Felicidades, amigos. Número cuatro. Sunday, eres toda una súper heroína.

Cuando volvieron a la habitación, Berry llevó a sus dos hermanas menores a la cafetería mientras sus padres se tomaban un tiempo con su recién nacida.

—Es tan hermosa —dijo Sunday, maravillada por la pequeña perfección—. Pero todavía tenemos que decidir el nombre.

—Hay tiempo para eso. Berry ya tiene tres páginas en una lista de nombres que aprueba.

Sunday sonrió.

—Marko, esa niña es tan mandona.

Los dos se rieron.

—¿Qué tan loco es que tengamos cuatro hijos?

Sunday le sonrió, con sus ojos suaves.

—Quién lo hubiera pensado.

Ella le acarició la cara.

—Diez años, cariño.

Marko asintió.

—Y todavía estamos empezando.



- Mi vagina dice que paramos con el cuarto —dijo Sunday con firmeza, y él se rio.
- Me refiero a nosotros, a nuestras vidas. Sólo estamos empezando.
- Lo sé. Y no puedo esperar a ver lo que haremos a continuación.
- Yo tampoco, nena —la besó hasta que ambos se quedaron sin aliento.

EL FIN.